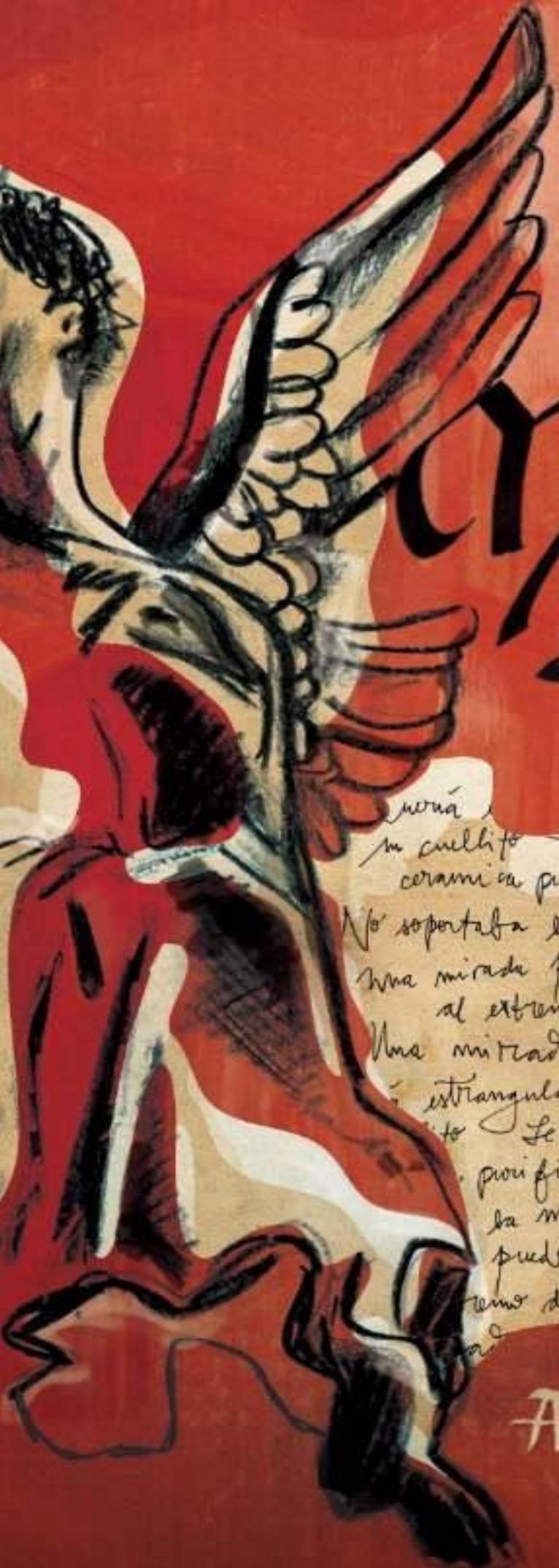


de



Matar a la Diña

una
en su cuello se
cerámica purificada
No soportaba la mirada
Una mirada puede con
al extremo de la
Una mirada a pu
estrangular
to Se
purificada
la mirada
puede condi
tremo de la
ri

Agustina María
Bazterrica

Lectulandia

Un ángel homicida. Una niña santa. Una trama que no da respiro en un cielo infernal. Como en Alicia en el País de las Maravillas, Matar a la niña nos arroja a un mundo al revés. Un cielo decadente construido para la Niña Santa que no deja de observarlo. Un ángel que lo habita concibe la idea de Matar a la niña, la aparente culpable de este mundo de pesadilla que se sostiene como escenario para ella y su mirada. Con ironía y humor corrosivo, la autora, nos introduce en un universo donde la línea entre el bien y el mal es difusa y donde ni la más laberíntica burocracia celestial podrá detener esta cruzada épica.

Lectulandia

Agustina María Bazterrica

Matar a la niña

ePub r1.0

Titivillus 28.03.2018

Agustina María Bazterrica, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mariano Borobio, por convertir todos los infiernos en paraísos.

En la biblioteca de Charles Simic

para Octavio

Hay un libro que se llama
Diccionario de los ángeles.
Hace ya cincuenta años
que nadie lo abre. Lo sé
porque cuando yo lo hice
crujió la tapa del libro
y unas hojas se soltaron.

De esa forma descubrí
que una vez fueron los ángeles
numerosos como moscas.
Al atardecer llenaban
tanto el cielo, que tenías
que espantarlos con los brazos.

Ahora el sol brilla a través
de los altos ventanales.
No hay ruido en la biblioteca.
Los ángeles y los dioses,
hacinados en sus libros
tenebrosos, sin abrir.
El gran secreto se encuentra
en uno de los estantes
por los que la señorita
Jones pasa a diario en sus rondas.

Es altísima, y ladea
la cabeza, como quien
se esfuerza por oír algo.
Los libros susurran cosas.
Yo no oigo nada. Ella sí.

Traducción: EZEQUIEL ZAIDENWERG

Prólogo

¿Qué hay después de la muerte? O, reformulo la pregunta, ¿cómo debería ser la vida después de la muerte por tradición, historia y teología? El protagonista de *Matar a la Niña*, un crítico de arte egoísta y egocéntrico, se rebela contra el Cielo que le toca vivir. Desencadena así una serie de aventuras y desventuras en las cuales se topa con personajes celestiales y terrestres cuya lógica invertida —como la de los espejos— coadyuva a crear confusión y toda suerte de malentendidos. En *Matar a la Niña*, nos enfrentamos a un mundo dónde nada es lo que parece, a un mundo de constantes permutaciones de arriba y abajo, y de anverso y reverso que emula el movimiento vertiginoso de la rueda de la fortuna.

Por temor a incurrir en prematuras revelaciones de la estupenda trama de *Matar a la Niña*, adelantaré solo que la novela hace un gran despliegue de humorismo. Mil veces se ha dicho que el hombre es el único animal que ríe. La alegría existe en el fondo de las creencias y de las religiones del hombre civilizado. El propio Cristianismo la ha alentado desde los primeros tiempos (*Os anuncio una gran alegría*, tal es el inicio del mensaje evangélico de la Navidad) y según más de un teólogo, toda religión es el esfuerzo por perpetuar esa profunda alegría. Pero la alegría teológica es un estado de sublimación de la comicidad, un estado del espíritu de delicada y profunda pureza. En cambio, la comicidad es humana y terrestre y, por sobre todas las cosas, es un grandísimo ejercicio de rebeldía^[1].

Por ello, *Matar a la Niña* es para mí un manifiesto revolucionario. Su rebelión se dirige contra lo sagrado, lo bello, lo sublime o edificante. En este sentido, la filosofía y estética de esta novela entroncan con las vanguardias del siglo xx, desde el Dadaísmo y el Surrealismo hasta el Absurdo. Su autora la ha escrito usando la forma más «peligrosa» del humor: aquella que asimila el discurso del poder y lo devuelve deformado y multiplicado.

Pero *Matar a la Niña* es mucho más. La novela nos permite participar del festival de una erudita que ha creado un mundo distópico, gobernado por una absurda y kafkiana burocracia, un mundo habitado por seres adoctrinados que han roto —como diría Artaud— con el espíritu de anarquía profunda que está en la base de toda poesía. *Matar a la Niña* es también una invitación a reflexionar contra todo dogma y a recuperar la poesía verdadera, aquella que separa las formas significantes de sus significaciones habituales.

Para concluir, quiero advertir que la autora proviene de «una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones» y pertenece al grupo de «aquellos que sueñan de día y que conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan solo de noche»^[2]. Su humor, en palabras de Hegel, antes que ser una suma de procedimientos retóricos, es una postura ante la existencia. Y, ya se sabe, que en el humor todo cabe, hasta la mismísima verdad.

Valeria Correa Fiz
valecorrea2003@yahoo.com.ar

PARTE I

¿No habrá en el paraíso otra muerte?

WALLACE STEVENS

I

Quería matar a la Niña. Bajar, estrangularla y ser libre.

La culpa, me refiero a toda la culpa, era de la Niña. No podía concebir cómo era posible que el reino celestial, por llamar de alguna manera a este lugar, estuviese construido únicamente para gloria de una infanta que no dejaba de mirarnos.

Estaba hastiado de sus ojos de Niña Santa, y de todas las consecuencias generadas por culpa de ellos. Por ejemplo el polvo blanco que nos ponían en la cara todas las mañanas, al que soy alérgico. Nos exigían, además, usar una peluca vieja y mugrienta. No importaba que la soplara o que la sacudiera, nunca estaba limpia. Por algún motivo, que solo puedo relacionar con los parásitos que insistían en vivir en ella, el cuero cabelludo me picaba en forma constante. Pensar en el romance y posterior fecundación de estos insectos me asqueaba. Soñaba con seres microscópicos usando mi cuerpo, entre otras actividades, como a un parque de diversiones. Necesitaba exterminar a las familias invertebradas, a sus tradiciones y a la tenencia de una propiedad usurpada (mi cabeza y anexos) de la que hacían un uso muy indebido. Lo aterrador del caso era que no sabía cómo limpiar semejante nido de pestes. Era una ridícula bola de pelos que, en algún momento, fueron dorados y que intentaban, con desesperación, mantener una forma estructuralmente lógica. Con una voluntad irracional caían sobre mis ojos, transformando mi visión en una realidad desconcertante.

El sol nos iluminaba siempre porque en la sombra vive el mal, y nada que tenga una similitud o parentesco remoto con la oscuridad podía habitar nuestro mundo. Como consecuencia, el bondadoso astro rey se encargaba diariamente de calcinarnos. Por eso el polvo blanco. Había que cubrir el tostado facial, signo de ocio y opulencia que un ángel jamás podría permitirse.

Muerto, en una nube y con alas.

Ser un ángel inservible, una decoración olímpica.

Los griegos, por ejemplo. Creían que el alma de los muertos traspasaba una laguna donde la existencia era un reflejo de la vida. Nada más que un pálido reflejo.

Nadar por siempre, sin tener que pensar. Ser, apenas.

Los aztecas. Los guerreros muertos en combate y las madres que fallecían en el parto acompañaban al sol en su recorrido por cuatro años. Luego los guerreros se transformaban en colibríes.

Ser un pájaro. Realmente poder volar.

Estoy muerto, pero siento. Imperfecto para toda la eternidad. En teoría había dejado de existir pero, dado que nos obligaban a estar descalzos, sentía frío en los pies. Sin embargo, debíamos mantenernos luminosos y radiantes, trabajo arduo cuando se tienen las extremidades inferiores azules por el frío y negras por la hedionda suciedad cósmica. La razón por la que no nos permitían el calzado era indignante, pero coherente. Los cordones se desataban y el zapato caía. Generalmente

sobre la ignorante cabeza de un mortal que, por la insospechada colisión del objeto angelical en su cerebro, dejaba automáticamente de existir para convertirse en otro ser alado y, por supuesto, descalzo.

Quizás, lo más difícil de superar fue mi fobia a las alturas. Me encontraba en un permanente estado de pánico, no solo por el temor a caerme sino porque residía en una nube hecha de cartón, papel maché y lamentables retazos de algodón pegados con cinta de pésima calidad. No volábamos y, por ese motivo, mi cintura se encontraba rodeada de una soga opresora que no me dejaba respirar. No importaba el hecho irrefutable de estar muerto, por alguna causa, seguía respirando. Quizás era un reflejo, quizás un recuerdo. Tenía entendido, además, que la soga podía cortarse. Me preguntaba cómo hubiese sido la caída de un hombre muerto que por tradición, historia y teología debería volar, pero no lo hace, y no puede, bajo ningún concepto, morir dos veces.

Y, sin embargo, lucíamos un extraño par de alas. Eran de plástico duro, adheridas a la piel. Sospechaba con horror que las plumas habían sido robadas de almohadones de geriátricos y/o manicomios. Oían mal. Descubrí, en las mías, pegados restos de cosas indeterminadas y, con seguridad, contagiosas. De una sobresalía un pedazo de un diente postizo o, quizás, había sido parte de un ojo de vidrio, pero me negué a investigarlo. En la otra pude distinguir las vértebras de un mamífero pequeño, ¿o era el esqueleto disecado de un insecto gigante? Aparentemente la estructura se fijaba a la piel de tal manera que nadie conseguía sacárselas. Parecían soldadas a los huesos. No importaba la posición, eran incómodas, pero, teórica, ideológica y técnicamente quedaban bien, aunque fueran una imitación barata. Su uso obligatorio estaba dictaminado en los reglamentos del mundo celestial, específicamente en el artículo 12511 inciso G. O. D: «Todo ángel, es un ser alado (con alas). A todo ángel desalado (equivalente a: traidor sin alas) se lo considerará deforme (sin forma), impuro (sin pureza), amoral (sin moral) y desnudo (sin nudos)».

Ella nos veía. Era la única que podía hacerlo. Los ojos de la Niña, abiertos, mirando. Nunca los cerraba.

Una niña en la Tierra, rezando y mirando. Un cielo edificado para su gloria personal y absoluta y todos nosotros viviendo nuestra muerte como ornamentos del edén para ella. Solo para ella.

Me habían asignado la nube 10.888.956.098.867 porque era nuevo. Tuve suerte. Antiguamente no había lugar. En general optaban por mantener a los sobrantes encerrados en el Depósito de Inservibles, Obsoletos y Sinrazón (D. I. O. S) hasta que hubiese espacio suficiente. Los mantenían años en penumbras, atados a un banco, mirando una pared donde proyectaban sombras con signos que nadie comprendía. Supongo que cuando conseguían, por medios no del todo lícitos, las suficientes pelucas, túnicas y plumas, los liberaban. La luz los cegaba por un momento, confundiéndolos. No podían entender dónde se encontraban. Naturalmente la nube de cartón y la soga les parecían una felicidad absoluta. Ahora ese lugar se encuentra

vacío. Pocas almas se atreven a seguir el camino del Bien.

Me costaba respirar. En ese momento especulaba que, luego de un tiempo, mi condición no iba a ser tan infame porque la soga iba a tener que ceder. Nos alimentaban con maná que le había sobrado a Moisés luego del Éxodo. No habían calculado que iban a tener pérdidas considerables en el desierto y tuvieron una sobreproducción. Entiendo que les resultase aberrante utilizar otro alimento que no fuese el de una lámina inodora, incolora, transparente e insípida para seres que, según las normas divinas, debían ser translúcidos y livianos. Masticar aire para convertirse en aire.

Uno es claro que, independientemente de todos los títulos, doctorados y honores que logró cuando era mortal, nunca entendió nada. Personalmente siempre especulé con que los ángeles gozaban de mínimas ventajas otorgadas por el Todopoderoso. Considerando mi contribución irreprochable, en vida, al saber de la humanidad en cuestiones relacionadas con el arte, la filosofía, la teología, en fin, con el conocimiento en general hubiese esperado la ampliación de los sentidos, como para poder jactarme de contar con un olfato ultradesarrollado o una visión superpoderosa. Retiro lo del olfato. No hubiese querido indagar en el olor de santidad que emanaba de las nubes. Y también, doy gracias por carecer de un oído biónico porque la música no formaba parte de los placeres diarios. Los ángeles con liras o flautas dobles colmando el espacio con Beethoven, Bach y, ¿por qué no? Puccini, donde interviniesen nuestras voces, era un deseo utópico y jamás realizable. No solo la falta de instrumentos era un hecho contundente, sino que dudaba seriamente de las habilidades musicales de los serafines. El único sonido que se asemejaba a la música era el de los murmullos producidos por mi estómago. El hambre pertinaz había encontrado un camino artístico para expresarse, aunque con un estilo algo alternativo. Si tuviese que describirlo, era lo más parecido a un duelo de gargantas nodulosas entre un barítono y un tenor. Sin querer comparar, pero realmente sin poder evitarlo, se asemejaba en el estilo, no en la calidad, a Schönberg o Berg por las atonalidades y las dodecafonías. Me entretuve largo tiempo componiendo óperas enteras, absolutamente ilegibles, con los sonidos que emanaban en forma aleatoria de mi estómago. Hubo un momento en el que juré que podía escuchar un fragmento algo críptico, pero reconocible, de la ópera de Schnittke «La vida con un idiota», y me pareció sumamente ofensivo de parte de mi estómago insultarme de forma tan directa.

Hubiese confiado en que, sin dudas, merecía un cielo digno de mi *status* como crítico de arte. ¿Por qué motivo las nubes no estaban diseñadas por artistas como Mucha o Beardsley? ¿Por qué no estábamos rodeados de manjares deliciosos que invocaran las naturalezas muertas de Caravaggio? Si los recursos eran escasos, ¿por qué no apelar a un diseño minimalista de LeWitt, Flavin o Morris? Hubiese aceptado, con reservas, pero con cierta felicidad disimulada estar rodeado por el remolino empalagoso (incluidas las abejas Barberini) de un Pietro da Cortona. Si era realmente

necesario apelar al mal gusto, ¿por qué, por el amor de Dios, no remitirse, al menos, al *kitsch* y hacer que mi estadía, en este fatídico lugar, estuviese rodeada de arte y no de decadencia? Pero solo éramos ángeles ineficaces, componíamos una tétrica postal cósmica de bajo presupuesto hecha en serie por un artista mediocre.

La Niña nos miraba. Siempre.

Solo si uno llegaba a estar sobre las primeras nubes lo bendecían poniéndole alas con plumas de seda y un halo alrededor de la cabeza con brillantina dorada y en lugar de una soga, lo sostenían con un arnés y podía balancearse un poco porque la nube era de goma espuma, y era más cómoda para dormir, y había ciertos días en los que hasta lo dejaban decir una línea del libreto que le entregaban en la División de Ideas y Otras Soluciones (D. I. O. S). Para pertenecer a ese grupo privilegiado había que tener el Pase de los Mil Años. Todos querían declarar cosas como «No tengáis miedo, oh tú, insensato mortal, pues he descendido de los reinos celestiales para blandir mi espada de platino y vencer, junto a ti, a las oscuras sombras que acechan tu espíritu pronto a ser corrompido» o «Vencerás a las oscuridades bipolares que resurgirán de las profundidades del mar de los sargazos en la buenaventura de aquellos que son» y mi favorita «Vístete con finísimo lino extraído de las zarzas que arden en el desierto que verás extendido ante ti cuando el último rayo del sol del invierno del año bisiesto toque las manos del mendigo que es inocente del derramamiento de sangre del séptimo hijo del sabio escriba que se alimenta de corderos sin levadura». Practicaban asiduamente. Se paraban con los brazos abiertos intentando hacer reverencias, moviendo las alas, mientras ponían voz de ultratumba y hacían ejercicios de modulación con los gestos que estaban indicados en el libreto: «Cara de Peste», «Actitud de muerto, pero resucitado», «Ser doce ángeles, con doce alas, con doce ojos en doce tiempos de doce siglos invertidos», «Boca de dragón, de serpiente y de falso profeta, pero calvo», «Ojos como llamas de fuego inexistente» (sé de algunos que quedaron ciegos por intentar ser hiperrealistas), «Pose de omnipotente y soberano de las naciones que no vendrán, o sí, no se sabe». El resto los miraba con asombro, envidia. Comentaban y los imitaban a escondidas porque sé que había libretos de contrabando. Nunca me interesó saber dónde conseguirlos. Ellos no entendían. No somos parte de ninguna historia. No hay nada que anunciar.

Nadie nos prestaba atención, excepto, claro, la Niña Santa que podía ver con claridad a los que estaban en las primeras nubes. Parecía una de esas jovencitas que transitan la vida en correcta beatitud, con misales debajo del brazo y cruces hundidas en el cerebro. Parecía salida de una estampita, de una pintura religiosa, al estilo de las vírgenes resignadas de Murillo, colgada en el claustro más silencioso de un convento de vírgenes perpetuas. Era rubia con cabellos de oro puro, con una boquita de fresa tierna y resplandeciente y ojos azules como una laguna en flor. Tenía la voccecita de miel azucarada, tan suave como un terciopelo que cae dócilmente con la música del amanecer rosa y anaranjado. Las manos, que se juntaban para el rezo diario, eran dos panecillos recién horneados, y ella toda olía a rosas blancas nacidas bajo el rocío

liviano que nos regala el nuevo día. Un vómito sagrado.

Y rezaba todo el día. Nos miraba y rezaba. Rezaba y nos miraba, y por eso era reverenciada en el cielo. El primer día de ingreso a este lugar fatídico me entregaron un instructivo en el que me explicaban que el único propósito de nuestra inexistencia era la Niña. No podía entender bajo ningún punto de vista cómo un ser terrestre, imperfecto y mortal era adorado en el cielo. ¿No tenía que ser al revés? ¿No tenía ella que venerarme a mí?

Quería estrangular su cuellito de cerámica purificada. No soportaba la mirada. Una mirada puede condicionar al extremo de la demencia. Una mirada puede destruir. O más nefasto aún, puede construir. Ella logró con sus diminutos ojitos de engendro platinado la reproducción de un espectáculo dedicado solo a ella.

Los pies fríos. Irónico, dado que lo razonable hubiese sido que el sol los envolviese con sus rayos incinerantes, como hacía con el resto de nuestro cuerpo. Pero no, los pies debían colgar de la nube con lo cual no podían ser cremados eternamente. Los tenía sucios, además. Inconcebible, indignante. La cinta con la que sujetaban el algodón se salía, se pegaba a los dedos y me quedaban marcas negras en las uñas. Necesitaba unos zapatos. A cualquier precio. Incluso el asesinato estaba justificado para poder remediar semejante humillación.

Cuando uno muere, asciende o desciende. En teoría debería permanecer como un espíritu. No obstante, gracias a la Pequeña Princesita de la Piedad, nos obligaban a disfrazarnos porque existía un déficit alarmante de ángeles auténticos. Los Serafines, Querubines y Tronos estaban en una jerarquía más elevada, cerca de Dios, inaccesibles. Aunque, eventualmente, alguna nube se incendiaba (con espíritu incluido) por el paso descuidado de ciertos Serafines que olvidaban que estaban hechos de fuego. Los Poderes, Virtudes y Dominaciones eran incorpóreos y, realmente, nadie sabía ni dónde estaban ni qué hacían. Se decía que habían escapado a otras galaxias, a otros cielos, hartos de no poder ascender en la escala de las jerarquías celestiales. Los Arcángeles y Principados ya no existían. Era demasiado costoso mantener las espadas llameantes y las ramas del Paraíso. Además entre Miguel, Gabriel y Rafael había existido una competencia interna tan feroz por lograr los anuncios más proféticos que los habían reducido a todos a la categoría de ángeles. Existía el rumor de que, con el paso del tiempo, se habían desintegrado, agotados de tanta humillación. Por ende, los pocos ángeles verdaderos que todavía eran visibles y los únicos que trabajaban, se dedicaban a mantener el grado de insania del resto de las almas a niveles exorbitantes. Considero, luego de una metódica observación, que había dos causas principales por las que los espíritus travestidos admitían que eso era el paraíso.

La primera y más evidente era el trabajo sutil, la publicidad subliminal, el *marketing* astuto, pero encubierto que era el objetivo primordial de los verdaderos ángeles. La aspiración era componer una estampita viva, una postal cósmica. Miles de almas enmascaradas, forzadas a permanecer estáticas y sonrientes para agradar a la

Criatura. Y para eso necesitaban convencer, hacer creer que la sogá, las alas y la nube eran el sinónimo del bienestar supremo, la máxima aspiración para cualquier ánima.

La segunda, un tanto extravagante, pero no por eso inverosímil, era mi absoluto convencimiento de que muchas de las plumas de las alas estaban infestadas con el virus de la locura que suele residir con frecuencia en los manicomios. Dada la procedencia de las mismas, creo que mi teoría era acertada. Los espíritus aspiraban el polvo donde se encontraba el germen y ya no podían distinguir el edén del averno. Claro que no todas las plumas estaban invadidas por el microbio de la demencia. Muchas, como las mías, provenían de geriátricos donde el grado de enajenación es bastante más débil.

En los orígenes, me quejaba diariamente en la Dirección de Intransigentes, Oscurantistas y Sacrílegos (D. I. O. S). Cancelaron el caso, y archivaron mi expediente por falta de papel. Cansado de luchar contra la burocracia y estupidez congénita, traté de propagar una rebelión celestial, muy al estilo Lucifer contra el Arcángel Miguel, pero con una violencia sutil, casi psicológica. Intenté diseminar ideas revolucionarias, amenazar con cortar sogas, instigar a quemar nubes, tirar espíritus desprevenidos, usar las pelucas como proyectiles bacteriológicos. Pensé, también, en incitar huelgas de hambre, pero después tomé conciencia de que no era una idea muy feliz. Simplemente hubiésemos dejado de comer maná, o sea, aire. Nuestra muerte era una eterna aceptación de todas las formas que adopta el hambre y de todas sus consecuencias.

Ahora entiendo que mostrar mi faceta revolucionaria no fue una táctica muy ingeniosa de mi parte porque tuve que tolerar a un número importante de ángeles reales y de los otros, en mi nube (sobre, debajo y a los alrededores), haciendo su mejor esfuerzo por convencerme de las maravillas que no estaba disfrutando. Terminé por estirar los labios ensayando una sonrisa lo suficientemente real como para dejarlos tranquilos. Creo que por el esfuerzo, mi boca, sufrió daños prácticamente irreparables: entre otros huesos faciales, me quebré la mandíbula. Eso facilitó el encubrimiento y ellos no me molestaron más. Sin embargo, me vigilaron por un tiempo hasta que se quedaron totalmente convencidos de que ya era una parte integral de la comunidad. No podía evitar sorprenderme de la increíble publicidad con la que se fomentaba el Bien. Clásico. No importan las tácticas. El Bien debe triunfar a cualquier precio, aunque intervenga el Mal.

Estaba solo. Intelectual, corporal y metafísicamente solo.

II

En un principio, antes de verme obligado a tomar la decisión de matar a la Niña, intenté buscar soluciones por medios pacíficos.

Opté por la pasiva calma que nos ofrece la razón e inicié los trámites correspondientes para obtener una entrevista con la Magistratura del Bien. Claro que concretar dicha reunión implicó la movilización de un engranaje burocrático que estaba en desuso. Como primera medida tuve que desarrollar un plan sistemático, con tintes inquisidores, en el cual mi objetivo era lograr que respondieran a una única pregunta, ¿dónde inicio el trámite? Pregunta simple en apariencia, pero que resultaba críptica, de una metafísica insondable. Visité los Departamentos, las Divisiones, los Depósitos, las Direcciones, pero nadie era capaz de hilar dos frases consecutivas que tuviesen un significado preciso. Los abrumaba mi deseo, consideraban que mi requerimiento era de una irrespetuosidad profana digno de ser, como primera medida, ignorado.

Tomé el camino de la insistencia que se transformó poco a poco en una letanía con una violencia implícita tan abrumadora que optaron por la segunda alternativa. Movidos por el terror que les causaban mi voz, mis ojos (que reflejaban el fanatismo de un Torquemada) y la lentitud delirante con la que se movía mi boca repitiendo siempre la misma pregunta, dejaron de atenderme. Formaron un escuadrón de ángeles que tenían como principal objetivo detener mi paso. Me vetaron la entrada a los distintos Departamentos, Divisiones, Depósitos y Direcciones.

Pero no lograron frustrar mi estrategia. La estrechez mental unida a la absoluta falta de apertura en la visión global de estos seres con alas innobles no les permitió dilucidar que siempre hay un Plan B. Ellos siguieron escoltando las entradas a las Secciones, y yo me dediqué a robar una planta urbana-celestial donde pudiese detectar cada nube, cada peluca infame, cada estructura olímpica. No fue difícil con todo el personal agrupado en la entrada, pendiente de las patéticas alarmas que pudiesen dar los delatores. No consideraron que contaba con la sabiduría necesaria para darme cuenta de que podía entrar por la puerta de atrás.

El lugar estaba prácticamente desierto. Había algunos estantes vacíos y muy pocos documentos. La mayoría eran carpetas donde habían archivado mis quejas y, propio de su mentalidad infantil y depravada, habían dibujado con tinta roja figuras pueriles, sin la impecable calidad artística ni la grandeza conceptual de un Alfred Leslie o de un De Kooning. Mancillar semejantes escritos me parecía un acto de vandalismo de dimensiones apocalípticas. Deberían haberlos usado como modelos del buen gusto y del profesionalismo propio de alguien con una amplia experiencia en querellas y reclamaciones y, claro, con un nivel literario conseguido luego de años de redactar artículos y textos académicos. Casi todas las carpetas estaban vacías, sin embargo las habían ordenado bajo una rigurosa numeración, un tanto limitada; 1, 2, 3 y el abecedario con el que combinaban esos solitarios números era acotado: A, B, C.

Creí que en cualquier momento iba a deleitarme con un manifiesto dadaísta aunque lo veía improbable. El espíritu de Tzara merecía estratos más dignificantes.

Encontré sin mayores complicaciones el plano. Estaba actualizado y eso me sorprendió. Maravillado, lo memoricé y me fui. Noté, luego de una consciente internalización de los espacios celestiales, que el organismo estructural era concéntrico, aglutinado e irracional. Era lo más parecido a la antigua ciudad de Ur, pero sin las murallas y el zigurat, elementos arquitectónicos que le hubiesen podido dar el aire imperial que tanto le hacía falta al lugar. Sin embargo, el tejido metropolitano irradiaba de un punto muy concreto. Había un espacio aparentemente vacío. En una planta arquitectónica hubiese sido el sinónimo de un gran patio o de la ubicación justa para construir una catedral. Lo había encontrado. Ese era el territorio presidencial. Ahí estaba Él.

Me llamó la atención que el Altísimo no hubiese planificado el cielo respetando el modelo morfológico planteado en el Apocalipsis capítulo 21, versículo 16. No recordaba con exactitud las palabras, pero cuando se nombra a la Jerusalén Celestial se proclama «y la ciudad está situada en cuadro, y su largura es tanta como su anchura». El cuadrado es el símbolo de perfección, es el elemento ideal para lograr una armonía sutil, con tintes negros de opresión. Ese fue el sentido que le dieron los hombres, durante sus conquistas. Específicamente los españoles que tan alegremente impusieron el damero en el nombre de Dios, del orden, de la civilización. Entonces, ¿qué dispositivo de poder usaba el Excelso para dominar al Edén?

Me costó llegar. Nuestra movilidad es limitada. La sogá tiene un determinado alcance, y es necesario pedir un permiso especial para que aprueben una prolongación. La estándar contempla dos metros. Por cada metro extra hay que presentar una carta donde estén expuestas las razones por las que uno demanda semejante longitud de libertad. Nadie jamás consideró la posibilidad de sacarse la sogá porque eso es lo más parecido al suicidio, y pareciera que nadie quiere morir dos veces.

Dado que era inconcebible pensar siquiera en presentar cualquier tipo de requisitoria, para que automáticamente sea damnificada con bocetos impíos, me incliné por la solución más evidente. Me saqué la sogá.

Saltar nubes resultó ser un deporte extremo. Tuve que vencer mi pánico a las alturas. Opté por cerrar los ojos cada vez que saltaba. Luego de infinidad de aterrizajes forzosos, en los cuales mis pies quedaron definitivamente tullidos, y de perder la peluca, que cayó en picada como un meteorito albino, llegué a una nube gigantesca.

En el centro estaba emplazada una estructura parecida a un pasillo. Me recordó a un *dromos* y pensé que podía llevarme a la Tumba de Atreo, pero claro, el Supremo tenía forzosamente que habitar palacios o castillos. Una tumba arcaica no hubiese estado a la altura de las circunstancias. Me acerqué. La oscuridad del corredor era inaudita. Ese era el único espacio libre de los rayos del sol en el cielo entero. Quizás

ingresar implicaba un viaje astral a los estratos diabólicos. La idea no me desagradó y caminé. Al final me encontré con una puerta vieja de madera corroída, arqueada y encajada en un marco de ladrillos. A la altura de los ojos había dos aberturas del tamaño exacto para poder espiar. Pensé que iba a ver a una mujer ligeramente reclinada sobre un colchón de ramas punzantes, inquietantemente desnuda, abriendo las piernas en forma desvergonzada mientras sostenía una lámpara encendida. La puerta condenada.

Lo único que pude ver fue luz blanca. No existían mujeres, ni llantos de niños, solo luz. La abrí y caminé despacio. No pude verlo enseguida porque estaba enceguecido, pero sentado sobre un banco había un ángel. No me miró, estaba con la vista fija en un punto indefinido. Disimulando, me senté. Quizás era un ángel del ejército celestial listo para fulminarme con un destello refulgente. Cuando habló, lo hizo con una tranquilidad pasmosa:

—Espero.

—¿Perdón? ¿Me habla a mí?

—¿A quién más?

—Disculpe. ¿Dijo que espera?

—Sí.

—¿A quién, a qué?

—A D. O. G.

—Ajá, entiendo.

—No, no creo que entienda nada.

—Entiendo que usted espera. Creo que es una cantidad y calidad de información bastante sencilla de procesar.

—Solo sé que espero.

—Es bueno tener la certeza sobre al menos una cosa, aunque sea algo tan patético como una espera.

—¿Patético?, pero, ¿usted no espera?

—Metafísicamente siempre existe algún tipo de espera.

—Hablo de la espera concreta. ¿A quién espera?

—Yo busco, no espero.

—Nadie hace eso aquí. Creo que está en el lugar equivocado.

—Ya lo creo. Dígame, ¿cuándo espera que aparezca D. O. G.?

—En cualquier momento.

—¿Lo conoce?

—No.

—Quizás D. O. G. sea andaluz.

—Nunca le cortaré el ojo a nadie. Le ordenaría a otro que lo corte.

—¿No será un *domini cane*?

—¿Un perro de Dios?

—Sí. ¿Por qué no? Puede ser un miembro de la Orden Dominicana.

—Puede ser. O no. No sé.

—¿Hace mucho tiempo que espera?

—¿Usted cree que el tiempo existe?

—Sí.

—Es mental, producido por nuestra matriz racional. Usted no debería tener concepto del tiempo.

—Pero lo tengo.

—No existe la perpetuidad, ni lo definitivo.

—Me habla del eterno retorno.

—No. Para que haya un eterno retorno debe haber tiempo y razón. Las dimensiones son paralelas, cada uno elige sobre cuál va a moverse.

—Si uno elige, usa la razón.

—No, usa la energía.

—¿Usted estaría anclado en la dimensión de la espera?

—¿Importa? Es solo una dimensión.

—Quizás D. O. G. se colgó de un árbol raquíutico.

—Es probable.

—Quizás D. O. G. lo esté esperando a usted.

—Puede que lo esté esperando a usted.

—Quizás D. O. G. no exista.

—¿Quién existe realmente?

—Quizás la muerte sea esto. Esperar y que nadie ni nada llegue jamás.

—La muerte no existe.

—Este lugar sugiere lo contrario.

—Recuerde: dimensiones.

Lo dejé. Era un ángel senil que, sin dudas, había aspirado el polvo nocivo de las plumas que se había instalado en su cerebro, estropeándolo irremediablemente.

Necesitaba a Dios. Caminé un poco por el lugar hasta que vi una puerta. La abrí. Me encontré en un emplazamiento de una blancura exasperante. Opté por sentarme, dado que, paradójicamente, nadie me estaba esperando. Me resultaba insólita la soledad del lugar. Uno hubiese confiado en que el Caballero del Bien estuviese rodeado de querubines obesos volando peligrosamente cerca de su cabeza, de arcángeles góticos verticalísimos y anagógicos escoltando el trono celestial como pilares interminables y de una horda de almas bienaventuradas compartiendo el goce y la gracia de su presencia divina.

Pero no, la oficina, por ponerle algún nombre a ese espacio que pretendía ser rectangular, con dos sillas, una mesa transparente, un cubo con dados y un cartel diminuto con las letras D. I. O. S., estaba vacía. No había ventanas porque básicamente no había paredes, pero sí había una puerta por la que había entrado. Yo estaba parado sobre lo que parecía un piso o, ¿debería llamarlo plataforma? Calculo que ese conjunto de tablas deformes y mal pulidas estaba colocado sobre una nube

resistente, aunque, francamente, ¿sobre qué estaba apoyada la nube?

Me encontraba desvariando sobre el espacio, la gravedad y la dudosa, pero increíble consistencia volumétrica de las nubes, cuando me di cuenta de que alguien me estaba mirando.

Sentado en la otra silla me sonreía el ángel que esperaba a D. O. G.

Por un momento, viéndolo sentado con esa placidez inquebrantable me imaginé que era Inocencio X, trabajado con la pincelada biológica de Velázquez. Pero después de mirarlo fijo, durante lo que pareció demasiado tiempo, su figura se convirtió en un lienzo desfigurado, con pedazos de su existencia derramándose en forma brutal, estrellándose, desgajándose en el aire. Creí que podía observar con un detalle microscópico, y en cámara lenta un grito repleto de vacío. Un segundo abominable, un minuto de pura defragmentación. Me di cuenta de que me había perdido en una alucinación concebida por Francis Bacon y lo miré a los ojos tratando de establecer una conexión. Fue en ese instante cuando noté que no tenía alas, que no podía ser un ángel lunático. Pero preferí ignorar el detalle y actuar casual:

—Parece que dejó de esperar.

—¿Usted lo cree?

—Bueno, de hecho, salió de la sala de espera. Ese sería un buen comienzo.

—Quizás los significados y significantes estén reelaborados y salir de la sala de espera, simplemente quiere decir que la espera es infinita.

—Quizás sus precisiones semióticas sean incorrectas, y usted sea un pobre infeliz que no tiene otra cosa más interesante que hacer.

—Todos esperamos, no veo por qué no puedo hacerlo yo.

—Yo no espero, busco. Necesito hablar con Dios.

—Lo escucho.

—Usted no puede ser Dios.

—Eso es lo que dice el cartel.

Acto seguido, tomó el cubo y tiró los dados sobre la mesa. Dejando pasar el detalle, dije:

—¿Dónde está la voz de ultratumba y la luz enceguedora?

—Esos son efectos especiales que considero innecesarios para esta ocasión.

—¿Dónde están el buey, el león, el águila y el hombre?

—De licencia.

—¿Puede caminar sobre el agua sin mojarse ni hundirse?

—No confunda la obra del padre con la del hijo.

—Suponiendo que usted es Dios, ¿qué hizo el séptimo día?

—Maté.

—¿Qué es lo que lo motiva a asesinar?

—El aburrimiento.

—¿Por qué no se retira y le deja su puesto a alguien más competente?

—Mi contrato no tiene fecha de vencimiento.

—Usted no puede ser Dios. Su aura presencial es insignificante. Usted es un ángel que logró arrancarse estas alas inmundas y sufre de un delirio místico.

—Probablemente. Quizás para ser Dios simplemente hay que saber cómo sacarse las alas.

Recogió los dados y volvió a tirarlos, sonriendo.

—En mi opinión usted mató a Dios y lo está reemplazando. Dios no juega a los dados.

—No me confunda con filósofos dionisiacos, y me anexe declaraciones de científicos relativos. De cualquier manera, si soy o no soy, ¿es verdaderamente una cuestión?

—¿Habla así naturalmente o se dedica a imitar a sus creaciones más gloriosas?

—Recuerde, yo permito que mis creaciones me imiten a mí.

—Ignoré el comentario ególatra y le dije:

—Vengo a hacerle una queja formal acerca del estado funesto de este, el cielo que habitamos. Exijo labrar un acta. Es menester registrar mi demanda.

—¿Nadie le dijo que el cielo y el infierno los construye uno mismo?

—Mis más sentidos respetos, pero esa es una frase hecha, indigna de un ser de su estatura intelectual.

—Lo considero un consejo sabio.

Entonces, para redondear la idea, ¿usted me está queriendo insinuar que este cielo es creación mía? Porque de ser así le aclaro, desde este preciso instante, que no me considero capaz, ni con la suficiente energía mental como para generar semejante empresa. Además, si tuviese el poder, le aseguro que mi cielo sería lo más parecido a un *cabaret* de Zurich y, desde ya, siendo fiel a mi espíritu anarquista, no habría ningún Dios.

—Veo una pequeña contradicción. Si usted crea el cielo, usted es el Dios.

—Entonces, si este es mi cielo, ¿qué hace usted en mi silla?

—¿Nunca pensó que probablemente yo sea una versión mejorada de su persona, una proyección de su superyo endiosado?

—Supongo que en sus ratos de ocio, entre la planificación de las muertes y los nacimientos, se dedica a leer obras que hablan de la compleja psicología del ser humano, y después fulmina de un cáncer de mandíbula a los que osaron intentar abordarla.

—No necesito leer nada. Yo inventé al ser humano.

—Sí, entiendo que usted creó todo. Me creó a mí, me mató y me instaló en este lugar nefasto.

—Uno siempre tiene que crear lo que lo va a intentar destruir, el detalle a considerar es que la creación no puede ser eterna ni más poderosa que el creador.

—O sea, recapitulando, yo sería una suerte de Lucifer globalizado, pero sin los beneficios y armas que debería tener semejante personaje. Pero, además habría una posibilidad de que también fuese un demiurgo que crea un cielo sin el encanto

delirante de un jardín repleto de delicias. Es abrumador ser tanto y no lograr nada, por eso soy cínico. Usted no debería existir.

Estuve un largo rato disertando sobre Diógenes y cómo vivía en un tonel sin creer en nada ni en nadie, y cómo prefirió el calor del sol antes que la presencia de Alejandro, y cómo tuvo una muerte gastronómica y valerosa por comer un pulpo crudo, pero cuando miré para buscar la aprobación de mi interlocutor, ya no estaba.

Frustrado, tomé conciencia de que no había podido preguntar nada acerca de la Niña. Quería entender por qué tan diminuto rejunte de santidad tenía semejante poder. ¿Por qué subordinarse a una pequeña larva impúber cuya única actividad consistía en rezar? ¿Por qué un paraíso exclusivo para sus ojos de muñeca de trapo sagrada? ¿Quién era el responsable de crear y mantener semejante lugar? ¿No era más fácil colgarle un cuadro con ángeles y nubes? ¿Necesitaba realmente el espectáculo en vivo todo el año, a toda hora? ¿Qué placer bendito podía ofrecerle estar pendiente de un grupo de hombres muertos con túnicas, pelucas y alas de plástico? ¿Todos los niños santos tenían su propio cielo? ¿No existía ningún sindicato al cual quejarse por maltrato *post mortem*? ¿A nadie le parecía monstruoso que un humano en miniatura dirigiese nuestros destinos? ¿Qué clase de minúscula y repugnante *voyeur* era? Esos ojos. Era necesario arrancárselos.

Habiéndome quedado solo, confundido y desesperado en ese espacio ridículamente blanco, grité furioso un poema girondiano que recordé. Era apropiado para ese momento y lugar:

*Blanca de blanca asfixia
y exangüe blanca vida,
a quien el blanco helado nevé la blanca mano
de blanca apariencia,
mientras el blanco espanto
blanqueaba su mejilla
de blanca ausencia herida,
al ceñir su blancura
de intacta blanca luna
y blanca despedida.*

Esperé un rato, pero nadie contestó. Me sentía cansado y blanco. Pensé en probar la resistencia de la plataforma y empezar a saltar, pero me dolían los pies.

III

Me preocupaba mi sexo.

Es razonable pensar que los órganos sexuales son una suerte de decoración cuando uno es un espíritu. No obstante rechazo la tesis, supongo que autorizada por las Entidades Celestiales, de extraerlos. Entiendo que, dado que los ángeles son asexuados, todo rastro impúdico, pélvico o púbico debería ser retirado. No pretendía pavonearme con una *ostentatio genitalium*, porque francamente no existía nadie que pudiese congraciarse con las cualidades de mi falo cósmico, pero la mera noción de que podían extirparlo era inconcebible, no solo por el sufrimiento demencial sino por la humillación integral que eso implicaba.

Era claro, también, que las Entidades Sobrenaturales no querían lidiar con la posibilidad de que la Niña Santa despertara de su perpetua inocencia con cuestionamientos lujuriosos. Al mirarnos ella tenía que ver ángeles oficialmente sagrados y planos, nada más. Ningún elemento perturbador podía manchar sus ojillos de mazapán.

Supongo que no había llegado mi hora porque era relativamente nuevo, pero, si bien no tenía las pruebas concretas, era evidente que varios infelices habían sufrido la experiencia. Confieso, además, que nadie me había relatado ningún incidente de esta naturaleza, pero, claro, nadie me hablaba. No obstante, confiaba en mi auténtico poder de observación y podía jurar que, con el paso del tiempo, muchas túnicas habían quedado completamente lisas, sin ningún tipo de artefactos indignos que destacaran.

Bajo estas circunstancias y dado que había perdido la soga y la peluca, no me quedó otra opción. No podía volver a mi aposento nuboso y exponerme a otra vejación: verme limitado en mis funciones viriles. El plan primordial había fracasado rotundamente. Necesitaba contactarme con el opuesto, con el ángel rebelde, con el innombrable. No podía invocarlo. Ya había considerado esa opción, pero no tenía en mi poder ni a una gallina viva, ni la sangre de una virgen sacrificada, ni siquiera tenía una cruz para invertirla. Incluso, ensayé la posibilidad de escribir con mi propia sangre algún mensaje satánico, pero no estaba dispuesto a cortar mi piel para comprobar que, con seguridad, no tenía sangre dado que, probablemente, no tenía venas y menos un corazón, aunque los sentidos me dictaban lo contrario.

Pensé que lo mejor era cambiar de lugar. Con seguridad Mefisto no iba a acercarse a los aposentos del Todopoderoso.

Me levanté y retomé mis saltos mortales. Había perfeccionado la técnica e incluso ya no me mareaba, sin embargo, los aterrizajes continuaron siendo devastadores para mis extremidades que insistían en cambiar de tonalidades. Rojas, violetas, negras, incluso, pude detectar algún verde que, por supuesto, arruinaba el equilibrio compositivo y que permaneció inmutable a pesar de los reiterados golpes que deberían haberlo transformado en un color más a tono.

Estaba en pleno salto mortal, intentando no caer al vacío, intentando abrir los ojos para vencer mi terror a las alturas, cuando sentí que volaba. Por un segundo creí que realmente había logrado, como supuesto ángel que era, un milagro. Transformar con el poder de mi pensamiento las alas de plástico en alas verdaderas y, por supuesto, dominar automáticamente la ley de gravedad. Me resultó extraño, no obstante, sentir una presión un tanto contundente en mis dos brazos y vi que dos ángeles, dos de los verdaderos, me cargaban sin mirarme. En ese momento entendí que me habían descubierto, y que ahora comenzaba una tortura lenta y amigable que consistía en obligarme, otra vez, a ser algo que no era.

La presión en mis brazos aumentaba, y fue en ese momento en el que me di cuenta de que lo que me sostenía eran garras. Grité por dos motivos. El primero fue por la fusión desconcertante de ángeles con garras de demonios, y el segundo porque estábamos a punto de chocar con una nube gigantesca.

Cuando abrí los ojos, estaba parado en la nube. Los dos híbridos me miraban fijo. Sonrieron mostrándome cuatro colmillos. Quise hablar, pero la visión era tan inaudita y aterradora que me quedé callado. El miedo a esos caninos sobredimensionados me obligó a retroceder y a lidiar con una seguidilla de pensamientos de lo más inapropiados para el momento dramático que estaba viviendo. Pensé en las empuzas, las lamias y harpías, mujeres bebedoras de sangre. Pensé en Lilith, la primera mujer creada por Dios que se rebeló ante este y fue condenada a caminar en la oscuridad. Pensé en Caín el primer vampiro, entrenado por Lilith en las artes del mal. Pensé en los trece clanes vampíricos, en los Gangrel, los Malkavian, los Nosferatu, los Tremere, los Tzimice, los Ventrue... Pensé en Vlad Thepes, el Conde Draculea. Pensé en Erzsébet Báthory, la Condesa sangrienta. Pensé que era ridículo que existiesen vampiros en el Más Allá porque no podían realmente alimentarse de nada, pero uno nunca podía estar seguro. Quizás querían afilar sus colmillos en mi cuello inmortal. Pensé que los demonios y los vampiros eran lo mismo. Pensé que estaba pensando demasiado y que los dos demonios-ángeles-vampiros me miraban con insistencia señalando con sus garras una puerta.

Entré. Vi una mesa transparente con un cartel que decía «D. I. A. B. L. O, *sponsor* oficial del mal». Me senté y recité:

*A mitad del camino de la muerte
en una selva oscura me encontraba
porque mi ruta había extraviado.*

Creí que Virgilio podía aparecer y convertirse en mi guía. Imaginé los nueve círculos infernales, pero la mesa y las dos sillas me estaban indicando que Dante nunca había estado ahí realmente.

Sin entender cómo, ni cuándo, ni porqué, sentado en la otra silla, estaba el espíritu que esperaba a D. O. G, aquel que se llamaba a sí mismo Dios. Lo miré

desconcertado. Después razoné que probablemente iba a agraciarme con un castigo divino o que había firmado los papeles necesarios para desterrarme al purgatorio, si es que este existía en alguna parte. El limbo estaba clausurado hasta nuevo aviso. Ese era un hecho. Alguna entidad eclesiástica terrenal con demasiado poder había decidido que ya no debía existir. Esto explicaba la plaga inescrupulosa de niños con celulitis descontrolada y alas diminutas que volaban alrededor de nuestras nubes a toda hora. Soñaba con conseguir un insecticida o a Herodes.

Aquel que se denominaba a sí mismo Dios, sonrió y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Eh... bueno... esta es una situación un poco confusa e incómoda. En realidad... bueno... usted sabe... eh... bueno... que yo ya tuve mi pequeño encuentro con usted y francamente...

—¿Encuentro? ¿De qué habla? Yo nunca lo había visto antes.

—Sí, usted me dijo que esperaba a D. O. G. y después me dijo que era Dios.

—¿Eso le dije? Yo soy el Diablo.

—Usted no puede ser el Diablo.

—¿No puedo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque usted es Dios.

—¿Lo soy?

—Sí. Eso fue lo que me dijo antes.

—Pero yo creí que era el Diablo.

—No, usted no puede ser la encarnación del mal.

—¿No?

—No. ¿Realmente piensa que es el Príncipe de las Tinieblas?

—No, el Príncipe de las Tinieblas no. La máquina de tinieblas se rompió. Solo soy Diablo, a secas.

—Entonces usted es Belcebú.

—Me insulta. ¿Ve un enjambre de moscas rodeándome? ¿Tengo alas de murciélago?

—Bueno, no, pero se lo conoce con tantos nombres.

—Llámeme simplemente Diablo.

—No puedo llamarlo de ninguna manera porque usted no existe realmente. Usted es la encarnación de las pulsiones anales eróticas reprimidas.

—Pero, a veces, un cigarro, no es otra cosa que un cigarro. O, para no compararme con un objeto inanimado, un diablo no es otra cosa que un diablo.

—Deje de citar a Freud.

—Pero usted lo citó primero.

—Bueno, si usted es el Diablo dé vueltas la cabeza y muéstreme el tridente como prueba.

—Ah, no. Yo estoy certificado únicamente para dar vuelta la cabeza una vez mientras despidio humo por la boca.

Esto solo si la temperatura ambiente es menor a los cuarenta grados, de otra manera corro el riesgo de explotar.

—¿Y el tridente?

—Creo que el último disponible se lo llevó Poseidón, por lo tanto no estoy familiarizado con el uso de ese tipo de instrumentación maléfica y/o oceánica.

—No, no puedo creer que usted sea el Diablo. Usted es un fraude.

—No le permito. Tengo amplia experiencia en materia maligna.

—¿Por ejemplo?

—Envié a dos acólitos del mal a la Tierra para que sembraran la depravación y la desidia. Sus nombres mortales son Paris Hilton y Mirtha Legrand. Además, mi mayor logro vil fue impulsar la carrera de Arjona.

—¿Me habla de estrellitas del espectáculo? Pensé que me iba a hablar de Hitler, Mussolini o Disney. Figuras con presencia maléfica real, como los mimos.

—Mis ayudantes dañan más cerebros que cualquier dictador obsoleto. ¿Qué tiene en contra de los mimos? La mímica es un arte maravilloso, demasiado perfecto para ser mi creación.

—No, no puedo. Me resulta imposible imaginarlo como al principal artífice del mal.

—Eso es lo que dice el cartel.

—Los carteles no conforman la sustancia de nada. Solo son palabras.

—¡Pero mi analista me ordenó que pusiera el cartel para aferrarme a esa idea del ser!

—¿Dijo analista?

—Sí, analista. Hace aproximadamente quinientos mil años que me analizo. Estoy feliz porque estamos por pasar al diván.

—¿Quién es su analista?

—Dios.

No pude contener una carcajada. Era como si mi cuerpo hubiese tenido un espasmo nervioso ante semejante afirmación.

—¿De qué se ríe? ¿Por qué se ríe? No lo entiendo, no dije nada gracioso. ¿De qué se ríe? ¿Por qué se ríe? No, no, no lo entiendo.

Espantado al ver que ese ser, teóricamente diabólico, no paraba de mover las manos, y de bombardearme la visión con una artillería de tics, opté por no contestarle y esperar a que se calmara. Fue peor. El labio inferior dejó de funcionar, y un hilo de baba inmundo empezó a caer. Me dijo algo que me costó entender. Después se recompuso un poco y gritó, tratando de contener las lágrimas:

—Ahora, ¿me ignora?, ¿no me habla?, ¿qué le hice? Por favor, dígame. Necesito a mi analista urgente. ¿Mis pastillas, dónde están mis pastillas? Son azules. Tengo otras verdes y unas naranjas. ¿Las vio? Por favor, mis pastillas. Las necesito. ¡Ahora!

¡Ya!

Esto lo dijo al borde de un ataque de histeria mientras el labio inferior se le movía con un ritmo desconcertante, y el ojo derecho se le cerraba y abría como una máquina hipocondríaca. Temblaba y parecía al borde del llanto.

Aterrado y sin saber qué hacer, opté por ir directo al punto que me interesaba.

—Tengo mi alma. Quiero vendérsela.

Después de unos instantes pareció recomponerse, incluso adoptó una postura de seriedad. Con voz de dignatario público, me dijo:

—¿Puedo saber a cambio de qué?

—Necesito que destruya el cielo de manera contundente, definitiva y rápida.

—¿No está al tanto del decreto?

—No, no lo estoy.

—Sí, salió publicado en el Boletín Celestial.

—No puede existir un Boletín Celestial.

—Sí existe. Prohibieron la comercialización de almas y afines.

—¿De qué comercialización me habla?

—Le repito, hay un decreto. Permita que se lo lea. «Ministerio regulador del cosmos y entidades anexas. Decreto nueve ocho siete tres cuatro cinco ese barra efe. Visto el expediente número cuatro-cinco-siete-cero-uno-cero-cero-uno-dos-uno-cuatro, ese barra efe del registro del ministerio regulador del cosmos y entidades anexas y considerando: que el señor jefe de la mencionada institución, dependiente del ministerio de justicia, seguridad y derechos divinos, solicita la prohibición de acuerdo con lo establecido en el título séptimo, capítulo séptimo de la ley número siete-siete-siete-cinco-siete-siete. Por ello, el presidente del cosmos y entidades anexas decreta. Artículo uno. El intercambio, reventa, cesión, negociación, canje, permuta, trueque, comercialización de almas y afines se prohíbe en todo el espectro universal y entidades anexas. Artículo dos. Las prestatarias de distribución de las subzonas del cliente revendedor y del cliente comprador resultan obligadas a declarar la quiebra según lo establece la presente reglamentación, más las disposiciones del inciso uno de la reglamentación del artículo uno de la ley uno-uno-uno-uno-uno-uno. Artículo tres. El incumplimiento de dicho decreto implica la pena, la excarcelación y las consecuencias que se generen a partir de la ira divina. Artículo cuatro. Este procedimiento entrará en vigencia desde la publicación del presente decreto en el boletín celestial. Artículo cinco. Comuníquese, publíquese, dese a la dirección celestial del registro universal y archívese».

—Usted no debería regirse por los decretos de nadie. Usted, por naturaleza, debería romper las reglas, quebrar los límites, hacer el mal.

—Eso de romper las reglas es muy romántico. Para gobernar, primero hay que servir. ¿Nunca escuchó ese refrán? Lo leí en una galleta de la suerte, me gustó y lo repito cada vez que puedo. Hay que repetir las cosas muchas veces para poder entenderlas.

—¿Qué me dice de Fausto? Él la pudo vender.

—¿Fausto?

—Deje, deje, si no sabe quién es Fausto, ya no interesa nada de lo que pueda decirle.

—Le envié a Dios mi respuesta. ¿Se la leo?

—¿Tengo otra opción?

*«Dios está ofendido
porque todo lo que habla
se oculta en sí mismo.
Su voz es inmóvil
como una música hecha de astillas
y cuerdas de almendro.
En cualquier segundo,
por azar
guarda cuchillos en la boca
donde la madera se pudre
como hilo de serpiente.
Dios está ofendido
porque sabe que los únicos sonidos que emite
están labrados en cobre
y no existe la armonía
cuando la sangre de Edipo
pesa en sus espaldas
y su sexo pende
como un pez muerto».*

—¿Contestó a un decreto con un poema? ¿Se atreve a hacer uso y abuso nada menos que de la poesía? ¿Dios tiene sexo y está muerto?

—Es la única manera de comunicarnos. Él contestó con un plagio a un escritor clásico, como suele hacer. No tiene inventiva. Recurre en forma constante a las grandiosas imperfecciones que crean los hombres. Yo recurro a los intentos de hacer literatura de los desconocidos que es casi como inventar uno mismo, por todo el trabajo que implica la búsqueda y la apropiación. Encontré ese poema en una antología editada en algún país del Tercer Mundo, escrita por un tal Costarrica. Nadie lo conoce. Ideal.

—Por definición el Creador del mundo no puede plagiar su obra, en todo caso estaría citándose a sí mismo.

—Es sabido que el Creador del mundo, como usted decidió apodarlo, crea una estructura, un módulo, un canon que se repite al infinito. Él no concibe el error, porque cree que es perfecto. El defecto, en teoría, es obra mía y ahí reside la

verdadera creación, la libertad de la poesía. Él no puede concebir que las palabras lloren, arañen, cambien de colores, se doblen, estrangulen, duerman. Es por eso que tiene que recurrir a las obras de otros. Escuche la respuesta que me mandó: «Usted es el negativo absoluto, la encarnación de la nada. Lo que se desea y no se puede obtener, lo que se sueña porque no puede existir; en eso está su reino nulo y ahí se asienta el trono que no le fue dado. Lo que podría haber sido, lo que debería haber habido, lo que la Ley o la Suerte nos dieron... los arrojó a manos llenas al alma del hombre, y a ella le perturbó sentir la vida viva de lo que no existe. Usted es el olvido de todos los deberes, la vacilación de todas las intenciones».

—Sí, reconozco el estilo. Pessoa. Cuando se analiza con Dios, ¿se leen poesías?

—No, la poesía es solo para contestaciones oficiales. Hace poco recibí un mensaje absolutamente ofensivo. Todavía estoy pensando cómo contestarle. Tengo que revisar más antologías de principiantes. Se lo leo: «Mira la bestia con la cola aguda que pasa montes, rompe muros y armas, mira aquella que apesta todo el mundo».

—Dante, sin dudas. Sí, coincido en que es una cita un tanto desafortunada. Es verdad que a usted no le vendría mal un baño, pero creo que todos lo necesitamos. Sin embargo no veo a qué le teme Dios. Usted no es un enemigo demasiado activo. ¿Dónde está la guerra entre el Bien y el Mal? Se supone que usted debería estar planificando tácticas para deshacerse de Dios, para invadir el cielo. Yo le puedo citar algunos consejos sobre tácticas de guerra que pude memorizar del libro El Arte de la Guerra.

—Tanta soberbia, tanta disertación. ¿Usted no medita las cosas antes de decirlas? Haber leído algunos libros, conocer algunos datos, aprenderse algunas citas no lo califica de sabio. Hablemos de Sun Tzu si tanto lo desea. Cito: «Todo el arte de la guerra está basado en la impostura. Por lo tanto, si eres capaz, finge incapacidad; si activo, inactividad. Cuando estés cerca, aparenta que estás lejos; cuando estés lejos, que estás cerca. Aparenta inferioridad y alienta su arrogancia». Se da cuenta que usted no entiende nada. Se trata de conquistar, de crear un Imperio. Si destruyo a mi enemigo, me destruyo a mí mismo. De a poco. Esto es lo que usted no entendió antes. Necesito que el Bien se fortalezca para que el Mal se fortalezca, ¿se da cuenta?

—No lo entiendo. Hace un momento dudaba de su identidad, y ahora me habla de las tácticas de Sun Tzu.

—¿Sun sun? ¿Es el mosquito que contagia la malaria? ¿Está rondando por acá? ¡No quiero tener malaria! ¿Escuchó un zumbido? Imagínese los problemas, las consecuencias de tener malaria. Odio la malaria. ¿Escuchó un zumbido? ¡¿Lo escuchó?! Mis pastillas, ¿dónde están mis pastillas? ¿Las vio? Tengo violetas, negras y otras rosas. Las necesito, por favor.

—¿No eran naranjas, verdes y azules?

—No me acuerdo.

—Usted es un auténtico imbécil.

Se quedó quieto, mirándome y empezó a mover el labio inferior. Primero despacio, con un ritmo parecido al de una ola y después, mientras el ojo izquierdo se cerró de golpe, el labio se descontroló. Un hilo de baba transparente quedó colgando y temblaba con el movimiento enloquecido del labio. Quedé hipnotizado. El espectáculo era triste. Era necesario cambiar de tema.

—¿Qué me dice de la Niña? ¿Qué rol concreto juega en esta historia?

Me miró con el ojo restante, sin pestañear. Parecía sorprendido.

Sin decir nada hizo un ademán curioso y las dos sanguijuelas vampíricas aparecieron a mi lado. El Diablo o quien fuese, les ordenó:

—A la nube. Quiero una rápida restauración. Peluca, soga y túnica limpia. No puede tocar a la Niña. Quiero vigilancia constante.

Apoyó las manos sobre la mesa y creí ver, aunque no estaba seguro, que en cambio de manos, tenía garras. Enseguida golpeó la mesa y dijo clavándome la mirada:

—Esto nunca pasó.

IV

Los demonios me sujetaron con las garras, y emprendimos un viaje espeluznante por las alturas. Para evitar tener un ataque de pánico por miedo a que me soltaran, reflexioné sobre mi último encuentro con el Maestro del Mal. Había sentido verdadero miedo antes de verlo, pero me resultaba llamativo que no me hubiese pasado lo mismo con Dios. ¿No es tan o más aterrador enfrentarse a la fuerza total, a la energía creadora, al poder absoluto? Vislumbrar un absoluto, por definición, debería ser insostenible. Él es la totalidad, pero también la nada, un vacío agotador, demencial por lo completo. La nada es la que nos sostiene y nos mata, no Dios.

Los vampiros me depositaron en mi antiguo hogar. Más bien, me tiraron desde una altura considerable. Tuve que cerrar los ojos y apelar a una perfecta verticalidad en mi caída para no seguir de largo. Aterricé sentado y, a pesar de ir en contra de mis ideales, hubiese querido, en ese momento específico, no contar con mis genitales.

Todo había vuelto a la normalidad. Parecía un ángel que irradiaba felicidad, con una túnica limpia en apariencia, y una peluca brillante. A los costados estaba custodiado por los dos impostores. Habían logrado mover dos nubes, y se dispusieron a vigilarme sin descanso.

La orden de limpieza dictada por el Diablo había sido llevada a cabo de la manera más vulgar e irrespetuosa posible. Me llevaron a una nube, y me arrancaron la túnica sucia. Pensé que me iban a descuartizar, desparramando mis miembros irreales por la vía láctea. Pero no, me arrojaron un talco grisáceo. Cuando miré me di cuenta de que no era talco porque salía de una urna. Temblé del asco sintiendo las cenizas de algún muerto sobre mi piel. Creí ver mi antiguo nombre, mi nombre mortal (el nombre de un renombrado crítico de arte, el nombre de una figura excelsa de la cultura), pero preferí no saber. Me la tiraron en la cara, junto con un blanqueador para una nueva túnica más roñosa que la anterior. Cuando consideraron que el polvo era suficiente y que mi asfixia no era fingida, dieron el toque final incrustándome una peluca más chica que la antigua. Después me di cuenta de que era la misma que debería haberse desintegrado en esa desafortunada caída. Estaba quemada, casi negra, pero algunos rulos todavía mantenían un cierto movimiento que, en forma exitosa, continuaba nublando mi visión. Cuando estuve listo, me miraron con repugnancia. Uno de ellos sacó un frasco y roció mi cabeza con pintura amarilla. Después me tiró sobre la peluca húmeda un poco de brillantina dorada. Seguía disconforme. Chasqueó los dedos y algo o alguien le tiró un set de maquillaje desde algún lugar. Se acercó y empezó a pintar mi cara. Como parecía muy seguro en los movimientos y en la elección de los colores, pensé que era una profesional. Eso hasta que me mostró en un espejo lo que había hecho. Era indescriptible. Los labios naranjas, los ojos violetas, los pómulos escarlatas. Parecía una de las prostitutas de un Toulouse-Lautrec epiléptico. Un espasmo de colores estallando en forma simultánea en mi cara como la obra dislocada de un mal imitador de Pollock. A pesar del horror al que estaba siendo

expuesto, tenía que admirar el espíritu ecologista, de reciclado y de ahorro que los dos demonios ponían en práctica con tanto ahínco.

Necesitaba huir. Ahora era una cuestión de urgencia, de irritante ansiedad. Era menester aplastar el pequeño cráneo de la Niña para que ese cielo inmundo se esfumara para siempre.

Tenía que bajar. Sin embargo, algo me decía que tirarme al vacío podía conllevar una cantidad de peligros que no estaba dispuesto a soportar. Podía romperme los huesos que no tenía la certeza de que existiesen y, por ejemplo, podía ocurrir que, durante mi caída libre, me cruzara casualmente con un avión de línea y terminara descuartizado dentro de la turbina, o mejor, mi cuerpo quedara como un hermoso regalo aplanado en el parabrisas. Probablemente no notaran mi presencia, pero la idea de viajar sin servicio de azafata, y con la rítmica colisión de insectos extraños y pájaros desorientados en mi cara, simplemente no iba a ocurrir.

Mis dos entrevistas me habían dejado más confundido y desdichado, si eso era posible. Ahora estaba en una situación de total desesperanza. Los vampiros demoníacos me vigilaban de manera constante.

Al principio no me hablaban. Ocultaban sus garras y colmillos cuando pasaba un ángel volando. Era increíble el poder de transformación que tenían. Si un ángel hablaba con ellos, sus facciones se suavizaban, los colmillos desaparecían e incluso el pelo se les volvía más rubio.

Cuando me devolvieron a la nube, una horda de bichos alados los rodearon para preguntarles por qué había desaparecido. No entendían. Era la primera vez que ocurría. Era la primera vez que un ángel dejaba su nube de forma misteriosa y sin avisar al resto. Además, todos sabían que no era un Mil Años, que era un recién llegado. Mis custodios contestaron que era un mandato divino, que el Supremo me había mandado llamar. Primero hubo un silencio de respeto y reverencia. Después todos se abalanzaron para preguntarme cosas. Los vampiros lograron alejarlos.

Aquellos que no me hablaban, aquellos que me habían ignorado de manera contundente, aquellos que tenían hacia mi persona un odio cordial, ahora, no dejaban de acosarme. Ahora era la estrella y todos querían rodearme, tocarme, preguntarme. Si no hubiese sido por los demonios estoy seguro de que me hubiese tirado, únicamente para escapar a esa manada indefinida de plumas y sonrisas artificiales.

Los demonios no me hablaron por mucho tiempo. Se dedicaban a observarme, al punto de que era imposible que tuviese un momento de privacidad. Me sentía un microbio, un insecto en un laboratorio improvisado por dos escolares iletrados. Había necesidades biológicas que eran difíciles de esconder. Intenté pedirles algún minuto en soledad para poder ocuparme de ciertas cuestiones, pero nunca contestaron. Solo me miraban, como la Niña.

Llegó un punto en el que decidí actuar como si no existiesen y dedicarme a mis asuntos. Lo más complejo fue, quizás la necesidad imperiosa de tener una relación de intervención conmigo mismo. Dado que aún contaba con la instrumentación para

realizarla, era fundamental aprovechar cada oportunidad. La túnica fue un soporte viable para poder mantener una mayor privacidad. Había practicado un corte a la altura de la cadera por el que podía introducir con facilidad la mano derecha.

Tomé mi dispositivo celestial y empecé a maniobrarlo, despacio, al principio. Ciertas diligencias requieren de un trato y tiempos especiales. Llegó un punto en el que no podía limitarme solo a movimientos imperceptibles. Mi mano tomó la conducción del asunto, y en un acto descontrolado empezó a subir y bajar frenéticamente. Mi cuerpo entero temblaba de tal manera que parecía poseído. Los demonios pensaron que me estaba convirtiendo en uno de ellos y me miraban extasiados. Los espasmos de placer fueron tan brutales que tuve que recostarme a descansar (previa limpieza de la mano derecha con un pedazo de papel maché que arranqué de la nube).

Cuando me recuperé, los vampiros me hablaron en un idioma extraño. Parecía arameo, pero era incomprendible. Al ver que no les respondía se miraron decepcionados. Quedé impresionado por las voces. Parecían salidas de una película de terror Clase B. Una mezcla de *Demonios dentro de mi corsé* con *El exorcismo de Barbie Malibú*. Confieso que les tuve una suerte de envidia primaria. Nosotros no contábamos con esos efectos especiales.

Intenté ignorarlos, como ellos habían hecho conmigo, pero me hablaron (ahora con voces normales):

—¿Qué hacías?

—Me daba placer.

—¿Placer? Parecía que estuvieras muriendo de un ataque.

—Como primera medida me va a resultar difícil morir porque ya estoy muerto. Por otro lado, ustedes, mejor que nadie, deberían saberlo: el deseo y la lujuria son características propias del mal.

—Sí, la lujuria sabemos qué es, pero no conocemos eso que hiciste.

—¿Cómo es posible que no lo conozcan?

—No, no sabemos.

—Pero, ¿en vida no lo hacían?

—No tenemos recuerdos de nuestra vida.

—Yo los tengo, ¿cómo es posible?

—Después de un tiempo la memoria se pierde por completo.

—Pero ustedes son demonios, deberían conocer estas prácticas y otras más salvajes, no sé, como la violación de vírgenes, por ejemplo.

—Nos dieron varios libros para estudiar, pero nunca los leímos y seguro estaba explicado.

—¿Qué libros?

—El Anticristo, Las flores del mal, El paraíso perdido, Fausto y Respiración artificial.

—El último libro fue pensado para torturarlos, sin duda.

—Explicanos.

—Antes tengo varias preguntas.

—¿Como cuáles?

—¿Quién es el Diablo?

—No sabemos exactamente quién es el Diablo.

—El Diablo, ese ser al que ustedes me llevaron.

—Ese puede ser cualquiera. Puede ser Dios, puede ser un demonio disfrazado de Dios, puede ser el Diablo disfrazado de Dios, puede ser un ángel disfrazado del Diablo o de Dios, puede ser Dios disfrazado de Dios o puede ser nadie.

—¿Ustedes cumplen órdenes de nadie?

—Cumplimos órdenes del Diablo.

—Pero recién me dijeron que no sabían quién era el Diablo.

—Ante la duda cumplimos las órdenes del que diga que es el Diablo.

—¿El Diablo es Dios?

—Dios es todo. El diablo es la nada, por lo tanto lo abarca todo.

—Esa es una contradicción de base. Es una típica respuesta de los que creen que piensan. Usan palabras que no se sustentan con nada, y pronuncian frases vacías que suenan profundas.

—¿Nos estás tratando de imbéciles?

Esto me lo dijeron mostrándome los colmillos. Decidí cambiar rápidamente de tema.

—¿Cómo es el infierno? ¿Es musical?

—¿Querés saber si hay una mujer con un dado en la cabeza, un cerdo con un velo de monja, un hombre atravesado por las cuerdas de un arpa, monstruos que tienen piernas con forma de raíz, un hombre encerrado en un tambor, un pájaro que come y defeca almas en pena?

—Sí.

—No, no hay nada de eso.

—¿Qué hay entonces?

—Nada. El infierno es estar en el aburrimiento más profundo y agotador que te puedas imaginar.

—¿Y ustedes a qué categoría angélica pertenecían cuando se rebelaron?

—A ninguna. Somos engendros, como vos, pero estamos más evolucionados. Al menos, podemos volar. Ahora, enseñanos.

—Bien, muy bien. Les voy a enseñar qué es el placer, pero antes tengo una última pregunta. La Niña, ¿por qué la Niña?

—¿Qué niña?

—La Niña Santa.

—Ah, esa.

Y con esa respuesta no pararon de reírse por un tiempo desagradable y largo.

—¿Qué es lo gracioso?

—Nada, nada.

Y otra vez carcajadas.

—Quiero saberlo. Quiero saber qué pasa con la Niña.

—No podrías entenderlo.

—Sí, puedo.

—No es el momento de que lo hagas.

—¿Qué quiere decir eso?

—No importa.

—Sí, importa. Quiero saberlo ahora.

Uno de ellos me apoyó una garra en el brazo. Me miró fijo. Los ojos cambiaron de color. Eran rojos. Los colmillos empezaron a crecer. Me dijo:

—No importa. Ahora mostranos.

—Bueno —les dije para ganar tiempo— pero tengo que advertirles que en 1710 Bekker escribió un tratado sobre el tema que tituló «*Onanía, o el espantoso pecado de autopolución, y todas sus terribles consecuencias en ambos sexos, junto con consejo espiritual y físico para quienes ya se han dañado a causa de esta abominable práctica*». Era un hombre serio que sabía de qué estaba hablando.

—No nos importa, mostranos ahora.

—Sí, pero tienen que saber que en 1760 Tissot también escribió otro tratado que se llamaba «*Enfermedades de los nervios, producidas por el abuso de los placeres del amor y excesos del onanismo*».

—Tenés el síndrome del C. C. A.

—¿C. C. A?

—Citador Compulsivo Anestésiante.

—Veo que valoran mis conocimientos.

—No nos interesan los tratados, ni las citas, ni la información acumulada en tu cerebro. Mostranos.

Decidí no seguir divagando, primero porque hacerlo podía acarrear consecuencias que atentaran contra mi seguridad física y moral. Después, pensé, que eran demonios, ¿qué verdad podían conocer ellos? Detrás de los efectos especiales como las garras, las voces y los ojos, eran unos deficientes mentales.

Me pasé las siguientes horas explicándoles a dos demonios asexuados para qué servía realmente ese utensilio que tenían entre las piernas. Y fue en ese momento en el que los perdí en forma definitiva. Me liberé de la vigilancia constante, eso era algo positivo, pero dejaron de hablarme y no pude averiguar nada más. Decidieron poner garra a la obra y cayeron en el trance inevitable de los aprendices. No tenían intenciones de hacer otra cosa. Sus mentes habían sucumbido a una superior, más poderosa, una mente sin pensamientos. No había manera de recuperarlos.

Dado que los vampiros estaban ocupados en sus quehaceres fálicos la horda de curiosos no encontró barreras para acercarse a mi nube e intentar algún tipo de contacto o información.

Al principio adopté una postura de divo celestial que correspondía perfectamente con mi nuevo *status* de espíritu famoso. Me dediqué a no conceder entrevistas. Argumentaba que, por orden de Dios, debía practicar la meditación constante. Eso implicaba un silencio absoluto e invité a mis discípulos a que hicieran lo mismo.

Mi idea resultó exitosa solo por un tiempo limitado. Cuando me encontré rodeado de un centenar de espíritus alados y ángeles en posición de meditación, mirándome en silencio, consideré que era demasiado. Ya tenía suficiente con la Niña como para soportar la mirada de un grupo de fracasados. Además me aburría (con un aburrimiento cercano a la locura) tener que aparentar una profundidad espiritual y de concentración que no tenía, ni pensaba alcanzar. Empecé a observar a los integrantes de la nueva secta, a mis seguidores.

Sentado a mi derecha había un espíritu bastante curioso. Era obeso. Sus carnes místicas abarcaban la totalidad de su aposento, y su peso divino era tan contundente que su nube estaba por debajo del nivel normal. Parecía una de las figuras compactas y maximétricas de las obras de Botero. Me pregunté, sin esperar dilucidar la respuesta, cómo era posible que un ser que era alimentado con nada, con láminas traslúcidas, pudiese mantener un tenor graso considerable. Era una extraña mezcla entre una ballena y un semidiós con problemas de alcoholismo y obesidad. Parecía un Dionisio, pero sin las ninfas y los sátiros correspondientes. Dormía, como casi todos.

Sentado a mi izquierda había un falso ángel que era repugnante. Para empezar, su túnica era brillante. Parecía un divo en decadencia de un *cabaret* de octava categoría. La peluca era casi blanca, limpia, con rulos endurecidos con algún tipo de *spray*. Las alas majestuosas tenían plumas relucientes, al punto que era difícil mirarlo sin quedar ciego por tanto resplandor. Tenía, además, la cara maquillada. Ojos con sombra azul platinado, labios rojo carmesí, pómulos con rubor, párpados con brillos cósmicos. Parecía un travesti con añoranzas de una época dorada que nunca vivió. Era una mezcla de una de las bailarinas de Degas con una de las divas grotescas y decadentes de LaChapelle. Era un muñeco siniestro, una especie de cupido con ansias de estrellato. Descubrí que no dormía, que realmente intentaba meditar.

Dionisio, el ángel inflamado, despertó. Las carnes vibraron con un bostezo. Su nube tembló un poco, y se ladeó a la izquierda. Pensé que lo íbamos a perder, pero me di cuenta de que debajo del grosor expansivo de las carnes tenía la soga que intentaba sostenerlo. Bostezó otra vez, y la nube volvió a su posición original. Me miró.

Cupido abrió los ojos. Conmovido vi que tenía pestañas postizas rosas y las uñas pintadas al tono. Se acomodó la peluca, sacó una pelusa que manchaba la perfección de su nube, dobló las piernas y puso las manos encima, una sobre la otra. Me miró.

Influido por mi rol, hice un gesto divino, parecido al que realiza un profeta para que su rebaño se acerque. Al segundo, Cupido había corrido la nube y esperaba en silencio. A Dionisio le costó un poco más. Verlo intentar movilizar ese cuerpo abarcativo e universal era desesperante. Opté por correr mi nube y, seguido por

Cupido, nos sentamos a su lado.

Supongo que ellos esperaban alguna frase al estilo de «Hijos míos, estamos aquí reunidos para encontrar el camino que lleva a la senda que desemboca en la vía que nos conduce a la ruta». Pero no sabía qué decir. Fue Dionisio quien habló:

—¿Dios es una luz, la luz más hermosa? Esto lo dijo con una cara de flor disecada y Cupido, conteniendo una lágrima que podía arruinarle el maquillaje, se sumó a la pregunta:

—¿Es una luz radiante?

Quería contestarles: «No sé quién es Dios. Quizás no hay un Dios». También pensé en decirles: «A Dios le hicieron una lobotomía y le pusieron al Diablo el cerebro en estado de descomposición del Todopoderoso». ¿Qué sabía de Dios? Nada. Sabemos de Dios solo lo que necesitamos saber y Dios no sabe nada acerca de nosotros porque le somos indiferentes. Fue en ese momento en el que me di cuenta de que peor que creer que Dios no existía era saber que Dios nos ignoraba.

Mi respuesta fue una clara mentira. Inventé alguna frase digna de ser publicada en un anuncio de alguna iglesia sin fondos.

—Dios es más que una luz hermosa. No hay palabras para describirlo. A su lado no hay temores, no hay razón, uno está en verdadera paz.

Hubo gestos de regocijo, de exaltación. Cupido movió sus pestañas rosas y preguntó:

—¿Cuál fue el anuncio que te regaló?

Tuve que hacer un esfuerzo considerable para no contestarle: «Una sarta de imbecilidades imposibles de reproducir». Fue en ese momento en el que me iluminé, y le respondí:

—No me anunció nada. Me dio una orden. Me dijo que tenía que contactarme con la Niña Santa.

Los dos lanzaron grititos de admiración y sorpresa. Dionisio hizo un esfuerzo por recuperar su ritmo de respiración normal, pero tantas emociones juntas lo superaron y cayó rendido. Mientras Dionisio roncaba, Cupido incómodo por el comportamiento irrespetuoso de su compañero, habló:

—Eso es maravilloso. Es el privilegio más grande. Solo los Grandes Ángeles están en condiciones de contactarse con los santos. Y ahora la única santa real es la Niña, es la única que nos ve, la única que mantiene el cielo funcionando. Pero para hablar con un santo tenés que prepararte, tomar cursos que están por empezar. Solo acceden aquellos que tienen el Pase de los Mil Años, pero creo que en tu caso deberían permitirte el ingreso porque tenés que cumplir una Orden Divina.

Pregunté:

—¿Cursos? ¿Sobre qué?

La consecuencia de la pregunta fue un tanto negativa. Cupido me miró como si estuviese hablando con un gusano intergaláctico. Pero enseguida recordó mi reciente fama e ignoró el desliz anterior. Dijo:

—Quizás el sol te esté enfermando la memoria, a algunos les pasa. Si quieres te presto este protector solar que conseguí gracias a mis contactos.

—No, gracias, me gusta ser una tostada del Olimpo. Siento que soy crocante y eso me reconforta.

Dejó pasar mi comentario anterior, y siguió hablando:

—Todos deben saber sobre los cursos. Son tres: «Técnico Profesional en la Gestión, Resolución, Destreza y Apertura de Sobres», «Experto Superior en la Especialización de Gesticulaciones, Ademanes y Manifestaciones para el Desarrollo Aplicado de la Enunciación» y «Maestro Licenciado en la Declaración, Manifiesto, Revelación y Testimonio de la Palabra». Después, con el examen final, uno se convierte en un «Licenciado».

—¿Licenciado en qué?

—Solo Licenciado.

Contesté, un tanto confundido, pero simulando claridad:

—Claro, ¿cómo pude olvidarme de los cursos y del título tan específico de Licenciado?

Cupido sonrió y me entregó un papel. Era uno de los tantos Memos Mensuales donde nos explicaban, por ejemplo, las reglas celestiales a seguir: no rascarse la peluca, sonreír, no escupir, no balancear los pies, sonreír, mantener el equilibrio de la nube, no usar zapatos, sonreír, no cortar la soga, etc., etc. Lógicamente leí el primero de esos comunicados y después, con el resto, me dediqué primero a armar aviones de papel, después evolucioné a veleros, aviones de guerra, barcos, cruceros hasta alcanzar un nivel alto en la creación de flores exóticas, pájaros y castillos de papel. Por eso no estaba enterado acerca de los cursos. Nunca pensé que podían informarme acerca de nada que realmente me pudiese interesar. Efectivamente los cursos existían y se dictaban ahí, en el cielo, en nubes preparadas para tal función. Para ingresar había que presentar el Pase de los Mil Años. Una vez terminados los tres cursos, el ángel en cuestión, era trasladado a la Tierra con una Misión.

Dionisio se despertó con sus propios ronquidos. Miró desconcertado, y puso cara de globo descompuesto. Cupido le resumió nuestra conversación, y fue cuando Dionisio hizo una seña para que nos acercáramos más. Nos quería decir un secreto:

Yo tengo el Pase de los Mil Años. Nunca fui a los cursos porque hay que levantarse muy temprano. Igualmente se rumorea que pocos bajan a la Tierra porque son muy difíciles, casi imposibles. Además, los que bajan a la Tierra la pasan mal. El último ángel que intentó anunciar terminó debajo de las ruedas de una camioneta. A otro lo persiguieron hombres que llevan signos con ángeles tachados. Dicen que se formó un movimiento que quiere exterminarnos. Los hombres piensan que somos extraterrestres, otros creen que somos mutantes. Pero las Entidades no se dan por vencidas, insisten con estos cursos. Siempre alguno termina bajando.

—¿No se supone que la única que nos ve es la Niña?

Silencio. Los dos se miraron sorprendidos. Dionisio explicó:

—Cuando un ángel anuncia, se revela, siempre se deja ver.

—Ajá, entiendo. Debería hacer en forma urgente los cursos.

Cupido empezó a aplaudir, con aplausos rápidos. Parecía una muñeca con alas de langosta. Dijo, entre sonrisas histéricas:

—Un desafío, amo los desafíos.

Dionisio lo miró con asco y le escupió:

—Vos no tenés el Pase de los Mil Años y tengo entendido que te falta mucho tiempo para poder conseguirlo.

Cupido se puso rojo. Las pestañas postizas estaban a punto de salir disparadas por la ira que se acumulaba en los ojos. Pero se compuso. Con un pañuelo con encajes inexplicables, se secó la frente y retrucó, señalándome:

—Él tampoco tiene el pase y, sin embargo, tiene que hacerlos. Yo puedo ser su secretario o su acompañante. Si conseguí todo esto —dijo mostrándonos su peluca radiante, su túnica impecable y sus brillos refulgentes— puedo conseguir lo que sea.

Dionisio, nervioso, se cruzó de brazos y la nube bajó unos centímetros. Opté por quedarme callado. Quería ver hasta dónde llegaba la competencia entre ellos y quién iba a conseguirme el pase. Dionisio refutó:

—A los Mil Años nos dan más privilegios y podemos conseguir más cosas que el resto.

Cupido, que empezó a limarse las uñas, le contestó indiferente:

—Desde que estoy acá nunca me enteré de que le entregasen el Pase de los Mil Años a alguien por dormir. Debe ser una nueva modalidad eso de no hacer nada y de conseguir privilegios. Yo, en cambio, tengo las conexiones. Hace rato me tratan como a un Mil Años.

Dionisio decidió ignorarlo. Me dijo:

—Podemos hacer juntos el primer curso. Si Dios te dio una orden, con seguridad las Entidades deberían estar al tanto y autorizarte de inmediato.

No había considerado semejante detalle. Improvisé:

—No, bueno, en realidad, Dios, el Señor, el Todopoderoso me aclaró que esta era una misión secreta. Que debía contactarme con dos espíritus, con los más capaces y lograr, gracias a ellos, hacer los cursos sin su orden. Nadie debe saber qué me dijo Dios exactamente. Nadie debe saber que Él quiere que hable con la Niña.

Cupido dejó de limarse las uñas y reflexionó:

—Sí, Dios es misterioso. Yo puedo lograr que entres. Yo puedo conseguirte un pase.

Acto seguido, guardó la lima, se acomodó las alas, se alisó la túnica, me sonrió y desapareció. Dionisio roncaba.

Aproveché el momento para asegurarme de que los demonios no estuviesen buscándome. Me acerqué a mi antiguo espacio y vi que los vampiros, que temblaban al unísono, seguían ejercitando la voluptuosidad de su nuevo poder instrumental.

V

Cupido se acercó cantando. Parecía un colibrí hiperkinético. Se sentó en la nube, sopló algunas pelusas y sacó dos plásticos dorados que me abanicó en la cara. Desbordaba de alegría y, como no la podía contener, cantaba:

—Los conseguí, los conseguí. Rompí todas las reglas celestiales, pero los conseguí. Lo miré atónito. No porque hubiese dudado de su promesa, no por el hecho de confirmar que finalmente había una manera concreta de bajar a la Tierra, sino porque todavía no podía acostumbrarme a la visión de ese sujeto que no dejaba de brillar, parecía que se había autoenvuelto en papel de regalo de mala calidad. Me refregué los ojos y le sonreí, como agradeciéndole. Le pregunté, aunque no me interesaba en lo más mínimo la respuesta:

—¿Cómo hiciste para conseguirlos? Se retorció un poco, incómodo. Miró en varias direcciones. Estaba por hablarme, en secreto, pero un ángel pasó volando demasiado cerca. Se calló. Después de unos segundos me dijo, obviando mi pregunta:

—Los cursos están por empezar. Deberíamos irnos.

Dionisio, que no había participado de la charla porque dormía, se despertó en el momento exacto para unirse al grupo.

Los tres dejamos nuestras nubes y, colgando de las sogas, nos pusimos en fila. No sabía qué era lo que estábamos haciendo, confiaba en Cupido. Mientras esperábamos no se a qué o a quién, noté que la soga de Dionisio parecía a punto de cortarse. El peso era insostenible. En el momento en el que estaba reflexionando sobre la prodigiosa volumetría corporal del ángel ballenoide sentí que me sacudían. Las sogas se movían desde algún lugar y, en fila, nos llevaron lejos.

Llegamos a una nube donde había otros espíritus angelicales esperando. El silencio era agotador. Acomodarse la peluca era sinónimo de un estruendo sonoro. Era necesario quedarse petrificado. Fue en ese momento en el que advertí que nadie respiraba. Por un segundo entré en pánico. Me imaginé que los cursos no existían, que era una estafa, que solo nos habían elegido para que trabajásemos de estatuas en mausoleos o monumentos. Tuve una suerte de taquicardia y, cuando intenté respirar con más fuerza, volví a tomar conciencia de que no lo hacía, de que nunca lo había hecho. No lo necesitaba, estaba muerto, todos lo estábamos. Comprender semejante detalle me produjo una sensación extraña. Era como desaparecer, pero sin hacerlo completamente. Era como estar detenido, pero volando. Era como estar vivo.

Sorprendido aún por mi descubrimiento apenas noté que un ángel de los verdaderos nos condujo a un espacio con pequeñas nubes individuales. Me sentaron en medio de Dionisio y Cupido. Dionisio dormía, roncaba. ¿Cómo era posible si no respirábamos? Quizás era un reflejo. Quizás, un recuerdo.

Estaba tan concentrado en mis pensamientos que no me percaté de que todos los espíritus de la clase me miraban y comentaban. Me tenía cansado esa notoriedad, esa visibilidad exasperante. En vida la había tenido, pero el contexto actual era bien

distinto. Ser un crítico de arte renombrado generaba un verdadero respeto y, tal vez, un cierto temor que obligaba a un acercamiento prudente. No me interesaba ser una figura notable en el medio de un grupejo de descerebrados sin el mínimo decoro necesario para tomar distancia. Decidí zambullirme en una de mis obsesiones universales, una duda que no tenía respuesta posible. Me seguía preguntando cómo era viable que los espíritus y los ángeles tuviésemos un cuerpo. Hubo personajes como Xenaias que afirmaba que era ilícito dar a los ángeles forma corpórea. ¿Qué necesidad había de contradecir a este respetado pensador? Todo era demasiado confuso.

Un ángel se había parado, frente al grupo, en silencio. La primera impresión fue que tenía una malformación en la cara. Pero no. El gesto de arrogancia le deformaba cada rasgo con una intensidad que era difícil de soportar. Nos miraba, pero sin vernos. Lo hacía desde una altura intelectual ubicada en un infinito remoto. Mis compañeros parecían aterrados. No podía imaginarme que el aprendizaje de la apertura de sobres fuese algo tan complicado ni que requiriese de tanto ceremonial y protocolo previo. Pero me equivocaba. El ángel levantó los brazos, y una horda de lo que parecían insectos con graves trastornos de alimentación, aparecieron volando. Eran ángeles, pero en miniatura. Tenían un exceso de abultamiento carnal y, mientras volaban cargando, lo que aparentemente era una enorme tela, la carne marmolada se movía con un ritmo anormal. Eran los niños desterrados del limbo. Tenían algo de langostas, un aire de epidemia. Entre todos lograron, con evidente dificultad, extenderla sobre la cabeza del ángel. Tenía un sobre dibujado con un diseño algo minimalista que contrastaba con el *horror vacui* de la presentación. Enseguida, sonaron trompetas desde lugares invisibles y los microscópicos ángeles tiraron sobre el que, supongo, era el profesor, un millar de pétalos blancos. El ángel, durante el proceso, se quedó inmóvil, como extasiado. Finalmente, se dignó a hablarnos:

—Esto no es un curso. No lo es. Tengan presente esta premisa si quieren aprobar. Dicho esto, se retiró. Los espíritus se pusieron de pie, y las sogas empezaron a moverse. Nos llevaron a nuestras nubes.

Estaba confundido. Ni un texto, ni una introducción, nada. Cupido se acercó. Me dijo al borde de un llanto que intentaba contener para no perder las pestañas:

—Tengo miedo. No entendí. Creo que no voy a poder aprobar. No podía contestarle, me resultaba ridículo elaborar una respuesta. Pero como me miraba con ojos de cervatillo pintarrajeado, respondí:

—Todos vamos a aprobar.

Se fue sin hablarme. Sabía que le estaba mintiendo.

Dionisio roncaba, como lo había hecho durante el tiempo que duró la clase.

Para la clase siguiente nos pusimos en fila, y nos arrastraron hasta el lugar. El maestro esperaba nuestra llegada. Cuando nos sentamos, preguntó:

—¿Quién me puede decir qué vimos durante la primera clase?

En forma inesperada, todos levantaron la mano, incluso Dionisio. El maestro

señaló a un espíritu que contestó:

—Usted, querido profesor, hizo un excelente recorrido por las distintas aproximaciones a la filosofía del ensobrado. Citó la obra póstuma de Kant «La Sublimidad del Sobre» y nos relató la exquisita anécdota de los viajes que realizó dicho filósofo.

Todos asentían. Otro espíritu se levantó y dijo:

—Si usted me lo permite, puedo ubicar en el contexto histórico al autor. No solo leí la bibliografía obligatoria sino que busqué información alternativa para enriquecer, y ampliar la que usted nos dejó, que, sin dudas, es maravillosa. Además, quisiera comentarle una infidencia. Me faltan solo dos materias para aprobar el Postgrado Interdisciplinario del Ensobrado Universal. Estoy aquí de oyente porque sus clases son una eterna fuente de conocimientos.

Me empecé a sentir mal, no por las auténticas barbaridades que estaba escuchando sino porque, o bien había tenido una sobredosis del polvo de la locura que emanaba de las plumas de los otros ángeles o se había dictado una clase en otro horario y me habían excluido. ¿Cómo era posible? Pero, después recapacité que eso no era tan grave como el hecho de que alguien injuriase tan abiertamente la memoria de Kant, y que el maestro estuviese asintiendo. Recordé la sumisión reverencial que me tenían mis alumnos cuando daba clases en las distintas universidades y en honor a ese recuerdo me levanté, casi gritando:

—Eso es incorrecto. Incorrectísimo. Kant no solo no escribió esa obra sino que jamás viajó.

Un silencio lapidario recorrió la clase. El profesor se aclaró la garganta:

—Como primera medida acótese a los modales de educación y buenas costumbres. Nadie levanta la voz en mis clases. En segundo término, no veo por qué motivo el resto de sus compañeros tienen que escuchar semejante delirio. ¿De qué textos estudia? ¿De dónde saca esa información? ¿De revistas infantiles?

Esto último lo dijo gritando y acto seguido, nos deleitó con un carcajada abismal. La clase entera tembló y luego, producto del miedo, rieron con él. Continuó:

—Lamento tener que repetir información que ya di, pero Kant perteneció al Grupo de los Grandes Viajeros junto con Julio Verne, y tuvieron la oportunidad de recorrer infinidad de geografías, incluso de viajar al centro de la Tierra a través de un volcán. Fue en ese viaje en el que Kant se inspiró y maravilló con la profundidad filosófica y metafísica implícita en la apertura de un sobre. Le pido que tome asiento y preste atención. Esto no debe volver a ocurrir.

Me quedé parado. Todavía estaba tratando de procesar lo que había escuchado, y el esfuerzo mental era tan grande que mi cuerpo no podía responder. Finalmente Cupido me tiró de la túnica y me sentó de un golpe.

Noté que los espíritus me miraban con desprecio. El profesor siguió:

—Pasemos a otro gran autor que compiló una serie de diálogos escritos por otro excepcional autor que versan sobre la belleza del sobre. Este autor al que me refiero

fue acusado de corromper las mentes con sus teorías revolucionarias acerca de la importancia de la correcta apertura, apreciación y valoración de los sobres. Como consecuencia fue sentenciado al destierro o a ahorcarse con la cicuta.

Completamente alterado, lo interrumpí:

—La cicuta es un veneno, nadie puede ahorcarse con un veneno.

—Existen maneras.

—¿Como cuáles?

—¿Cuáles? La básica, alumno. Uno ingiere el veneno, se acerca a la soga que cuelga de un techo, árbol o símil, inserta su cogote en el centro del hueco y se deja caer. Listo.

—Entonces, ¿para qué tomó el veneno?

—Para asegurarse de que la muerte sea inminente. Me duele escuchar a un colegial que se vanagloria de su ignorancia como usted lo hace. Es un espectáculo triste.

Se acercó a mi nube, me miró fijo y se fue. La clase entera empezó a murmurar.

Escuchar ese discurso pérfido, sacrílego era una tortura aberrante. Soportar el silencio acusador era insostenible. Quería irme, pero la soga no se movía. Pensé en saltar, pero era necesario resistir para poder cumplir el objetivo de matar a la Niña. A manera de mecanismo de defensa, bloqueé mi mente, y solo escuchaba frases inconexas que me empujaban a un abismo de desesperación intelectual. El ángel, ese que pretendía ser un educador, se atrevió a decir cosas como:

—San Agustín que, famosamente, escribió «El origen de la tragedia: la imposibilidad de sobrar», también aspiró a tocar un tema tan complejo como el que nos compete.

O pronunciaba palabras como:

—Edgar Allan Poe tenía una obsesión maquinal con el papel. Se la pasaba horas y largas noches pensando en la manera de doblar el papel para lograr la perfección al introducirlo en un sobre. Lo aterraba el hecho de que el papel quedase enterrado y maltrecho en un sobre despiadado, opresor y mortal.

Después de esa frase entré en un estado vegetativo y ya no escuché más. No era posible. Mi cerebro entero había renunciado a entender qué estaba diciendo esa cosa alada. Pensé en mi vida, en la que si bien había disfrutado torturando alumnos, destruyendo carreras de artistas mediocres y de críticos jóvenes, me consideraba un profesional que había aportado felicidad y sabiduría.

En un momento Cupido me tocó el brazo. Salí de mi estado de meditación y pude ver que todos cortaban papeles dentro de recipientes. A mi izquierda, alguien o algo, había dejado una suerte de vasija y una pila de hojas. Miré a Cupido sin entender. Me explicó que el maestro estaba enseñando cómo hacer un sobre con papel reciclado. Tomé el papel, pero antes de cortarlo traté de leer lo que estaba escrito. En ese punto sentí que moría por segunda vez. Caía, me estaba derrumbando. ¿Era posible que estuviese sosteniendo en mis manos un ejemplar del «Canon» de Policleto? ¿Era

posible que ese libro desaparecido estuviese en mi poder? Miré el resto de las hojas y si bien no entendía el idioma, entendía las ilustraciones y veía perfectamente representado al Doríforo. Miré a mis compañeros y, con tristeza, comprendí que todos rompían alegremente obras fundantes, obras que se perdieron, obras que hubiesen aclarado tantas dudas. Me paré y pregunté, casi al borde de un ataque de nervios:

—¿Puede ser que estas hojas que estamos destrozando sean los originales de obras maestras como el Canon de Policleto? El ángel me miró con repugnancia, como se puede mirar a una hormiga que solo vive para ser pisoteada. Me objetó con asco:

—Sí, lo son. Aunque ese no es el Canon. El Canon nunca existió.

Empecé a responderle que sí, que la prueba era el Doríforo, pero se limitó a mirarme. Se acercó despacio, tomó una de las hojas y la rompió en miles de pedazos. Después los tiró en la vasija y se fue sonriendo.

No solo que una niña monstruosa controlara mi muerte era humillante, sino que lo peor era tener que soportar a un ser con una pedantería de niveles aterradores. La incoherencia de la información no me molestaba tanto como la rigidez y la estrechez intelectual de ese ser despreciable.

Mi aura de divo mediático se había fragmentado con cada insulto, cada silencio incómodo, cada burla. Cupido y Dionisio me apoyaban, pero con dudas. Dado que estaba en una supuesta misión encomendada por Dios, supongo que consideraban que eso era parte del proceso e intentaban disimular su decepción.

Mientras soportaba estoicamente la explicación de la infinidad de maneras de retirar un papel de un sobre (todas se limitaban a ser majestuosas y grandilocuentes en distintos grados de intensidad y ridiculez) ingresé en una suerte de estado zen y vislumbré las distintas formas de matar a la Niña. Mi preferida incluía, como principal protagonista, a Erzsébet.

Imaginé la posibilidad de atravesar dimensiones, de tomar a la Niña del brazo y nadar, zambullirnos en otra realidad. Hungría, Castillo de Csejthe, año 1609. Ingresamos por la puerta de hierro adornada con los colmillos de un lobo. Bajamos por las escaleras negras al sótano donde, colgada del techo, está la jaula. Saludo a Darvulia que está ocupada cortando la piel blanca de dos adolescentes desnudas que no pueden gritar porque tienen la boca cosida. Me mira fijo. Parece que está contenta de ver a la Niña. Debajo de la jaula, la Condesa Bathory está en trance. Lleva el vestido blanco, aquel que siempre es rojo. Nos mira con una sonrisa implacable, llena de amor y suspira. Le resulta agotador ser tan bella. La Niña no llora porque intuye que ser una mártir, una verdadera, es entregarse con plenitud al dolor. La meto en la jaula tapizada de cuchillos. Me mancho las manos con polvo rojo. La Condesa, debajo, ya no mira. Levanta la cara y cierra los ojos. Espera.

En el momento exacto en el que imaginaba la primera gota de sangre cayendo sobre la cara de libélula hambrienta de la Condesa mi sueño fue interrumpido por las palabras del nefasto: «Esta fue la última clase. La que viene es el examen». Mis compañeros temblaron de miedo.

Me pregunté cuán difícil podía ser sacar un papel de un sobre: abrir el sobre y tirar de una hoja.

VI

Es sabido, no por mí evidentemente, que la técnica de sacar un papel de un sobre es milenaria y de una complejidad indescifrable. Nadie aprobó el examen. Nadie. Bueno, excepto Dionisio que es lo mismo que decir que nadie lo aprobó porque se la pasó durmiendo el noventa por ciento del curso. Nadie entiende qué fue lo que hizo.

Cupido estaba indignado. Movía las pestañas rosas de manera irregular, como si formaran parte de una máquina con problemas técnicos. Tenía las uñas despintadas. La túnica estaba ligeramente sucia. Estaba al borde del colapso.

Dionisio nunca se dio por enterado ni de que aprobó el curso, ni de nada.

Mi situación era complicada. Tenía que bajar a la Tierra de cualquier manera. Repasé las alternativas más desesperadas, como obligar bajo amenaza a un ángel verdadero a volar directo al centro de la Tierra o tomar por asalto la oficina de ese supuesto Dios y destronarlo. Tenía la leve esperanza de imponer una nueva tiranía, más justa y democrática. Pero no era Dios, tenía las malditas alas incrustadas. Mientras me imaginaba las posibles maniobras para obligar a Dios a convertirme en Dios llegó uno de los Memos Mensuales. Por supuesto, no lo leí. Cupido me resumió el contenido. Informaba que existía la posibilidad de rendir un examen al final que abarcara los temas dados en los tres cursos. Este aplazo no era, después de todo, tan definitivo.

Iba a tener que hacer el curso número dos. Me propuse ser un alumno obediente e interesado. No quería, bajo ningún concepto, pasar otra vez por el horror del examen de la apertura de sobres. No me sorprendí cuando el día antes de la supuesta evaluación me llevaron a la nube examinadora. Sentados en una mesa estaban el profesor y dos ángeles que nunca había visto.

El profesor dijo:

—Hable.

—Pensé que el examen era mañana.

—Mal.

—Pero... usted...

—¿Dígame la fecha exacta en la que se realizó la primera apertura de un sobre?

—Arriesgué una absoluta improbabilidad respetando la filosofía absurda del curso:

—Seiscientos cincuenta antes de Cristo.

—Exacto, aunque no antes de Cristo.

—¿Después de Cristo?

—¡No! ¡De ninguna manera! Es antes del Caos, como todos saben, excepto usted que insiste en tergiversar todas las fuentes del conocimiento. La historia se divide en antes del Caos y después del Caos.

—Pero la historia de por sí es caótica en su totalidad.

—Por eso mismo no existen las divisiones.

—Pero usted fue el que habló de una división. ¿Está hablando del Big-bang, del diluvio universal?

—El Caos lo es todo y no existe otra explicación. Además, ¿de qué Cristo nos habla? A lo largo de la historia fueron varios los Cristos que intentaron imponer la palabra de Dios.

—¿Del que nació en Belén y murió en la cruz?

—Me sorprende que haya tomado a ese Cristo que fue el único que escindió el mundo con una herida de castración y sufrimiento.

—¿A qué se refiere? Francamente no soy amigo de ninguna religión y le confieso que no sé qué hago en el cielo, pero sí sé que el mensaje de ese Cristo era muy valioso, rompió con el sistema opresor de ese momento. Los que se encargaron de manipularlo y reorganizarlo en un sistema más sutil y peligroso fueron los hombres.

—El mensaje siempre es el mismo, ese no es un mérito. El mérito es propagarlo desde el anonimato para evitar las consecuencias nefastas posteriores. No es casual que ese Cristo haya muerto como murió.

—Pero, se sacrificó...-y dejé de hablar, me sentía un vendedor de Biblias.

—Eso es lo que le hicieron creer sus hombres. Ahora, volvamos a lo que realmente importa. Saque el papel del sobre, sorpréndanos con una demostración.

—Si fueran tan amables, ¿me podrían facilitar un papel y un sobre por favor?

—Apenas terminé de pronunciar la frase sentí un escalofrío. Me di cuenta de que no me podía deshacer de la artificialidad típica de los fanáticos de las estampitas y eso no estaba bien. Pensé en la Niña, quizás ella fuese la responsable de este desliz de amabilidad. Ese profesor no merecía ninguna de mis cortesías.

—Usted debe materializar el papel y el sobre. Eso lo enseñé en la clase número veinte «Materialización activada de desarrollo superior del pliego sistémico».

—Me quedé parado moviendo las manos, intentando conformar algo que no fuese únicamente aire. Osé decir «abracadabra», pero no pasó nada.

—Una vergüenza. ¡Usted es una vergüenza para las huestes celestiales! ¡Retírese!

—Pero, pero... nunca hubo una clase número veinte.

—Nada. Se retira inmediatamente. Reprobado. Que pase el siguiente.

La clase entera esperaba mi salida triunfal. Cupido había preparado una canasta con pétalos rosas para celebrar mi victoria. Tenía planeado ignorarlos a todos para que, al menos, tuvieran la eterna duda de cuál había sido el resultado. Pero, cuando me arrastraron fuera de la sala examinadora, un ángel tocó una trompeta desafinada y gritó: «Desaprobado. Siguiendo». Por una milésima de segundo hubo un silencio de decepción que rápidamente se convirtió en un silencio de risas contenidas que mutaron en francas carcajadas. Cupido miró su canasto y se arregló una pestaña asimétrica. No me miraba, tampoco me habló. Dionisio dormía.

A partir de ese momento fui el blanco de todas las burlas, que terminaron cuando el único que aprobó fue Dionisio. Quise cortar un par de sogas, quemar un par de nubes, pero me transformé en una ameba celestial y me dediqué a esperar el próximo

curso, solo a eso.

Abatidos, nos arrastraron al segundo curso de «Experto Superior en Algo». En una nube, que parecía hecha exclusivamente de brillantina dorada, había una suerte de telón rojo. Nos quedamos sentados, esperando. Algo o alguien iluminó el centro de la nube y se abrió el telón. Ahí, parado, había un espécimen que supusimos podía ser el profesor. Era un ángel, de eso no había dudas. Tenía alas enormes, blancas, verdaderas. Pero también era un mimo. Sobre la túnica tenía una remera a rayas negras y blancas, guantes blancos y la cara pintada de blanco. Ostentaba una triste lágrima dorada y un sombrero negro. A falta de pantalón había pintado sobre la remera dos tiradores. No podía creer que en el cielo permitiesen la presencia de los mimos. Estaba seguro de que en la Tierra cumplían la función de ser enviados encubiertos de Satán (aunque el que decía ser el Diablo me hubiese confirmado que eran obra de Dios) y, por lo tanto, su trabajo era el de torturar al resto de los mortales. No era justo. No era correcto. No merecían el Paraíso.

Pero no importaban mis apreciaciones personales. El mimo empezó con una batería de gestos incomprensibles. ¿Una paloma volando, dos manos moviéndose, diez dedos con ataque de epilepsia? Después de un rato entendimos que quería darnos la bienvenida. Estuvo el resto de la clase ametrallándonos con mímicas, gestos, muecas, señas, mohines. Tuve que contener mis instintos más primarios porque tenía que reservar mi energía asesina para matar a la Niña. Quería ir a ese escenario patético y mal emplazado, y empujarlo para que cayera directo al centro de un volcán en erupción, en el medio de una manada de lobos hambrientos, en las manos de un psicótico asesino sin víctimas disponibles. Me levanté, interrumpiendo eso que nadie sabía que estaba haciendo:

—Discúlpeme, pero, ¿habría alguna posibilidad de que nos hable en cambio de hacernos estos gestos? Realmente no entiendo a dónde quiere llegar.

Todos mis compañeros, incluidos Cupido y Dionisio (que increíblemente estaba despierto) me hicieron señas para que me callara. Me senté, azorado. Todos anotaban, todos entendían. Miré qué era lo que estaban escribiendo. Pude leer en los apuntes de Cupido: «Gesto 23: Rostro de ángel purificado en el segundo diluvio de la cuarta sequía. Gesto 40: Brazos como lanzas de hielo enfurecido». ¿Hielo enfurecido? ¿Todo eso lo había deducido en qué momento? ¿Cuándo el profesor bajaba la escalera o cuando olía la flor? Estaba en problemas. Leí lo que escribía Dionisio. Era igual, exactas palabras. Estaba en graves problemas.

En idéntica tesitura se dictaron todas las clases. Nadie aprobó, excepto Dionisio, claro. Existía la sospecha general de que algo no estaba funcionando en el sistema de evaluación celestial. El rumor más persistente era aquel que decía que las Entidades querían deshacerse de Dionisio porque no se ajustaba a las demandas estéticas que debía cumplir todo aquel que quisiera permanecer en el Altísimo Paraíso Celestial. Las reglas respecto al tema no eran del todo claras y, en realidad, nunca habían tenido la necesidad de escribirlas. Dado que nos alimentaban con maná era imposible

imaginar la existencia de cualquier tipo de volumetría corporal. Dionisio debía ser descelestiado. Su curvatura sobredimensionada era un abuso a la geometría, al número y, por ende, a Dios. Incluso se habló de sacrilegio a la forma. Yo afirmaba, basándome en ideas neoplatónicas, que el círculo es el equivalente a la perfección y, por lo tanto, Dionisio era el reflejo más cercano a la perfección divina. Lógicamente mi teoría no fue tomada en cuenta y fue desplazada por especulaciones de tono más práctico como la idea de que la sogá se podía cortar en cualquier momento y no querían que la Niña viera como un bólido de carne espiritual le caía en forma abrupta sobre la cabeza.

La estrategia para deshacerse de Dionisio fue poco feliz. Suspendieron el tercer curso y programaron una fecha de descenso. Se lo informaron a través de una carta, el Memo Mensual y, para que no quedaran dudas, mandaron a un ángel trompetero que se dedicó a la refrescante tarea de dejarnos sordos mientras anunciaba lo que ya todos sabíamos. Dionisio no hizo comentarios. Creo que porque estaba dormido.

Era el momento de tomar una decisión absolutamente drástica. En cuanto Dionisio comenzara el descenso me iba a tirar desde mi nube, aferrarme a su imponente ser, aterrizar en la Tierra y matar a la Niña.

No hubo ceremonias. El día indicado Dionisio fue desplazado, no sin un gran esfuerzo, a la izquierda de su nube y lentamente, al principio, fueron soltando la sogá. Ninguno de los otros pseudoángeles miraba. Supongo que no estaba permitido. Quizás era el equivalente a ver al hijo pródigo marcharse de la Tierra Prometida. Era una vergüenza porque era un ángel no querido.

Cuando Dionisio ya no era del todo visible (algo casi imposible de creer) y cuando los ángeles que sostenían la sogá estaban ciegos del esfuerzo, agotados y desconcentrados, practiqué uno de mis saltos mortales para sostenerme con gracia y delicadeza de la sogá. Creo que mi peso no afectó en absoluto al que ya tenían que soportar. Decidí bajar cerca de Dionisio por si se les ocurría soltarlo, al menos iba a tener una base de contención para evitar que el colapso fuera tan desastroso. Sabía que la sogá no podía durar por siempre. De hecho, apenas terminé de meditar sobre eso, la soltaron. Caímos en picada. No sabía qué hacer. Me imaginaba aplastado entre los adoquines de una calle solitaria y, después, aplanado por un rodado asesino.

Sin aviso, como si los milagros existiesen, Dionisio empezó a planear. Era el equivalente a un globo aerostático con alas. Era incomprensible. Traté de acercarme, como para hablarle. Sin que pudiese pronunciar ni una sola palabra, me miró y me dijo: «Es uno de los privilegios de ser un Mil Años».

Y agregó: «*Matemos a la Niña y terminemos de una vez por todas con esa colección de hipócritas elitistas*».

PARTE II

En el principio está la acción; es decir, el crimen.

MICHEL SERRES, *The Parasite*.

I

El aterrizaje fue un tanto forzoso. Aparentemente Dionisio no manejaba todavía el arte de volar. Yo quedé miserablemente atascado entre dos columnas de lo parecía ser un mausoleo. Dionisio cayó en los brazos de una virgen orante de mármol. Por unos minutos perdí la conciencia porque cuando volví a mirar a mi compañero, estaba en el piso quejándose del dolor. Los brazos de piedra no habían podido resistir el peso. En ese momento me pareció natural, aunque más tarde me di cuenta de que las incoherencias del cielo continuaban en la Tierra.

Empecé a maniobrar mi cuerpo para intentar salir de mi prisión neodórica. Cuando logré ponerme en pie, corrí a rescatar a Dionisio. Estaba cubierto de polvo blanco y suciedad. Se revolcaba de un lado para el otro intentando levantarse, como los escarabajos cuando caen de espaldas. Era fascinante realmente. Parecía un insecto desesperado, sin embargo, estaba tan determinado a lograrlo, que me quedé ahí, observando y esperando a que lo hiciera. Por un momento me recordó a un Gregorio Samsa aburguesado. Parecía una infeliz cucaracha atrapada en su propia limitación. Luchó largo rato, pero no lo logró. Rendido por el tremendo esfuerzo, se quedó dormido. Me pregunté si, en el fondo, no era yo también un parásito deforme, un insecto con túnica, un espíritu con alas inservibles y asquerosas imposibilitado de manejar su propio destino.

Deprimido, me senté al lado de una escultura. Parecía un ángel. Pensé que era de piedra porque tenía manchas de suciedad de paloma, pero era demasiado perfecta. Ningún escultor era capaz de semejante milagro. Bueno, excepto, quizás Miguel Ángel o Bernini o Mueck, pero con seguridad sus obras nunca estarían a la intemperie, en un cementerio, aunque hubiesen sido concebidas para ese lugar. A nadie se le ocurriría perder la oportunidad de lucrar con ellas.

Me acerqué. Estaba a punto de tocarlo cuando escuché una voz:

—No me toque.

—¿Quién dijo eso?

—Yo.

—¿Quién es usted?

—Soy un ángel que se esconde de la A. L. T. E. R. Me hago pasar por una estatua.

—No supe qué decir. Intenté tocarlo, pero esquivó mi dedo.

—No me toque. Va a arruinar el maquillaje.

—Perdón, no quise... pero es que parece de piedra.

—Es la idea.

—Sí, lógico. Cuando a uno lo quieren matar tiene que recurrir a lo impensable.

—¿Matar? No, esa sería una opción de lo más agradable. Exterminar es la palabra que mejor se aproxima a lo que nos hacen. Nos reducen a cenizas, pero nosotros seguimos vivos. O muertos. No sé, lo concreto es que seguimos teniendo conciencia

estemos enteros o despedazados.

—Discúlpeme, pero todo esto es demasiado confuso. ¿Por qué alguien quisiera hacerle daño?

—¿Alguien? Todos. No es una sola persona que me quiere exterminar, es una Asociación.

—¿Existe una Asociación conformada para matarlo?

—No, no. Bueno, sí. Pero no quieren exterminarme solo a mí. A todos los ángeles y espíritus devenidos en ángeles.

—No podía decirle nada. Estaba tratando de elaborar una respuesta coherente. Siguió hablando, como para aclarar:

—Se llama Asociación Lícita Terrestre Exterminadora de Ratas.

—¿Dijo de ratas?

—Sí, es como nos llaman. Ratas con alas.

—Francamente estoy confundido.

—Veo que los acaban de tirar del Más Allá.

—Sí.

—Raro, generalmente tiran a uno solo cada tanto.

—Bueno, dado que él no puede valerse por sí mismo, me mandaron a mí para ayudarlo.

Y señalé a Dionisio que ya se había despertado e intentaba levantarse.

Los dos nos quedamos mirando las tratativas y manipulaciones de Dionisio. Era triste, pero al mismo tiempo provocaba un interés antropológico. No quise parecer insensible a los ojos de la estatua y lo ayudé.

La estatua empezó a hacernos señas desesperadas:

—¡Escóndanse ahora, ya, rápido!

Dionisio giró sobre sí mismo con una increíble rapidez y lo vi desaparecer detrás de un mausoleo abandonado. Me escondí detrás de una lápida que estaba cubierta con arbustos.

Pude ver como un grupo de personas con linternas y armas caminaban en busca de ángeles o similares para sacrificar, y de esa manera ocupar su tiempo y justificar sus instintos depredadores. Estaban vestidos con capas blancas, y algunos tenían carteles con el dibujo de un ángel tachado. O, para ser más preciso, un dibujo de una mezcla entre rata y ángel, o sea, una rata con alas.

Hablaban entre ellos. Trataban de hacerlo en susurros, pero la conversación se transformó en gritos cuando un integrante osó contrariar al que llamaban Teniente:

—Teniente, ¿cuál es el nombre de la operación que estamos llevando a cabo? Debo informárselo al Comando Central.

—Operación «Muerte sobre muerte».

—No entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende? Estamos en un cementerio donde hay muertos y, ¿qué vamos a hacer? Matar.

—Pero no matamos, exterminamos.

—No interesa. Es lo mismo.

—Pero, ¿los tenemos que matar entonces?

—¡Silencio! ¡No se discute más! Yo soy el Teniente. Como yo soy el Teniente, yo elijo los nombres. ¡Usted solo vive para cumplir mis órdenes! ¡Usted respira porque yo quiero que respire! ¿Entendió?

—Sí, mi Teniente, sí.

Estuvieron recorriendo el cementerio por largo rato hasta que vimos como las luces y los carteles desaparecían.

Salí de mi escondite y me acerqué a la estatua.

—Disculpe que lo moleste.

La estatua no contestaba.

—Señor ángel o señor estatua o señor rata o cómo se llame, quisiera hacerle algunas preguntas.

Seguía sin responderme. En un momento creí ver que movía los ojos en una dirección. Cuando me di vuelta uno de los exterminadores me miraba azorado. Solo tenía un cartel y una linterna y, creo, que la falta de un dispositivo con balas lo confundió. Sin saber bien qué hacer tiró el cartel, y se acercó corriendo, supongo que para intentar atraparme, pero era torpe como todo adolescente. Corrí. La imagen de ese pseudoadulto intentando atraparme me causaba terror. Soy consciente de que no existe la posibilidad de salir ileso luego de una exposición mínima a los efectos de un ser con una guerra hormonal interna. Por definición, los adolescentes, dada su inconsistencia invasiva, son peligrosos.

Escuché que el exterminador pedía refuerzos con un radio transmisor. Gritaba códigos como: «Rata cinco, nueve, veintiuno. Repito. Rata cinco, nueve, veintiuno. Manden refuerzos».

Las alas, que en un principio habían sido una molestia, ahora eran una tortura en el verdadero sentido de la palabra. Correr con dos pedazos de plástico colgados de la espalda era prácticamente imposible. Eran desproporcionadas y las puntas chocaban contra el piso disminuyendo mi velocidad. Tuve que encorvarme para poder correr más rápido, pero eso entorpecía mi visión que era nula, dado que ya estaba anocheciendo y en un cementerio nadie necesita luces para encontrar sus tumbas.

El exterminador se retrasó haciéndole señas a los otros con la linterna. Aproveché ese momento para desviarme y correr por otro pasillo, esta vez, un pasillo con nichos. Me resultó absurdo sentir miedo, dado que yo también estaba muerto, pero la imagen de esas cajas de mármol, una sobre la otra, con flores de plástico sucias y ese olor penetrante me recordaron a la geometría inestable de los huesos, a la estructura irrisoria de los cartílagos, a la persistencia del polvo por sobre todas las cosas. Me hubiese gustado ser polvo. El terror verdadero, real, era existir para siempre.

Caminé con prudencia. Me escondía entre nicho y nicho. Creí escuchar un silbido. Me detuve. Alguien me chistaba desde un mausoleo que estaba bastante más

adelante, al final del pasillo de los nichos. Cuando llegué a la puerta, la abrieron y entré.

II

Una figura me hizo señas para que la siguiera. Bajamos por unas escaleras. Había velas, había ataúdes y había lo que parecía ser un hombre que me miraba mientras se servía lo que parecía una taza de té.

Me señaló un ataúd roto que hacía las veces de sillón. Intenté sentarme, pero las alas me lo impidieron. Estaban diseñadas únicamente para ser usadas en nubes, no en ataúdes. Noté que el espacio era relativamente grande, pero todos los ataúdes estaban contra una pared, dejando una de las paredes completamente vacía. Decidí apoyarme contra esa pared. Me ofreció una taza y me hizo señas para que permaneciéramos en silencio. Escuchamos a los exterminadores correr sobre nuestras cabezas.

Mientras tomaba el té lo miré con temor. ¿No sería otro exterminador, pero con buenos modales? Mi suposición era ridícula. Sin dudas quería ayudarme. Entonces lo miré con gratitud. Me había salvado.

Me dijo:

—¿*Mal'akh*?

—¿Hebreo? ¿Me está hablando en hebreo?

—Sí, *mal'akh* es la palabra hebrea que significa mensajero.

—Entiendo. Sí, supongo que podría definirme como un mensajero, aunque el término más apropiado sería el de misionero, dado que he venido con una misión.

—¿Por qué las alas?

—Eso mismo me lo he preguntado infinitas veces. Se supone que «ángel» es equivalente a «alas».

—Lo sé, pero es un error, y estoy en contra de ese reduccionismo.

—Yo también, pero tantas creencias siguen funcionando sobre la base de errores imperdonables que unas alas no son mayor problema para nadie, excepto, para usted y para mí.

—Los verdaderos ángeles, los primeros, no teníamos alas.

—No sabía.

—Sí, sí, claro. Fíjese en el Libro de Josué, capítulo cinco, versículo trece. «Mientras Josué estaba cerca de Jericó, alzó los ojos y vio a un hombre que estaba de pie frente a él, con la espada desenvainada en su mano. Josué avanzó hacia él y le preguntó: “¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?”. Él respondió: “No, yo soy el jefe del ejército del Señor y ahora he venido”. Josué cayó con el rostro en tierra, se postró y exclamó: “Señor, ¿qué tienes que decir a tu servidor?”. El jefe del ejército del Señor le respondió: “Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás parado es santo”. Y Josué así lo hizo».

—Veo que tiene una memoria privilegiada.

—Sí, nuestra memoria es absoluta.

—Una memoria absoluta está en el límite de la locura, es un vaciadero de basuras.

—La mía no es una memoria humana, ni una memoria de un personaje literario. Igualmente, continuando con lo que le decía, no necesitábamos de alas. Josué no reconoció al ángel porque este no tenía alas.

—Eran afortunados.

—Todo empezó con esa manía de copiar a los romanos.

—Sí, claro, después de que los romanos se apropiaron, por no decir robaron, infinidad de obras e ideas de los griegos.

—Bueno, bueno, excepto en la arquitectura, en el derecho, en el arte del retrato y en el arte de fundar Imperios, por nombrar algunas pocas cosas. Volviendo al tema, hablo de los cristianos. Ellos sí que tenían una obsesión por copiar desde la arquitectura hasta los modelos como el de la Niké, la victoria alada. Y es un error porque los ángeles representan mucho más que a la victoria del Bien contra el Mal. Todo empezó con una imagen en un retablo, después en una iglesia, en un tapiz, en una catedral y así llegó la novedad al cielo y, sin explicaciones, los nuevos modelos de ángeles fueron concebidos con alas.

—Es indignante la falta de sentido común. No se puede confiar en la gente que no tiene inventiva. ¿Usted sabe cómo sacar las alas?

—Déjeme ver. Se acercó y examinó unos minutos la espalda.

—No son alas normales. ¿Sabía usted eso?

—Sí, claro. Son alas diseñadas para espíritus devenidos en ángeles. Bueno, la palabra diseñadas es un poco generosa. Quizás debería usar la palabra adosadas o, mejor, impuestas.

—Entiendo, entiendo.

Pero era evidente que no me prestaba atención. Estaba concentrado en el análisis de mis dos dispositivos de inutilidad aerodinámica.

—Pareciera que están sujetas a un... déjeme... mmm... puede ser... sí, ya está.

Y fue mágico. Las alas cayeron. Las vi en el piso, y me descontrolé. Las pisé, rompí, pateé, escupí y profané durante un tiempo suficientemente largo como para destruirlas por completo.

El ángel me miraba pensativo. Me dijo:

—Me parece acertada la descarga de ira contra un objeto inanimado, es muy sano, pero le pido mesura, los exterminadores pueden seguir rondando el lugar.

Me saqué las plumas pegadas a mi cuerpo y traté de volver a mi compostura original. Tomé la taza de té, y me senté en el ataúd.

—¿Cómo hizo para sacarlas?

—No sé con certeza. Toqué algo, creo.

—Se lo agradezco tanto. Si usted me lo permite voy a revisar los distintos ataúdes, y buscar un traje apropiado para sacarme esta túnica impresentable.

—El primero es el de una mujer. Pruebe el segundo, creo que es de un militar.

—Perfecto. Calculo que a este loable caballero convertido en cenizas no le molestará ceder su uniforme.

—Calculo que no, aunque le aconsejo que lo sacuda bastante. La muerte toma diversas formas, incluso formas vivas.

—¿Por qué no me acompaña a buscar a mi compañero?

—No, no, de ninguna manera.

—¿No quiere salir?

—Sufro de agorafobia.

—¿Miedo a los espacios abiertos?

—Sí, entre otras fobias como miedo a los topos, al ajo, al viento, al infinito, a las flautas, a la visión doble, a la ruborización, a los objetos a la derecha de mi cuerpo y a los dentistas.

—Pero, yo estoy a la derecha de su cuerpo.

—Usted no es un objeto. Solo los objetos como estos ataúdes que corrí hacia la izquierda me dieron pánico cuando estaban a mi derecha.

—¿Cómo pasó esto? Se supone que ustedes los ángeles son seres perfectos.

—Fue el estrés. Todo empezó con Abraham. Me habían elegido entre ciento setenta postulantes para detener el sacrificio de Isaac. No era una tarea difícil en absoluto, pero casi no lo logro. Estaba bañándome en uno de los cuatro ríos del Paraíso y no escuché la Llamada Divina, simplemente no la escuché. Lo logré solo porque Abraham se tropezó con una piedra antes de llegar al lugar del sacrificio y tuvo que parar unos minutos. A partir de ese momento, me dieron los trabajos más inútiles y denigrantes como ayudar a las mascotas a subirse a la cama de sus dueños o coordinar la exitosa reproducción del *Chironomus plumosus*.

—¿Tiene que lograr que las plumas se reproduzcan?

—No, estoy hablando del mosquito. Yo solo me hacía cargo de los que pertenecían a la familia de los quironómidos. A la familia de los tipúlidos y de los culícidos no sé quién los controlaba.

—¿Cómo controla a los mosquitos encerrado acá?

—Ya no lo hago más. Hice esos trabajos durante siglos, hasta que algunos humanos nos empezaron a perseguir.

—Pero, ¿cómo lo distinguían si usted no tiene alas?

—En un principio no tuve alas, luego me las pusieron y más tarde, cuando huía de las persecuciones, logré cortarlas. Fue un proceso doloroso, pero no las soportaba. Respeto las tradiciones y los ángeles no deberíamos tener alas.

—Pero las alas verdaderas le dan la posibilidad de volar. Son maravillosas.

—No me interesa volar. Ni siquiera salgo a caminar por mis fobias.

—Sí, el miedo a encontrarse con un flautista debe ser espantoso. Le diría que evite viajar a Hamelin. Lo que no me queda claro es la razón por la cual los humanos pueden vernos.

—Antes podían vernos solo si nos revelábamos o podían vernos solo aquellos seres con una sensibilidad especial, con un nivel espiritual alto. Ahora, gracias al efecto de ciertas drogas aquellos que las consumen pueden vernos todo el tiempo. El

problema es que deliran y piensan que ven, no a ángeles, sino a mutantes con alas. Nos temen, por lo tanto, nos exterminan.

—Es una lástima que no pueda salir. Tengo que ir a rescatar a mi compañero. Si necesita alguna cosa del exterior, se la consigo.

—No, gracias, estoy bien así.

—Un placer haberlo conocido.

Le di la mano y se quedó paralizado, temblando.

—¿Se siente bien?

—No, no... no me toque más.

—¿Otra de sus fobias?

—No. Usted vino a matar a alguien. Lo puedo sentir.

—Sí, vengo a matar.

—Los ángeles no matan.

—Sí lo hacen.

—Eso es un mito.

—Los mitos son cosas que nunca suceden, pero que siempre son. Además, yo no soy un ángel. Soy un espíritu y quiero que ese espectáculo irracional, esa operación demencial que se lleva a cabo en el supuesto paraíso se termine de una vez por todas. Esa Niña no merece controlarnos.

—No sabe de qué está hablando.

—Sí lo sé. Voy a matar a la Niña Santa y nadie me lo va a impedir.

—No puede matarla.

—Puedo, y voy a hacerlo.

—No va a servir de nada.

—¿Cómo sabe?

—Simplemente sé.

—No, no sabe. Voy a matarla porque la idea de vivir mi muerte en esa nube miserable es inconcebible. Voy a matarla porque detesto sus ojitos de mermelada infecta. Voy a matarla porque quiero que el reino celestial desaparezca ahora. Voy a matarla porque se lo merece, por abuso de poder, por déspota, por tirana y por opresora.

—Se lo impido.

—¿Cómo?

Se quedó quieto contra una pared. Aparentemente quería moverse. Intentó mover las manos, atraparme quizás, pero no lo hacía.

—¿Las fobias?

—Sí.

—Y bajó la cabeza, vencido.

—Lo lamento. Tengo que dejarlo.

—No lo haga, me aburro tanto.

—Volveré.

Subí las escaleras sintiéndome, ahora sí, un espíritu digno. Sin alas, sin esa túnica nociva, las limitaciones habían desaparecido. Mi próximo objetivo era buscar a Dionisio y, luego, matar a la Niña.

III

Salí sin temor a encontrarme con los exterminadores. Sin alas no podían confundirme con ningún mutante. Caminé por los pasillos hasta que llegué a una zona despejada donde las lápidas estaban en el piso. No podía ver bien lo que estaba pasando, pero a lo lejos había un tumulto. Creí escuchar que alguien gritaba.

Atado a un poste estaba Dionisio. A su derecha se encontraba el ángel estatua y a su izquierda había un poste vacío, aunque, mirándolo bien, era más parecido a una cruz que a un poste. Alrededor había un grupo de hombres. Eran los exterminadores. Estaban discutiendo. Traté de esconderme detrás de un árbol solitario. Hablaban a un radio portátil:

—Nueve, bravo, siete, delta, nueve.

—Copio. Reporte de avance.

—Crucifixión en proceso.

—¿Rata tres capturada?

—Negativo.

—Aborten. ¡Alerta roja, aborten la misión! Nueva orden, modalidad de observación hasta divisar a la rata faltante.

—Repita orden. Alfa, bravo, echo, zulu. Repita orden.

—Modalidad de observación, imbéciles. Fuera.

El grupo se miró desconcertado. Quizás el insulto oficial los había impactado. Quizás la orden era demasiado pasiva para toda la energía acumulada que tenían. Decidí que no podía ignorar el hecho de que Dionisio estaba en graves problemas, y que la rata tres era yo. Si no hacía algo para confundirlos iba a terminar en la tercera cruz. Dionisio podía reconocerme y algo me decía que, ante la situación límite en la que se encontraba, no iba a tener problemas en delatarme. Me acerqué al grupo con aire de ser un sujeto portador de un ego desproporcionado, militante y destructivo. Les dije:

—Soy un agente especial externo enviado por el Comando Central. Ustedes están en territorio hostil. Repito, territorio hostil. Es necesario que acondicionen de inmediato el equipo táctico especial para el peligro extremo.

El grupo se abrió para dejarme pasar. Deduje que, por sus caras de bovinos lobotomizados, no entendían nada. Viendo que nadie respondía, sacudí a uno de los integrantes por la solapa, y repetí la frase, gritando. Aturdido, me respondió:

—Teniente Coronel Bedoya reportándose. Número de serie: cinco, nueve, charly, cero, diez, alfa, bravo, alfa, diez. Líder de esta unidad.

—Exijo un reporte de la situación.

—Capturamos al enemigo a la hora cero con cinco minutos veinte segundos en el perímetro sur de este complejo mortuorio. Esperamos órdenes afirmativas para llevar a cabo el procedimiento de exterminio.

—Especifique.

—Utilizaremos el modo de exterminio juliett, charly, cero, uno.

—Determine.

—La crucifixión.

—¿Alguno de los traidores es Jesucristo?

—Negativo.

—Entonces, ¿por qué optan por ese medio? ¿En qué siglo estamos?

—Es el exterminio del mes.

—Profundice.

—Cada mes, en nuestra unidad, elegimos un modo diferente de exterminio. De esa manera realizamos un recorrido histórico de las diversas formas de aniquilamiento. Es un método eficaz y didáctico que nos educa y entretiene.

—¿El Comando Central sabe de esto?

—Se miraron incómodos.

—Negativo.

—El Comando Central está extremadamente disconforme con la ligereza con la que cumplen las órdenes. Por eso me asignaron esta unidad. Usted, el de la derecha, dígame, ¿cómo se lleva a cabo una crucifixión en tiempo y forma? Es una orden. Hable. ¡Nombre y rango!

—Teniente Primero Murad reportándose. Se toma al sujeto, se lo ata a una cruz y se lo crucifica.

—¡Halt! ¡Eso es inaceptable! En mi guardia no voy a permitir, de ninguna manera, respuestas de bípedos ignorantes como usted.

En ese punto, Dionisio, que estaba cabizbajo y con el evidente problema de que su elemento de tortura no podía sostenerlo por más tiempo, me miró. Quiso gritar, pero se quedó mudo, se había dado cuenta de que yo ya no tenía las alas. Lo miré fijo, y le hice un gesto muy sutil de silencio. Seguí hablando para ganar tiempo y pensar en un plan de rescate. Les dije:

—La información que les voy a proporcionar a continuación deberán escucharla, procesarla y retenerla porque, luego de transmitida, se autodestruirá en cinco segundos.

Me miraron aterrados. Se acercaron. Les expliqué:

—Como primera medida hay que elegir el modo de crucifixión. Existen tres maneras básicas: *capite quidam conversos in terram suspendere, alii per obscena stipitem egerunt y alii brachia patíbulo explicuerunt*. Me parece que esta última es la más viable.

Todos asintieron, sin saber a qué. Alguien atinó a decir:

—¿Habló en latín?

Lo miré y continué:

—Sí, mamífero retrógrado, es latín. Lo voy a traducir para que ustedes, cuadrúpedos iletrados, puedan entenderlo. Las tres maneras básicas son: colgar a la víctima cabeza abajo, empalarla o extender los brazos sobre un patíbulo. ¿Quiénes

fueron los iniciadores de la práctica de la crucifixión?

Alguien gritó emocionado:

—Los romanos.

—¡No! ¡De ninguna manera, neandertal descerebrado! Fueron los persas. La práctica pasó de los persas a los griegos, a los cartagineses y, finalmente, a los romanos. El procedimiento correcto es el que sigue. Primero deben bajar a los acusados de las cruces de inmediato porque, antes de la crucifixión, deberían haber realizado, ¿qué? Usted, el de la izquierda, conteste.

—Cabo Telesca, número de serie charly, diez, bravo, tres. Eh, no sabría...

—¿Cómo?

—No, no, sabría... Supongo que habría que tomar a los procesados y, ¿enjuiciarlos?

—¡*Nein!* ¡Enjuiciarlos! ¡Usted es un idiota! ¡Usted es un energúmeno mal nacido! El acusado siempre es culpable hasta que se demuestre lo contrario y, por lo tanto, tenemos el derecho de exterminarlo. Los argumentos sobre el derecho a la libertad de los individuos son pura humanidad simulada, falsa compasión. ¿Entendió? La respuesta correcta es la de la flagelación. Deben retirar a los convictos, y entregármelos para que les aplique el correcto castigo físico y psicológico. Necesito un *flagellum*. Es una orden.

Hubo un silencio generalizado. Nadie atinó a moverse. Grité:

—¿Están ustedes a dos minutos del simio?! ¿Todavía no ingresaron en la cadena evolutiva?!

Me miraron con desesperación. Les volví a gritar:

—¿Cómo es posible que hayan estudiado algo sobre la crucifixión y no sepan lo que es un *flagellum*?!

—Todos miraron a un individuo que bajó lentamente la cabeza. Más calmado, les dije:

—Me gustaría que estableciéramos una relación de mutuo compromiso, respeto civil, social y, sobre todo, militar. Quisiera no tener que insultarlos más, dado que mi lista de insultos se reduce a un ritmo alarmante. No me gusta repetirlos. No quisiera caer en lugares comunes. No me obliguen a quedar atrapado en la demencia de una gramática mediocre. Entonces, mis queridos subnormales, ¿podrían traerme el *flagellum*? Usted, sí, usted, busque un látigo con correas. En los extremos aplíquele algún elemento hiriente. El resto, desaten a los condenados. ¡Ahora!

Dionisio que, aparentemente, podía escuchar palabras fragmentadas estaba horrorizado. Lo miré y le guiñé un ojo para que se tranquilizara. El ángel estatua seguía duro. Les resultó fácil desatarlo. El problema lo tuvieron con Dionisio. La cruz se balanceaba de un lado para el otro, y les resultaba demasiado pesada sostenerla. Finalmente, la cruz se partió y Dionisio cayó desde las alturas. Se escuchó un ruido seco, parecido al de un sapo explotando al sol. Les grité:

—¡Incompetentes! ¡Amebas de riachuelo fétido!

—Alguien, desconcertado, atinó a preguntar:

—¿Las amebas viven en los riachuelos?

—¡Silencio! Ahora, escuchen. Los rehenes deben estar vivos si uno quiere torturarlos. Tráiganlos ante mi presencia. Necesito el flagellum ahora.

Alguien se acercó corriendo y me entregó algo que pretendía ser un flagellum, pero que, en realidad, no era otra cosa que un látigo para ser usado con evidentes fines eróticos. Lo examiné unos segundos, y encontré una inscripción que versaba: «Para Alejandro de Daniel, con amor». Noté que el Teniente Primero y el Cabo se ruborizaban. Preferí ignorar el detalle y concentrarme en el rescate. Dionisio estaba mareado. Lo sostenían entre cinco.

Empecé a dar órdenes. Mientras golpeaba el flagellum en una piedra, gritaba de tal manera que todos obedecían sin siquiera plantearse las dudas más básicas. Era llamativo que siguieran las órdenes de un auténtico desconocido, por ejemplo. Pero, en ese momento, me alegré de estar frente a un grupo de ignorantes útiles. Sin embargo, como si mis pensamientos hubieran llamado a la desgracia, el Teniente Coronel Bedoya me preguntó:

—Cuando se presentó, usted dijo que estábamos frente a un peligro extremo. ¿De qué peligro nos tendríamos que defender? ¿Para qué preparar el equipo táctico? ¿De qué nos estaría salvando?

Por un momento creí que el plan iba a derrumbarse por completo. Respiré hondo, para ganar tiempo. Me aclaré la garganta, retorcí las manos, me acomodé la corbata. Improvisé:

—Los estoy salvando, lógicamente mi querido Teniente, de —volví a toser— un, un peligro extremo.

—¿Cuál?

—¿Usted no lo puede ver por sí mismo?

—No. Le repito, ¿de qué peligro nos está salvando?

—De la... la ignorancia, claro está. ¿A usted no le parece una auténtica vergüenza llevar a cabo una crucifixión bajo estas condiciones?

Todos asintieron. El Teniente dudó. Más seguro, le dije:

—Además, tengo entendido que todavía no capturaron a la rata tres, y esa rata es peligrosa por lo escurridiza. Es necesario apresarla, y exterminarla sin miramientos. En el momento, sin ceremonias.

Esto último terminó de convencerlos y, finalmente, logré que toda la Unidad dejara a Dionisio y al ángel estatua en libertad (esto era, bajo mi cuidado) y fueran a buscar a la supuesta rata tres.

Cuando nos quedamos solos Dionisio, temblando, intentó abrazarme. Lo esquivé. Me dijo, al borde del llanto:

—¡Gracias! Creí que iban a matarnos.

—Ya estás muerto.

—Bueno, sí, pero no quería vivir mi muerte atado a una cruz.

—¿Por qué no? Esa es la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Deberías estar orgulloso de que alguien pensara en ese destino para vos.

—Dionisio se quedó pensando.

—Creí que eras mi amigo.

—Soy un amigo que te va a torturar.

Le guiñé un ojo disimuladamente. El ángel estatua me miraba sin pestañear y noté que se pasaba los dedos por los dientes. Uno de los exterminadores estaba escuchando la conversación, por eso grité:

—¡Muévanse! Los dos, ahora.

Mientras caminábamos los empujaba, insultaba y golpeaba. Cuando llegamos a la zona de los pasillos con nichos, les dije:

—Ahora los voy a esconder. No se preocupen.

Desquiciado por los nervios, Dionisio tuvo un ataque verborrágico:

—Me preocupo sí me preocupo mucho me preocupo porque uno nunca sabe nada al final pero uno sabe todo en el fondo lo único que yo sé es que no se puede confiar en nadie ni en mí mismo puedo confiar ni en mí mismo pero yo confío en vos que nos salvaste pero no confío en nadie ni en los perros que huelen todo son asquerosos esos bichos oliendo y ensuciando y ladrando no soporto el ladrido no confío ni en los perros ni en las personas solo en vos si alguien te huele te conoce puede saber pero me pregunto ¿para qué todo esto?, ¿para qué caminar y hacia dónde?, ningún lugar es mejor que ningún otro porque los lugares son iguales las personas y los perros son los que los hacen peores los ensucian dejan sus hedores sus desechos su piel podrida sus ladridos los contaminan con su presencia con su aliento que empaña todo con pelos que no dejan de caer y empeoran todas las cosas sí los lugares son peores aunque no malos porque lo importante es poder estar cómodo con lo que uno es esa es la verdad pero la verdad es que uno nunca está cómodo porque las cosas los seres el tiempo el espacio que lo rodea todo molestan de tal manera que muchas veces quiero pegar agarrar lo que tengo enfrente y pegarle nada más que eso sacudir cosas gente animales espíritus sí también espíritus tomar una cabeza cualquier cabeza y abrirla con una piedra por ejemplo a golpes o partirla como a una nuez agarrar un pedazo de baldosa de techo de pared y partírselo a alguien en el medio del cráneo partírselo a un espíritu a todos los espíritus que no dejan de tomar las decisiones incorrectas esos me aburren todos me aburren con su olor y su piel que no cae pero que está existe pero no cae y cuando estoy hastiado quiero romper hocicos porque los hocicos huelen y ladran y pueden conocer lo que no se ve con la mirada deformar un hocico a golpes solo por aburrimiento uno dos tres golpes en la cara de cualquiera de un perro o de cualquiera pero no es solo pegar también se trata de que todo explote desaparezca poner bombas en distintos lugares y programarlas para que estallen todas al mismo tiempo y con la misma intensidad pero que exploten sin ruido con paz porque hay que estar en paz hay que hacer la paz con bombas silenciosas solo eso paz después de todo soy un ángel. Un ángel de paz.

Dicho esto, me miró y rio con una risa que graficada era algo como: «ji, ji-ji-ji, ji». Un «ji» corto, seguido de tres «jis» en staccato, un «ji» sostenido, y finalizando con un grand suspiro. Sentí miedo. Creo que no está de más acotar que lo prefería durmiendo.

IV

Los llevé al mausoleo donde estaba el ángel fóbico. Me costó encontrarlo. Estuvimos recorriendo el lugar por bastante tiempo hasta que recordé que la puerta tenía una decoración particular. Era de madera con flores e insectos tallados, y debajo la inscripción Memento Mori. Ese detalle me había llamado la atención, y no pude evitar pensar que, sí, todos somos frágiles, rompibles, ínfimos como el vuelo de los insectos, pero no desaparecemos. Nos convertimos en algo peor.

Finalmente la encontré. La abrimos con mucho cuidado y bajamos por las escaleras. El ángel fóbico estaba contra una pared, inmóvil. Amanecía, y el lugar estaba cubierto por destellos rojos que surgían de un vitral que, irónicamente, tenía la imagen del Arcángel Miguel matando al dragón. El dragón, herido, lanzaba una llama que ocupaba la mitad de la composición. El arcángel, con vestimenta de guerrero romano, le clavaba la espada de fuego. Era lógico que no lo hubiese visto antes. Ahora, con la luz del sol, era un espectáculo impresionante. Sentí irritación al ver que las dos alas del arcángel estaban tachadas con violencia, con negro. Era estúpido censurar una imagen tan perfecta, pero cuando recordé mis alas, mis malditas alas, entendí y justifiqué el acto de odio.

El ángel fóbico, tan estático y rojo, parecía una escultura de bronce. Parecía estar en una suerte de trance. Supongo que por eso no nos escuchó bajar por la escalera. Quise tocarlo, pero recordé las fobias. Dionisio ya estaba sentado en un ataúd, y seguía murmurando cosas que nadie entendía ni quería escuchar. Después de unos segundos, se durmió. El ángel estatua se quedó parado, pero no estaba quieto. Parecía un autómata oxidado. Se tocó la nariz varias veces y, después, se puso a revisar maquinalmente las tumbas.

Quise recostarme y dormir. Todo estaba en calma. El silencio se mezclaba con los colores de las paredes. Sentí que así tenía que ser el paraíso: calma, colores hermosos, silencio. Me senté. Estaba cansado. Me saqué los zapatos, y me froté los pies. Me seguían doliendo, los tenía hinchados. Los moretones habían cedido un poco, pero todavía los tenía sucios.

Respiré. Necesitaba respirar, aunque no entendía con qué fin, dada mi condición de muerto. No sentí el aire entrando por mis pulmones, no sentí ese alivio fresco del aire de la mañana, pero igual respiré. Y me quedé un rato así, quieto. Pensé en la Niña. Pensé en alguna de las tantas maneras de matarla. Recordé a la Condesa Sangrienta sonriendo dentro del vestido rojo, y recordé los martirios placenteros que podía ofrecer, pero opté por imaginar una muerte diferente, transparente y helada. Estaba cansado y me dormí. Soñé con la Niña, como no podía ser de otra manera. Volamos, en otro viaje letal. La Niña no protesta, me toma de la mano y acepta su destino de hielo. La llevo directo al año 1740. La emperatriz Ana Ivanovna se siente desolada en su palacio de invierno. El tedio atraviesa las paredes de su cuarto, el hastío la sofoca, la domina. Danielovich Tatischev, para evitar una catástrofe

producto del aburrimiento de su soberana, manda a construir, en el patio central, un castillo enteramente hecho de agua congelada. Necesita que su Señora se distraiga. Ana se interesa, y juega con la idea de que todo esté construido enteramente de hielo. Primero un espejo, después las sillas, vestuario para una persona, la vajilla, las camas y el jardín con árboles frutales hechos enteramente de hielo. Así se hace. El agua se usa como cemento para sostener esa estructura efímera y mortal. Pero falta algo. La emperatriz bosteza. Le entrego a Danielovich a la Niña. Me mira aterrado. Sabe que el único camino de la Niña es la muerte. Ana bosteza otra vez, cierra los ojos. Sin pensarlo un segundo más, toma a la Niña de la mano, y la hace pasar. La sienta en una de las sillas heladas y cierra la puerta. Nos quedamos en las ventanas, mirando como la Niña se congela poco a poco. No grita, no llora. Me mira, solo eso. Se queda sentada, primero, luego se acuesta. Puedo ver los ojos abiertos. Entro e intento cerrarlos. Ya es demasiado tarde. Es una pequeña efigie inmaculada, que mira. Todos vemos cómo su cuerpo se entumece, pierde color, cómo el pelo se escarcha, las uñas se congelan, dejan de crecer, la boca se vuelve blanca, después celeste, quizás azul. Los colores se confunden con el reflejo de la luna en las paredes transparentes. Es un espectáculo fascinante. La emperatriz sonrío. Ordena que levanten a la Niña, y la ubiquen en una de las ventanas. Quiere ver cómo su muñeca translúcida, en su casa de hielo, la mira para siempre.

Me desperté sobresaltado. El ángel fóbico me observaba. Me preguntó:

—¿Qué hace usted acá? ¿Quiénes son esos dos? ¿Qué quiere de mí? ¿Para qué vino? ¿Quiere matarme como a la Niña?

—No sabía que sufría de paranoia.

—¿Paranoia? De ninguna manera. Soy perfectamente normal. Soy un ángel, un ser perfecto.

—¿Y las fobias?

—Ese es otro tema, un desvío sin importancia dentro de mi perfección.

—Recuerdo, sí. Un desvío producto del estrés.

—Usted me insulta.

—No, estoy recordando nuestra conversación anterior.

—Son recuerdos dolorosos. No los mencione.

—Perdón, no quise ofenderlo.

—No me dijo para qué volvió.

—Le traje compañía.

—No me interesa.

—Creí que se aburría.

—Sí, pero no me interesa la sobrepoblación a la que voy a tener que ser expuesto si estos dos se quedan.

—¿Sobrepoblación?

—Sí, tres en un mausoleo de estas dimensiones es el equivalente a una sobrepoblación.

—Entiendo. Bueno, me los llevo.

—No, no, mejor, déjeme uno.

—No son mascotas, ni tengo poder sobre ellos. Nos estamos escondiendo de los exterminadores, y se me ocurrió que acá podían estar seguros.

—Si se quedan son míos porque acá mando yo.

—¿Cómo?

—Son míos, me pertenecen.

—La esclavitud fue abolida hace siglos.

—No me interesa. Son míos.

—De ninguna manera.

—Bueno, entonces no pueden quedarse.

—Perfecto, nos vamos.

—No, por favor. Déjeme uno.

—Le repito, no son juguetes, ni cosas. Si alguno quiere quedarse, se queda, pero, de ninguna manera, voy a permitir que usted me trate como a un traficante de esclavos.

—Soy muy consciente de lo que me pertenece, por ejemplo, este espacio, por lo tanto todo lo que hay en él, es mío.

—Usted tiene serios problemas mentales. ¿No probó con analizarse con Dios?

—Soy perfecto, los seres perfectos no tenemos problemas.

—Los seres perfectos no se quedan dormidos en uno de los cuatro ríos del Paraíso.

Mi última frase produjo el efecto de una granada vencida detonando en su cerebro. Me miró con un odio puro, sincero, y sacó de un ataúd una espada llameante. Me alejé, aterrado. La blandió por el aire, y cuando estaba a punto de atacarme, se apagó. La sacudió un poco, pero no se prendió. La revisó, buscó un interruptor, la golpeó en la pared, la frotó. Nada. La mantuvo erguida en el aire como si fuese un héroe mitológico y gritó algo como: «Por el poder de la Santísima Trinidad de las Santas Potestades. ¡Préndete!». Nada. La zarandeó y agitó. Por un momento hubo un corto circuito, una chispa, pero duró un segundo. Finalmente, la tiró al piso y la escupió. Miró el vitral, suspiró y se tapó la cara con las manos. Me pareció oírlo llorar.

Sentí lástima ante ese espectáculo conmovedor y, por eso, obvié el hecho de que había querido atacarme e intenté generar un diálogo pacífico:

—Lamento que su espada no funcionara.

—Tiene muchos siglos, no podía durar para siempre.

—¿Quiere que la mire? Puedo intentar arreglarla.

—No, no, deje, ya no tiene sentido. Gracias.

—Se nota que es una excelente espada.

—Sí, hubo una época en la que con esta espada maté dragones, degollé demonios.

—¿Dragones?

—Sí, en la época de las tinieblas, cuando nada estaba definido, existían los dragones.

—¿Los extinguieron?

—El mal no se extingue, muta.

—Entonces, usted mataba dragones como el Arcángel Miguel.

—Sí, yo fui uno de los arcángeles.

—¿Cómo era su nombre?

—Miguel.

—No entiendo, ¿usted es el Arcángel Miguel?

—Fui uno de ellos.

—¿Uno de ellos? ¿Había más de uno?

—Éramos un ejército democrático.

—Esa es una contradicción de base.

—No, no lo es. Nos íbamos turnando la dirigencia. Cada tres años los postulantes tenían que rendir un examen, y el mejor se ganaba el puesto mayor: convertirse en el Arcángel Miguel. Yo lo gané un año. Comandé mi ejército victorioso por tres años, sin ningún error, sin ninguna pérdida, ganando todas las batallas. Decidí tomarme un año de descanso y hacer trabajos menores. Uno de esos trabajos fue el de Abraham. Después pasó lo que usted ya conoce y todo se derrumbó.

Miré el vitral. Ahora entendía por qué había elegido este mausoleo y no otro. Le pregunte, señalando la imagen:

—¿Ese es usted?

—No. Los arcángeles nunca nos vestimos como guerreros romanos y le repito, no teníamos alas. Esa imagen es una blasfemia. Es hermosa y me recuerda viejas épocas gloriosas, pero es una abominación.

—Entiendo.

—¿Quiere un té?

—Sí, claro. ¿Cómo hace para hervir el agua?

—Lo hacía con la espada de fuego. ¿Tiene un fósforo?

—No, disculpe.

—Déjeme intentar una vez más con esta espada.

—Me corrí despacio. Me dijo:

—No, no tenga miedo. No lo voy a atacar. Le quiero pedir perdón por mi violencia, pero es muy difícil aprender a vivir en el fracaso.

—Sé lo que se siente.

—¿Lo sabe?

—Sí, bueno, yo no fui un arcángel, ni maté dragones endemoniados, pero en vida fui un renombrado crítico de arte por eso pensé que mi muerte iba a ser una estadía placentera, que iba a ser un espíritu radiante en un cielo glorioso, y míreme ahora.

—Lo único que veo es a alguien que está muy equivocado.

—¿A qué se refiere?

—Usted no ve claro, es lo único que puedo decirle. Además, ¿crítico de arte?, ¿usted cree que merece el paraíso?

—Por supuesto me lo merezco. En vida fui una persona valiosa, un referente cultural a nivel mundial.

—Oscar Wilde dijo una frase muy cierta: «En los mejores días del arte no existían los críticos de arte». Déjeme probar otra vez con la espada. Quisiera prepararle un rico té para calmar los nervios.

Lo dejé hacer. Sabía que iba a ser imposible intentar convencerlo de que me explicara algo o que dejara de insultar la que había sido no solo mi profesión sino también mi vocación. Tomó la espada y volvió a golpearla. Esta vez, la espada no lo resistió y después de una explosión, se evaporó. El ángel fóbico quedó paralizado. Tenía las manos y la cara negras. Temblaba. Dionisio se despertó. El ángel estatua, que seguía duro, pestañeó por primera vez. No entendían qué había pasado. El ángel fóbico, gritó:

—¡Mi espada! Esto es su culpa.

—¿Mi culpa?

—Sí, si no hubiese sido porque me insultó, la espada hubiese servido para muchas más tazas de té.

—¿Por qué no se consigue una caja de fósforos?

—Esa espada era un recuerdo de épocas gloriosas.

—Sí, y por eso la usaba como a un vulgar fósforo.

—Usted es cruel.

—No sea trágico. Cuando todo esto termine, le consigo la mejor espada llameante, con caja de fósforos incluida.

—Esto nunca va a terminar.

—¿Cómo dijo?

—Nada.

Dionisio y el ángel estatua seguían sin entender lo que estaba pasando. Decidí ir directo a lo que me importaba. Les pregunté:

—¿Quién sabe cómo hago para llegar a la Niña Santa?

—El ángel fóbico me contestó:

—Todo el mundo sabe eso. ¿Qué clase de ángel es usted?

—No soy un ángel. Creo que eso se lo había explicado en nuestro primer encuentro.

—Pero usted está representado a uno, debería comportarse como tal.

—No me interesa ni representar, ni ser. Lo único que me interesa en este momento es llegar a la Niña. ¿Puede decirme cómo hacerlo?

—No.

Miré a Dionisio. Me dijo:

—Existe una profecía.

—¿Qué profecía?

—La que habla sobre el destino de la Niña.

—¿Dónde la leíste?

—En el Santo Libro de la Santa Niña.

—¿Qué es eso?

—Un libro santo donde se relata la vida de la Niña.

—Pero, ¿qué vida pudo haber tenido un crío de nueve años de vida?, ¿diez a lo sumo?, ¿qué clase de libro puede escribirse?, ¿es necesario que exista un libro sobre la Niña?

—Sí, porque es la única santa y se registra todo lo que hace.

—¿Quién lo tiene?

—Los ángeles que lo custodian en el cielo.

—¿Cómo tuviste acceso a la información?

—Una vez por semana, en el cielo, se ofrecen ceremonias donde se leen partes de la vida de la Niña.

—¿Son solo para los Mil Años?

—No. Pueden ir todos.

—¿Y cómo no me enteré nunca de esas ceremonias?

—Las informaban en los Memos.

—En los Memos Mensuales lo único que publicaban era una lista de lo que se podía o no hacer.

—Había otros Memos.

—¿Qué Memos?

—Memos para los Mil Años.

—No entiendo.

—Los Mil Años recibíamos Memos Especiales. Ahí publicaban los distintos avisos, como el de las ceremonias de la Niña.

—Entonces las ceremonias eran solo para los Mil Años.

—No, eran para todos. Simplemente tenías que conocer a un Mil Años que te pasara la información. Pero incluso los Mil Años tenían que presentarse en un Comité de Selección, y si te elegían, podías asistir a las ceremonias.

—Ajá, ¿y cuántos eran seleccionados para asistir?

—No sé, nunca me eligieron.

—Eso es estúpido. Maldita discriminación burocrática. Bueno, ¿cómo llego a la Niña?

—El lugar exacto no lo conozco. Solo recuerdo partes de la profecía que escuché que recitaban de memoria otros Mil Años.

—¿Qué dice la profecía?

—Anuncia el descenso del Antiniña.

—¿Antiniña? Eso es absolutamente ridículo.

—Es el elegido que va a intentar matarla. Creo que es un asunto serio.

—Lo sé, no me refiero a eso. Estoy diciendo que el nombre es imperdonable. No

podrían haber optado por algo como «Gilles de Rais, el ecuánime».

—¿Gilles de Rais?

El ángel fóbico contestó:

—Fue conocido como Barba Azul. Asesinó a más de doscientos niños. Un monstruo sin precedentes.

Le refuté, mirándolo directo a los ojos:

—Un héroe que nunca fue comprendido, ese fue Barba Azul. Entre las cosas maravillosas que hizo, como liberarnos de esos niños, también intentó, junto a Carlos VII, rescatar a Juana de Arco.

—No me interesan sus hazañas militares. Era un sádico y un torturador.

—Deme un ejemplo.

—¿Le parece que asesinar a doscientos niños inocentes no es un excelente ejemplo?

—Me parece un ejemplo limitado y pobre para menospreciar la integridad visionaria de un hombre de esa valentía, capaz de cumplir con sus deseos hasta la última consecuencia.

—¿Qué me dice de este? ¿Usted sabía que su héroe cortaba las cabezas de sus víctimas, las ponía en fila e invitaba a sus amigos para que eligieran cuál de ellas era la más hermosa?

—El hombre estaba tratando de desarrollar y profundizar su gusto estético y el de sus invitados y, ¿usted lo juzga por eso?

—No dejo de sorprenderme de su mentalidad, de su modo de razonar. En realidad, de su modo de ser. Aparentemente usted es profundo, hasta pareciera inteligente, pero la verdad es que lo único que prevalece en su persona es un halo bestial y cruel. Usted es un ser primitivo y denigrante.

Le iba a contestar cuando Dionisio, aturdido, me interrumpió:

—En la profecía no lo nombran como el Antiniña, pero es como se lo conoce. Bueno, ¿puedo empezar?

—Te escucho.

—Voy a recitar lo que recuerde: «Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi treinta y un candeleros de madera apagados. De madera eran los treinta y un candeleros apagados y no de otro material, sino de madera y estaban apagados, no prendidos; y vi en medio de los treinta y un candeleros apagados, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que le cubría las piernas, y su cuerpo abominable estaba cubierto, no desnudo, sino disimulado con tela de difunto. Su cabeza y sus cabellos eran negros como negra es la lana y la nieve cuando es pisoteada y es de noche; sus ojos como llama de leño quemado; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgentes como en un horno, dolientes, hediondos como hedionda es la tierra por la que camina el cerdo...».

Disimuladamente me puse los zapatos. Dionisio seguía hablando:

—«... y su voz como estruendo de muchas aguas servidas. Tenía en su diestra

setenta y un fatalidades; de su boca salía una espada con el resplandor maltrecho; y su rostro era como el de la luna que es blanca y con pozos negros, como negra es la lana y la nieve cuando es pisoteada y es de noche. Cuando le vi, me desperté y caí como dormido a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el último y el que está muerto; más he aquí que vivo por los siglos de los siglos. El misterio de las setenta y un fatalidades que has visto en mi diestra, y de los treinta y un candeleros de madera apagados: las setenta y un fatalidades son las veces en las que anhelé la muerte de esa, de la que no se nombra, y los treinta y un candeleros que has visto, son los caminos para matarla».

El ángel estatua lo interrumpió:

—Eso está mal. El camino para matarla es uno.

Dionisio le respondió enojado:

—No, los candeleros iluminan los caminos para matarla.

—No, no, no. Los candeleros están apagados, no pueden iluminar nada.

—Recuerdo bien la profecía. Y son treinta y uno los caminos.

—Cansado, los interrumpí:

—¿Alguno, no importa quién, recuerda la profecía al pie de la letra?

El ángel estatua gritó con voz neutral:

—Yo. Yo asistí a las ceremonias.

—Te escucho.

El ángel estatua se paró, se tocó la nariz, aspiró el aire y extendió los brazos como un androide defectuoso:

—«Y la Niña huyó al desierto y al mar, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por un millar de días en la perpetuidad de la pena. Y fue lanzada fuera la serpiente nueva, que se llama ángel y que está muerto, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la Tierra, y su ángel, aquel que vale su peso en oro infecto, fue arrojado con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: “¡Ay de los moradores de la Tierra y del mar! Porque el ángel sin calzado ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. Y el ángel sin calzado, que había sido arrojado a la Tierra, persiguió a la Niña. Y se le dieron a la Niña las dos alas y los dos ojos del gran quiróptero, para que volase delante de la serpiente al desierto y al mar, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo en los sagrados corazones del alma humana. Y la serpiente sin calzado arrojó de su boca, tras la Niña, agua servida, para que fuese arrastrada por la inmundicia...».

No pude evitar sentirme un tanto incómodo mientras escuchaba semejantes palabras. Me hubiese gustado contar con una esponja, quizás un jabón y, por qué no, un cepillo de dientes, pero las circunstancias me limitaban en mi aseo personal. Intenté, al menos, sentirme puro y limpio por dentro para irradiar una blancura con aroma a desinfectante, preferentemente de lavanda. El ángel estatua seguía recitando:

—«... me paré sobre la arena del mar y luego sobre una losa porque la arena del

mar quemaba, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. A la bestia se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar en el lapso de dos medias lunas. En el lapso de dos medias lunas deberá actuar, ni en media docena, ni en un cuarto, solo en dos medias lunas. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Blasfemó contra todo lo sagrado y puro que habita en el cielo. Esparció el pecado original, lo divulgó como se hace con la palabra sagrada. Tomó una estaca y un mazo y clavó una ristra de ajos en el medio del corazón de la que es santa y santa será por siempre. Si alguno tiene oído, oiga. Y si no lo tiene, que no lo haga. Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada matará y si no tiene espada, quizás tenga un palo».

Dionisio empezó a toser. Le dijo al ángel estatua:

—Eso es incorrecto. Son tres medialunas, una de las cuales es de manteca. Además no estás respetando las expresiones que corresponden a cada parte.

El ángel estatua se quedó pensativo y dijo:

—Sí, puede ser. Quizás son tres, no lo recuerdo bien. Pero las caras las puse. Puse la cara del primer caballo del segundo jinete del Cataclismo.

Pero te faltó la cara del tercer trono enojado sobre la laguna espejada donde se posará la Niña en su triunfo final.

Azorado y, francamente, harto de la idiotez congénita de estos ángeles, grité:

—¿Cómo?! Necesito a alguien que pueda recordarla con exactitud. ¿De otra manera cómo esperan que mate a la Niña?

Ninguno me respondió. Finalmente dije:

—Bueno, que alguien termine la profecía, al menos.

Dionisio siguió recitando:

—«Luego, la bestia subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón silencioso y sin escamas. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, que entienda. El que no, no lo haga. El que tiene más de un entendimiento, que se lo preste al que no lo tiene para que todos puedan entender. El que entiende con entendimiento propio o prestado que cuente el número de la bestia, pues es número de hombre muerto».

Los tres bajaron la cabeza. Después miraron al cielo, como si hubiesen terminado de rezar. Les pregunté:

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Bueno, veo que el que o los que escribieron la profecía me consideran en su más alta estima. Me halaga ser insultado con tanta altura. Lo que no me queda claro es dónde está la Niña.

—El ángel fóbico me miró con desprecio y preguntó:

—¿Quién le dijo que usted es el Antiniña?

—Me lo dice la razón, me lo dice una profecía que me describe, y me lo dice la prueba más contundente: el hecho de que yo quiero matar a la Niña.

—La razón no es prueba de nada. La profecía puede estar describiendo a otro personaje que quiera matar a la Niña.

—¿Quién?

—No lo sé concretamente. Solo imagino que puede ser una posibilidad que usted no consideró. Es más, quizás exista alguien que quiera vencerlo a usted, y la Niña sea solo un medio para lograr el fin.

—Sí, seguramente va a intentar atacarme con una espada llameante que se apaga.

—No soporto más sus insultos. ¡Se retira!

—¿Me va a obligar?

—Creí que era un caballero y un caballero sabe cuando llegó la hora de irse.

—Mi hora va a ser la hora en la que alguien se digne a decirme dónde está la Niña.

—Eso no va a suceder.

—Entonces, mi querido arcángel Miguel, nos esperan largas veladas con tazas de té frío, y discusiones sin sentido.

—¡Esto es un despropósito, una falta de respeto, una violación a la propiedad y a la privacidad! ¡Quiero que se retire de inmediato!

—De ninguna manera.

—¡Váyase ahora!

—No.

El ángel fóbico se alteró por completo. Temblaba y sacudía los pies. Quería moverse, pero no podía. Temí por la entereza de su salud mental que ya, de por sí, era bastante frágil. La tensión que se había generado en el ambiente era tal que Dionisio lloraba en silencio y, entre lágrima y lágrima, gritaba palabras como «pegar», «perros» y «bomba». El ángel estatua, consternado por lo que estaba pasando, se acercó al ángel fóbico. Lo tocó. El ángel fóbico empezó a gruñir, después a aullar. Sorprendido, el ángel estatua retrocedió. Esperó unos segundos y se acercó despacio, pero de manera automática. Le hizo un gesto que era desconocido para mí, quizás una clave entre ángeles. El ángel fóbico le respondió con el mismo gesto y sonrió. Se sentaron en un ataúd y se quedaron hablando. No podía oír lo que decían. El ángel estatua le hablaba al oído y el ángel fóbico asentía. Después de unos minutos, el ángel estatua se acercó y me dijo:

—La Niña vive en el Convento del Mar Desierto de Nuestros Sagrados Corazones del Alma Esclava en Pena por el Pecado Original de las Carmelitas Descabezadas en Penitencia Perpetua.

—¿Qué? ¿En el convento de qué?

—Puede encontrar a la Niña en el Convento del Mar Desierto de Nuestros Sagrados Corazones del Alma Esclava en Pena por el Pecado Original de las Carmelitas Descabezadas en Penitencia Perpetua.

—¿Ese es el nombre de uno o de varios conventos?

—De uno. Del convento donde está la Niña.

—¿Dónde queda?

Dionisio, que no había podido resistir la violencia contenida que se respiraba en el ambiente, se había quedado dormido. Se despertó asustado cuando oyó los aullidos. Empezó a mirar al ángel fóbico con desconfianza, después con asco y, por último, con miedo. Se cambió de ataúd, y se acercó disimuladamente a la pared que daba a la escalera. Era claro que ya no quería seguir compartiendo el mismo espacio con ese mutante, mezcla de arcángel y animal. Entonces, cuando yo hice la pregunta, enseguida gritó:

—¡Yo! ¡Yo sé dónde queda el convento!

—¿Dónde?

—Se ir de memoria. No sabría cómo describir el camino.

—Pero, ¿cómo sabés ir si nunca bajaste a la Tierra?

—Porque en el libro Santo de la Niña Santa existe un mapa para llegar.

—¿Y cómo tuviste acceso a ese mapa?

—Lo publicaron en los Memos, en una edición especial.

—¿En los Memos de los Mil Años?

—No, en los que repartían a todos.

—Malditos Memos. Bueno, vamos.

Intenté acercarme al ángel estatua para despedirme. Le iba a preguntar si necesitaba un cambio de aceite, pero me saludó a la distancia, con cierta paranoia. Me acerqué al ángel fóbico y le dije:

—Le agradezco por su inmensa ayuda y lamento nuestras diferencias. Lo dejo en buena compañía.

—Lo sé. Yo lamento que usted no pueda ver la verdad.

—¿Qué verdad?

—La que usted mismo ha generado.

Sin poder entender qué era lo que me decía, opté por dejarlos. Era tiempo de encontrar a la Niña. Cuando subíamos con Dionisio por las escaleras escuché que el ángel fóbico le decía al ángel estatua:

—Lo primero que vamos a hacer es sacarle esas alas, pero sepa que sin la espada de fuego va a ser doloroso. Le sugiero que empiece a rezar.

V

¿A quién o a qué se le podía rezar? Esta era la pregunta que intentaba contestarme mientras caminaba con Dionisio por el cementerio. Primero, la respuesta evidente: a Dios. Al segundo de elaborarla recordé mi conversación con el susodicho, y no pude evitar sonreír. Me imaginé al Todopoderoso Omnipresente, Omnipotente, Insípido e Incoloro, recibiendo los rezos a manos de sus subalternos. La escena se desarrolló en mi cerebro de la siguiente manera: un grupo de espíritus devenidos en trabajadores burócratas se dedican a anotar los rezos terrenales. Si bien Dios, al ser Omnipresente, debería poder escuchar y recordar cada uno de esos rezos, por las nuevas políticas de privacidad, acoso sexual, derechos de intimidad, secreto personal y estatal, teme que lo enjuicien, por lo tanto prefiere abstenerse, y no hacer uso de esas funciones divinas. Pero, para disimular semejante despropósito del sistema terrenal, y semejante cobardía de Dios en particular, es que dirige a este grupo de burócratas celestiales en la escucha y recaudación de rezos. Estos subordinados tienen alas, como no podía ser de otra manera, pero no son ángeles. Creen estar bendecidos porque auxilian al Creador, pero, en realidad, están obligados a trabajar para la eternidad. Dada la distancia del caso (me refiero a la distancia abismal entre las nubes y la tierra), las inclemencias del tiempo, los aviones con superturbinas, las migraciones de pájaros estridentes, los agujeros de ozono (porque seguro que existe más de uno) y las alas que no dejan que se muevan con libertad, los burócratas reciben los rezos en forma parcial, incompleta, fragmentada. Un ejemplo: «Señor Dios, quisiera que mi papi se cure de cáncer». El mensaje que anotan los burócratas: «Dios-papi-cáncer» y con la falta de visión poética de Dios, es fácil entender por qué el cáncer todavía no fue erradicado. El otro problema es la falta de papel. Anotan los rezos en conjunto, con la inevitable mezcla de los oradores con las respectivas oraciones. Dios, confundido, cura de lepra a quien no la tiene o asesina al inocente enemigo de nadie. Ese es el problema de la humanidad: las interferencias y la falta de papel. Entonces, ¿a quién rezarle? A nadie, a nada.

Pensaba en todo esto cuando tomé conciencia de que Dionisio seguía teniendo alas. Ese detalle era inquietante, porque si lo descubría algún exterminador, no iba a poder cumplir con mi fin último: ahorcar, apuñalar, destripar, congelar, disparar, cortar y/o colgar a la Niñita. Por otro lado, si lográbamos eludir a los exterminadores, Dionisio podía resultar un transporte eficaz para mi propósito. Busqué un lugar despejado en el cementerio. Cuando llegamos le pedí que extendiera las alas. Lo hizo con bastante dificultad. Me explicó que era por la falta de práctica. Le pedí que volara. La cara se le deformó por el gesto de esfuerzo, pero solo movió una de las alas. Respiró profundo, agotado. Cerró los ojos, supongo que para intentar concentrarse. Después de unos segundos movió las dos alas, pero él seguía con los pies en la tierra. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de ese pormenor. Era tal el peso que sus alas no podía elevarlo. Avergonzado, improvisó. Empezó a correr y a saltar

para intentar despegar. No avanzaba. Daba tres pasos (ese era el equivalente a correr) y cuando intentaba saltar, caía irremediabilmente. Traté de calmarme, no quería insultarlo como se merecía por ser un inservible. Me acerqué, y le dije:

—Tenemos una prueba irrefutable de que podés volar, por lo tanto, no te desanimes porque lo vas a lograr.

—No, nunca volé. Cuando nos tiraron con la soga lo único que hice fue planear un poco para que el aterrizaje fuese menos desastroso, pero nunca despegué por mí mismo, y no creo pueda hacerlo.

Tuve que alejarme. No quería desperdiciar mi energía asesina con ese pseudoángel, pseudopelota, pseudoobjeto-no-volador-no-identificable. Me senté en una lápida y pensé. Lo necesitaba, porque era el único que podía llevarme a la Niña. Las consecuencias de ese hecho eran, en un mayor porcentaje, negativas. Una de ellas era la de los exterminadores. La otra era la falta de practicidad de tener que cargar con semejante peso literal y conceptual. Por último, ¿qué iba a hacer con él una vez que matara a la Niña? Llegué a la conclusión de que la única manera de seguir mi camino iba a tener que ser con Dionisio. La opción de cortarle las alas era impensable. No sabía cómo hacerlo, pero de saberlo, no hubiese querido quitarle la única posibilidad de ser libre que tenía. Quizás algún día, después de practicar y fortalecerlas, lograra volar. Decidí ser precavido, y alejarnos de ese lugar plagado de exterminadores.

En la puerta del cementerio le pregunté a Dionisio qué camino debíamos tomar. Dudó unos momentos, y empezó a caminar hacia la izquierda. Después cambió de dirección. Por último se quedó parado sin saber qué hacer. Le pregunté cuál era el problema, y me dijo que no sabía dónde quedaba el convento, que había tenido que mentirme para que saliéramos del mausoleo donde ese ángel que aullaba le estaba dando mucho miedo. Lo agarré de la túnica y lo sacudí hasta que empezó a llorar. En realidad, el verbo sacudir es incorrecto porque intenté zarandearlo, expresarle mi odio, pero en ningún momento logré que su cuerpo se moviera en lo más mínimo. Cansado, lo solté y me alejé. Me tomé varios minutos para pensar cuál tenía que ser el siguiente paso en, ahora, mi plan B. Volver al mausoleo era inaceptable. No quería mostrarme derrotado frente al ángel fóbico. Pretender que Dionisio razonase era altamente improbable porque, a esa altura, sospechaba que en un ataque de hambre se había comido su propio cerebro.

Más calmado le aconsejé que guardara las alas dentro de la túnica. Fue imposible. Intentó maniobrarlas un rato lo suficientemente largo como para exasperarme al punto de que, otra vez, tuve que distanciarme para no intentar lastimarlo seriamente. Le ofrecí mi saco militar. Quiso ponérselo, de eso soy testigo, incluso lo rompió un poco, pero finalmente, desistió. Rendido, se dejó caer en el piso, y durmió. Aproveché ese momento para observar el lugar donde nos encontrábamos. Era una ciudad, de eso no había dudas. Estábamos en una calle asfaltada, con negocios y edificios. Me sorprendía que un cementerio de esas dimensiones estuviese emplazado

tranquilamente en medio de un lugar que aparentaba ser céntrico, pero lo verdaderamente extraño de la geografía que me circundaba era que no había personas. Era temprano, pero en las ciudades siempre hay gente caminando a todas horas. Los negocios estaban cerrados, había dos o tres autos estacionados y ninguno en movimiento. Quizás, pensé, era domingo, y todos debían descansar por orden de alguien que interpretó que Dios había descansado en el séptimo día, cuando, luego de mi encuentro, me había dejado en claro que no lo había hecho.

Después de un rato vi que dos personas se acercaban. No quise despertar sospechas y sacudí a Dionisio. Le dije que teníamos que correr.

Después de correr varios metros me di cuenta de que Dionisio no tenía la ligereza necesaria para afrontar una situación alarmante de fuga. Me detuve y lo esperé. Para ser preciso en la descripción, lo que él hacía no era correr, más bien, se balanceaba en cámara lenta entre pierna y pierna, mientras estiraba los brazos hacia delante para no perder el equilibrio y movía la boca desesperado, intentando respirar.

Me senté porque sabía que cuando llegara Dionisio iba a dormirse, abatido por el esfuerzo. Mientras lo esperaba me puse a observar la ciudad. Lo primero que me llamó la atención fue un edificio que se parecía a una iglesia, pero no tenía cruces. Era negro. No tenía inscripciones, ni siquiera en la puerta. Busqué ventanas, pero no había. Quería entrar. No sabía por qué, pero sabía que tenía que hacerlo. Probablemente la falta de una abertura decente me obligaba a averiguar quién podía vivir bajo esas condiciones. Esperé a Dionisio que todavía no había logrado dominar el balanceo siniestro de su cuerpo. Cuando llegó, y antes de que se durmiera, lo agarré de una de las alas y cruzamos juntos la calle directo al edificio negro.

Cuando llegamos a la puerta, intenté abrirla. No pude. No había manijas, ni ningún otro elemento que cumpliera una función similar. Golpeé, grité y pateé, pero no hubo ninguna respuesta. Dejé pasar unos minutos y volví a golpear, patear y gritar. Dolorido y afónico miré a Dionisio que, sentado, cabeceaba intentando mantener los ojos abiertos. Viendo cómo la vastedad inexorable de su organismo estaba siendo desperdiciada, lo sacudí hasta que se despertó. Él iba a tener que ser el instrumento angelical que abriera esa puerta. Cuando se lo comuniqué, recurrí a mis dotes líricos, simplemente porque me parecía que era la única manera de que tomara conciencia de la importancia de su tarea. Le anuncié, con la poca voz que me quedaba:

—Será la pureza sagrada de tu ser magno y colosal, aquella concedida por la excelsitud de las alturas olímpicas de la eterna divinidad, la que nos agradecerá con la apertura de este adminículo represor que impide el avance de dos librepensadores a la conquista de un espacio que, por orden de las deidades de mi inconsciente, debería pertenecernos.

—¿Creés que soy gordo?

—¡¿Qué?!

—Si pensás que soy gordo.

—Bueno, eso es relativo porque el sobrepeso se mide de acuerdo a tantos

parámetros. Influyen la época, el continente, el país, la sociedad, la cultura, el medioambiente, la vestimenta, la retención de líquidos, la opinión pública, la moda, el estado del tiempo. Creo que nadie está realmente capacitado para responder esa pregunta.

—No quiero ser gordo, los gordos me asustan.

—¿Perdón?

—Sí, creo que en cualquier momento pueden explotar y eso me da miedo. No quiero estar al lado de alguien que parece que en cualquier momento va a volar por los aires. Eso me da miedo. Es como con los perros, huelen, y eso no lo puedo aceptar. Oler es conocer.

—Bien, entiendo, sí. Sobre todo la relación entre el acto de oler y el de explotar, dos actividades caninas y/o humanas estrechamente ligadas. Bueno, ¿qué te parece si te tirás contra la puerta y la abris?

Sin decir nada, apoyó las manos en el hierro negro. La puerta se abrió. Mientras entrábamos, lo miré desconcertado porque no sabía que contaba con ese superpoder. Lo iba a interrogar sobre qué otras cosas extraordinarias podía lograr cuando la puerta se cerró de golpe, y nos quedamos totalmente a oscuras. Sentí un temblor. Pensé en un derrumbe, pero me calmé cuando me di cuenta de que era Dionisio el que temblaba sin parar. Lo agarré de la túnica y caminé hacia la nada. Toqué uno de los muros y, guiándome por el tacto de mi mano libre, logré acercarme a algo que parecía ser una puerta. Por lo pronto, la frialdad del muro había desaparecido. Podía sentir la dureza viva de la madera. La empujé y entramos en una sala iluminada. Por unos segundos la luz nos cegó, pero, en cuanto nos acostumbramos, pudimos ver un espectáculo sorprendente. En la sala había más de cien ángeles. Nos miraron con desconfianza primero, después, cuando vieron mi uniforme, con terror. Uno de ellos se acercó, supongo que para atacarme, pero Dionisio mostró sus alas. Respiraron más tranquilos y uno de ellos le dijo:

—Bienvenido. Lamento que su niño lo haya abandonado.

Sin entender, y viendo que Dionisio estaba ocupado intentado mantener los ojos abiertos, respondí con dificultad a causa de mi afonía:

—¿Qué niño?

—El niño del cual él era el ángel guardián.

—No, él no es el ángel guardián de nadie. Los dos somos espíritus devenidos en ángeles.

—Pero, él tiene alas verdaderas.

—Él es un Mil Años.

—¿Tiene mil manos?

—No, le dije que él es un Mil Años.

—Y ¿dónde están sus alas?

—Me las cortaron.

—¿Se las robaron?

—No, no, me las cortaron.

—De cualquier manera usted no puede quedarse acá.

—¿Por qué?

—Este es un centro para ex ángeles guardianes. No aceptamos a otros ángeles y menos a espíritus.

—¿Cuál es el problema con los espíritus?

—Eran humanos y los humanos nos persiguen.

—¿A ustedes también los están persiguiendo?

—Sí, porque nosotros también somos desechos del sistema celestial. Los niños a los cuales cuidábamos ya no nos quieren. Con la ola de exterminadores, son educados para desterrarnos para siempre de sus vidas.

—¿Cómo un niño puede deshacerse de un ángel, de un ser perfecto, invencible?

—¿Nos llamó inservibles?

—No, de ninguna manera. Disculpe, pero estoy afónico. Les dije que me parecía increíble imaginarme a un niño venciendo a su ángel guardián.

—¿Probó con ser arrojado por un balcón en el medio de una avenida en una noche tormentosa?, ¿con ser clavado con una aguja repleta de drogas alucinógenas?, ¿con ser atacado con balas de goma y gases lacrimógenos?, ¿con ser usado como conejillo de indias para experimentos caseros con explosivos, venenos y líquidos varios?, ¿con ser acusado de todos los floreros que usted no rompió, de todas las mascotas que no mató, de todos los hermanos a los que usted no le pegó?, y lo peor, ¿probó con ser completamente ignorado?

—Lo lamento, no sabía que la situación con la niñez era tan delicada.

—Cuando hicimos y aprobamos el curso en el cielo nadie nos dijo nada sobre esto.

Los ángeles bajaron la cabeza, humillados.

—Esos enanos del averno... La crueldad de los niños es infinita y profunda. Estoy convencido de que son la verdadera encarnación del mal. Es por eso que necesito que me digan dónde puedo encontrar a la Niña Santa.

—¿En las Carmelitas Descabezadas?

—Sí.

—Siga derecho por esta misma calle y camine cinco cuadras. Cuando vea un edificio azul, doble a la derecha y camine tres cuadras. Es un edificio blanco, con rejas.

—Muchas gracias y no se preocupen que en unas horas voy a vengarlos en forma definitiva y total.

Me miraron sin entender pero, sin decir nada, uno de ellos nos acompañó a la puerta de hierro y nos dejó salir.

Mientras caminábamos por la calle, era tal mi alegría que no estaba teniendo en cuenta que la ciudad estaba empezando a llenarse de gente y que yo iba acompañado de un ángel con alas. Sin pensar demasiado, corrí hasta un negocio que tenía un toldo

negro, salté, lo arranqué y armé algo parecido a una capa gigante. Se la até a Dionisio en el cuello. Logré cubrirlo a él y a sus alas. Con esa imagen, aunque inquietante, me quedé más tranquilo.

Cuando llegamos a la puerta del edificio nos detuvimos unos momentos. No había pensado qué iba a decir para que me llevaran directo a la Niña. Por otro lado, todavía no me quedaba claro el hecho de cuáles eran los humanos que podían vernos y cuáles no. Tenía que ser precavido, quizás en ese convento operaba un centro encubierto de exterminadores. Le pregunté a Dionisio si sabía quién podía vernos realmente. Me miró con desconcierto y me respondió:

—Todos.

—Eso es imposible porque se supone que somos espíritus, y tengo entendido que de los humanos solo pueden vernos los exterminadores que toman drogas y la Niña Santa.

—Eso es incorrecto. Pueden vernos todos porque nunca desactivamos el Estado de Revelación Avanzada.

—¿Qué es eso?

—Con el Estado de Revelación Avanzada nos revelamos a los humanos para comunicarles los mensajes divinos.

—¿Cómo se desactiva?

—Se necesita la aprobación del Sub-Departamento de Revelación Avanzada, Anexos y Asociados.

—¿Cómo la pedimos?

—Tendríamos que volver al cielo.

—¿De qué manera lo podemos lograr sin la aprobación? Tiene que existir una manera.

—No, no la sé.

—¡No puedo creer que en los mil años que hace que estás en el maldito y asqueroso cielo no se te haya ocurrido buscar soluciones alternativas, evadir la burocracia infame, ser libre! ¡No puedo creer que estemos expuestos a la vista de todos porque vos lo único que hacés de tu muerte es dormir! ¡Deberías sentirte avergonzado! ¡Debería darte pena ser tan inservible! ¡Deberías autodestruir ese cuerpo titánico e inútil! ¡Deberías dejar de existir de una vez y para siempre!

Cuando terminé de gritarle, bajó la cabeza y se quedó callado. Después empezó a llorar.

—¿Estás llorando?

—No.

Pero estaba llorando en silencio. Otra vez tuve la intensa necesidad de pegarle, de herirlo. Después, al ver la imagen de un adulto llorando, sentí un poco de lástima. Traté de calmarlo.

—No llores, no es tan grave, ya se me va a ocurrir algo.

Se secó las lágrimas, se sentó y cerró los ojos. Me dediqué a pensar en un plan

para llegar a la Niña. Sabía que iba a tener que recurrir a la improvisación, pero básicamente mi plan consistía en hacerme pasar por un devoto de la Niña y aprovechar el momento exacto para matar. Considero que los planes simples son los mejores. Desperté a Dionisio. Le acomodé la capa y fuimos a la puerta. La reja estaba abierta. Cruzamos el jardín. En el muro del edificio había una inscripción en una placa de bronce que decía «Instituto Mental de las Carmelitas Descabezadas». Me pareció raro que no dijera «Convento», pero, ¿cuántas Niñas Santas podían existir? Llegamos a la puerta principal. También estaba abierta. Entramos y me sorprendió no ser recibido, detenido o interrogado por algún guardia o recepcionista. El lugar parecía desierto. Nos quedamos unos segundos mirando los pasillos desolados. Estaban iluminados y noté que la limpieza era absoluta, por eso inferí que el lugar tenía que estar habitado. Decidí que no iba a esperar más y empecé a caminar por uno de los pasillos. Dionisio me preguntó si lo podía acompañar. Lo miré. El espectáculo que presentaba con esa capa era decadente y sospechoso. Le iba a decir que me esperara afuera cuando descubrí, tirado en una silla, un guardapolvo blanco de un tamaño lo suficientemente grande como para cubrirlo. También encontré un estetoscopio. Se lo colgué en el cuello. Le pedí que hiciera algo con las alas y, mágicamente, las encogió al punto de que ya casi no se notaban. Me explicó que había estado practicando. Me saqué la chaqueta militar y la escondí detrás de un mueble. No quería que nadie pensara que podía ser un exterminador.

Noté que en los pasillos, además de guardapolvos colgados, había muebles con puertas de vidrio por las que se veían frascos de distintos tamaños y colores. A esa altura, era claro que ese edificio no era un convento, al menos no uno convencional. Intentamos abrir una de las puertas para investigar el contenido de los frascos. En el momento en el que estábamos abriendo uno de ellos, sentimos una voz que nos llamaba:

—¿Doctor Hadjinicolau?

—¿Cómo? —pregunté sobresaltado.

—El señor —dijo señalando a Dionisio— ¿es el doctor Hadjinicolau?

—Sí —mentí.

—Un gusto conocerlos. ¿Su nombre?

—Soy el asistente del doctor.

—Disculpe que los haya interrumpido, pero necesitan al doctor Hadjinicolau en la sala cinco.

—Muy bien, lo seguimos.

Mientras lo seguíamos, el enfermero me entregó un delantal blanco y un estetoscopio. Caminamos por varios pasillos, todos ellos repletos de puertas con ventanas y rejas. Me asomé a una de ellas, y pude ver que dentro el cuarto tenía el piso y las paredes acolchados.

Cuando entramos en la sala cinco, había un grupo de personas revisando a un paciente que estaba atado a una silla. Las personas nos miraron con cierto respeto. Se

corrieron a un costado permitiendo que el médico se acercara. El enfermero le entregó a Dionisio una carpeta con el historial del paciente. Dionisio miró las hojas con tanta concentración que, por un momento, creí que era un médico verdadero. Me hizo una seña para que me acercara. Cuando lo hice, tuve que sostenerme de su hombro porque sentí que me derrumbaba. El paciente atado a la silla era aquel que se llamaba a sí mismo Dios, aquel que también decía ser el Diablo. Francamente aterrado, le dije a Dionisio al oído que ordenara a todas las personas que se retiraran. Cuando nos dejaron, miré al individuo con detenimiento. Aparentemente estaba bajo los efectos de alguna droga, porque no podía mantener la cabeza erguida. No sabía qué hacer. No entendía cómo era posible. En una mesa vi una jarra y vasos. Le serví un poco de agua y traté de que la tomara. Después le solté las manos atadas. Mientras Dionisio le seguía dando agua y le pegaba golpecitos en la cara, agarré la carpeta con el historial del paciente. Cuando la abrí, se me cayó de las manos. Dentro había una foto mía marcada con un círculo rojo, y con flechas del mismo color que me apuntaban. Enseguida Dionisio la levantó. Quise arrancársela, pero, en ese momento empezaron a entrar el resto de las personas. Dionisio le entregó la carpeta al enfermero y dijo:

—Noto un gran progreso. Sigán suministrándole la medicación y manténganme informado de cualquier incidente.

Todos asintieron y, cuando nos estábamos yendo, el paciente me agarró del brazo y me dijo al oído:

—La idea de Dios es la única que no puedo perdonarle al hombre.

Me soltó del brazo y empezó a gritar:

—¡Quiero mi pastilla negra ahora!

Cuando salimos de la sala me sentía tan abrumado que no podía hablar. El enfermero nos miraba con insistencia. Le pedí que nos llevara a ver a la Niña. Cuando terminé de reaccionar, me acerqué a Dionisio. Quería preguntarle por qué me había sacado la carpeta, por qué estaba mi foto, por qué Dios o el Diablo era un paciente de un manicomio, por qué me había dicho lo que me había dicho, y por qué había tenido que citar al Marqués de Sade para hacerlo, pero no pude decirle nada. Ya estábamos frente al cuarto de la Niña. El enfermero nos abrió la puerta. El cuarto era relativamente grande. Estaba completamente acolchado. En el centro, sentada en el piso, había algo que alguna vez había querido ser una niña. Era una mala cruza entre una langosta y un chihuahua. Los ojos ocupaban más de la mitad de la cara, no tenía prácticamente nada de pelo, solo algunos mechones repartidos por el cráneo deforme. Era diminuta y parecía que, en cualquier momento, podía quebrarse. Los huesos de insecto ni siquiera podían sostener la piel amarillenta y manchada. El enfermero nos advirtió:

—Cuidado que muerde.

—Sin poder creerlo, le pregunté al borde de un ataque de pánico y ansiedad:

—¿Esta es la Niña Santa?

—No, esta es la Niña Sarna.

—¿Niña qué?

—Sarna.

—¿Sarna? ¿Cómo es posible?

—Es una niña que se cree perro y, por ese motivo, también cree tener escabiosis. Presenta todos los síntomas en la piel, pero ya le hicimos los estudios pertinentes y está sana.

—Es imposible.

—No, no lo es. De hecho, ladra y aúlla.

En cuanto terminó de decir esto, la Niña se rascó la cabeza con una pierna (¿o debería decir pata?) y, después, empezó a ladrar. Era el ladrido de un muñeco roto y mugriento tirado en una feria abandonada. Era triste. Dionisio se había alejado y estaba pegado contra la pared. Los labios le temblaban. Empezó a repetir en voz baja palabras como hocico, explotar, bomba de paz. Cuando la Niña terminó de rascarse por segunda vez, se acercó a Dionisio y empezó a olerle los pies. Desesperado, empezó a moverse hasta la puerta. La Niña lo siguió oliendo, hasta que Dionisio pudo escapar.

Lo que estaba pasando era inaceptable. Tenía que existir un convento donde estuviese la verdadera Niña. Fue en ese momento en el que recordé mi afonía. Entendí que ese había sido el motivo del malentendido. Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, el enfermero estaba dándole de comer comida para perros en un plato. Ese detalle era significativo porque no creo que darle ese tipo de comida la ayudara a definir su identidad. Después de un silencio incómodo me preguntó qué le había pasado al doctor. Le pedí que me esperara, y fui a buscarlo. Estaba en uno de los pasillos, mirando un punto fijo. Abría y cerraba una de las manos. Sostenía algo. Me acerqué y le pregunté:

—¿Qué es eso?

—Una jeringa.

—¿De dónde la sacaste?

—Se la robé al enfermero.

—¿Para qué la querés?

—Tengo que matar a ese perro.

—Pero esa jeringa debe tener algún calmante.

—No, se lo saqué y la llené de aire. Le voy a inyectar aire y se va a morir. Busqué un martillo para el hocico, pero no lo encontré.

—Pero es una niña, no un perro. No tiene hocico.

—Me olió, es un perro. Busqué un martillo, pero no lo encontré. Los perros no tienen que oler, eso no lo puedo aceptar.

—Dame esa jeringa. No te preocupes que yo me encargo.

—No, tengo que hacerlo yo.

—No, dejá que yo me ocupo. Vos descansá. Sentate en esta silla y dormí un poco.

—Bueno, pero buscá un martillo.

Lo dejé durmiendo. Tiré la jeringa y volví a la sala. Le dije al enfermero que nos habían llamado de urgencia del Convento del Mar Desierto de Nuestros Sagrados Corazones del Alma Esclava en Pena por el Pecado Original de las Carmelitas Descabezadas en Penitencia Perpetua. Me ocupé de repetirle el nombre varias veces para que no hubiera confusiones. Me dijo que no conocía ningún convento con ese nombre. Antes de irme le pregunté por el paciente de la sala cinco. Me respondió, mientras le ponía un antipulgas a la niña:

—Es un caso muy curioso de delirio místico.

—¿En qué sentido?

—El paciente cree que es Dios o el Diablo, dependiendo de los días. A veces dice que vino a salvar a una niña, otras nos habla de un espíritu sin alas que va a destruir el cielo, y otras nos exige que le demos sus pastillas de colores.

—¿Se las dan?

—No, claro que no. Le damos caramelos. El verdadero problema surge cuando no conseguimos caramelos negros. Nos amenaza con quemarnos la cara con su aliento de fuego o con invocar a los mosquitos que contagian la malaria para que nos ataquen.

—¿Lo ha hecho?

—¿Hecho qué?

—¿Los ha quemado con su aliento de fuego? Me miró con extrañeza y me respondió:

—Por supuesto que no, ¿cómo podría hacerlo? Igualmente, le aseguro que sufre de una halitosis peligrosa, cercana a la radioactividad. Con un bostezo podría conseguir el éxodo inmediato de poblaciones enteras.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la calle. Lo primero que dijo fue que había terminado unos cursos en el cielo y se había recibido de Dios, pero lo hizo porque la vacante estaba vacía, y no había otro candidato. Después nos contó que su verdadera pasión eran las artes diabólicas. Hizo un doctorado. Creo que tenía un nombre como «Liderazgo Interdisciplinario de Gestión y Producción del Mal» o algo parecido. A veces, lo dejan ejercer como Satán.

—¿Quién lo deja o no ejercer?

—Las voces de su cabeza.

—¿Es peligroso?

—Lo mantenemos anestesiado porque ya se quiso escapar varias veces. Está buscando al espíritu sin alas del que siempre habla.

Después de esa pequeña charla, me pareció extraño que Dios, el Diablo o ese demente no hubiera tratado de detenerme. Con seguridad las drogas no le habían permitido reconocerme.

Cuando me estaba yendo, la Niña Sarna empezó a gruñir, después a ladrar. Sentí

pena, y cuando me acerqué para tocarle la cabeza inmunda y calva, me mordió.

VI

Busqué a Dionisio en el pasillo donde lo había dejado. Estaba durmiendo en la silla. Lo desperté y le dije que era hora de irnos. Cuando logró pararse, se detuvo en seco y me preguntó:

—¿Lo mataste? ¿Mataste a ese bicho sarnoso y con hocico?

—Sí —mentí.

—¿Sufrió?

—¿Importa?

—Sí, me importa porque es un animalito de Dios.

—No, no sufrió. Murió en paz.

—Bien, pero, ¿estás seguro de que está muerto?

—Sí, estoy seguro.

—¿Trajiste el cadáver?

—¿Para qué?

—Tenemos que darle una sepultura digna.

—De eso se ocupa el instituto. Nosotros nos tenemos que ir.

Antes de que siguiera con sus delirios zoomorfos, le pregunté:

—¿Por qué no me dijiste que en el informe del paciente de la sala cinco había una foto mía?

—¿Una foto tuya?

—Sí.

—No, yo no vi ninguna foto tuya. Había sí una del paciente.

—No te creo.

—¿Pensás que puedo mentirte?

—No lo sé, pero no te creo.

—Eso es porque pensás que soy gordo.

—No.

—Sí, creés que los gordos mienten por la grasa que tienen en el cerebro.

—¿Cómo voy a pensar eso? Es ridículo. De ninguna manera. Pienso que no me decís la verdad porque no me hablaste de la foto.

—No me creés porque pensás que soy gordo.

No le contesté. Era imposible razonar. Desilusionado por la falta de colaboración de esa bola cretina, salí. Su actitud ya me estaba cansando. Le dije que tenía que averiguar cómo llegar al convento. Me contestó que eso no era necesario.

—Sí, lo es, porque yo no sé dónde está el convento.

—Yo sé dónde está.

—¿Cómo que sabés dónde está?

—Tengo un mapa.

—¿Un mapa?

—Sí, un mapa.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Me lo dieron en el cielo antes de que me bajaran.

—¿Por qué no me lo diste antes?

—Porque no quiero que mates a la Niña.

—Pero, según lo que me dijiste cuando estábamos aterrizando acá en la Tierra, vos también querías matarla para que, y te voy a citar, «terminemos de una vez por todas con esa colección de hipócritas elitistas».

—No recuerdo haber dicho eso.

—Lo dijiste.

—Sí, lo dije. Creía que era lo que querías escuchar.

—¿Por qué?

—Porque soy tu amigo y pienso en tu bienestar.

—Si pensás en mi bienestar, ¿por qué no me diste el mapa en cambio de hacerme perder tiempo?

—No me acordaba que lo tenía.

—Tu actitud y tu estúpido concepto de la amistad me están obligando a acceder a un lugar de mi mente que no es muy positivo, a un lugar peligroso, oscuro. Un lugar jamás explorado por el hombre, del que, con seguridad, no hay retorno. Te aconsejo que reflexiones por un momento en lo que acabás de decir, y le des un giro opuesto porque mis manos están empezando a temblar y no me hago responsable de lo que pueda llegar a hacer.

Mis manos empezaron a tomar la forma de dos puños, las venas de mi cuello empezaron a latir y enseguida, me dijo:

—Bueno, sí me acordaba del mapa, pero no quiero que mates a un ser inocente.

—Bien, estamos avanzando. Por favor, dame el mapa.

—No lo tengo.

—¿Ves esto? ¿Sos capaz de entender que este puño va a ir directo a tu ojo derecho? Tu ojo derecho se va a encontrar con mi puño una y otra vez, hasta que se caiga y voy a enumerar en latín las veces que tu ojo se encuentre con mi puño, si te parece apropiado.

—Me lo sacaron los exterminadores.

—Según lo recuerdo, y te pido que me corrijas si no es así porque es muy probable que la cólera me esté nublando el pensamiento, hace menos de un minuto me dijiste que sabías cómo llegar. No creo que necesitemos un mapa.

—Sí, pero sabía cómo llegar con el mapa.

Me quedé callado mirándolo. Mi ojo izquierdo empezó a moverse producto de un latido descontrolado que venía directo de la vena que me sobresalía del cuello. Dionisio se puso blanco y arriesgó:

—Los podemos ir a buscar y sacarles el mapa.

Viendo que no le contestaba empezó a caminar. Se dio vuelta y, con una sonrisa descerebrada me dijo:

—El cementerio es para este lado.

Lo seguí. Si no lo hacía, sabía que iba a atacarlo por la espalda para ahorcarlo y, en el proceso, temía quedar aplastado contra alguna pared en un posible forcejeo.

Cuando llegamos a la cuadra donde estaba el edificio negro vi, con desconcierto, que un grupo de hombres vestidos como militares estaban rodeando el edificio. Eran ellos, los exterminadores. No podían ser otros. Además, estaban a punto de atacar el lugar donde se escondían los ángeles guardianes. No podía dejar que eso sucediera bajo ningún concepto. Pensé en una estrategia rápida. Hacerme pasar por un agente externo no iba a servir esta vez. Le pedí a Dionisio que se escondiera. Era un pedido utópico, lo sé, pero no podía dejar que ellos lo vieran. Intentó hacerlo, quiso protegerse detrás de un muro, pero le sobresalía medio cuerpo. En ese momento me di cuenta de que mi táctica era errónea por completo. Dionisio tenía que ser la carnada, de esa manera yo iba a poder entrar, avisarles a los ángeles y cuando atacaran, raptar al Teniente para sacarle el mapa. Ese era el plan.

No podía decirle a Dionisio que iba a ser una parte fundamental en una operación de alta complejidad. Probablemente se iba a poner a llorar si le decía que de él dependía la suerte de más de cien ángeles. Entonces, opté por ordenarle que corriera. No le di explicaciones, le grité y empezó a correr.

Mientras Dionisio oscilaba como un péndulo roto, crucé la calle intentando que no se dieran cuenta de mi presencia. Me escondí detrás de un árbol. Vi como los exterminadores miraban cómo un ser con un guardapolvo de médico, un estetoscopio y dos alas gigantes que no podía esconder del todo corría en cámara lentísima directo hacia ellos. Uno de ellos gritó:

—Mi Teniente, es la rata dos, es la rata dos. Puedo verle las alas.

—Alerta roja. Repito, alerta roja, es la rata dos. A sus posiciones —gritó el Teniente.

Cuando Dionisio estaba a unos quince metros se sacó el guardapolvo, dio tres pasos, extendió las alas y voló. Fue lo más parecido a un milagro y, aunque la imagen de una enorme esfera rosa con alas era perturbadora, me emocioné. Logró estar en el aire por medio minuto, y cayó irremediamente. Los exterminadores lo persiguieron. Lograron atraparlo. Pero no lo supe en ese momento porque en cuanto despegó, corrí hacia la puerta negra que ya había sido abierta. Entré y fui directo al cuarto donde estaban los ángeles escondidos. Cuando llegué estaban sentados. Era imposible que no hubieran escuchado a los exterminadores derribar la puerta, sin embargo, parecían totalmente ajenos a lo que estaba pasando. En el lugar se podía percibir una calma extraña, desoladora. Les grité:

—Están los exterminadores, ¡corran!

—Los estamos esperando.

—¿Por qué?

—Queremos que nos exterminen.

—No entiendo.

—Queremos terminar con nuestra existencia.

—¿Por qué?

—Porque sin los niños, nada tiene sentido.

—¿Me hablan de esos delincuentes amorales y mal agradecidos? Deberían organizarse y hacer una segunda rebelión celestial. ¿Quién quiere ser Lucifer?

—No queda nadie contra quién rebelarse.

—Pueden rebelarse contra los niños. Pueden inspirarse en el cuadro de Dorothea Tanning donde un grupo de ángeles guardianes se los comen.

—Fuimos creados para amarlos, jamás podríamos hacerles daño.

—Ustedes son inmortales, invencibles, gloriosos. Pueden hacer lo que quieran. Pueden dedicarse a volar por el universo. Pueden recorrer planetas, encontrar otros niños. Hay un planeta con un niño, tres volcanes y una rosa. Él los está esperando.

—Nuestra única opción son los exterminadores.

—¿Esa es su decisión final? ¿No existe otra salida?

—No.

—En ese caso, lo lamento.

Me fui desconcertado, sintiendo más furia aún por la Niña y por todas las consecuencias nefastas que su género maligno y terrestre causaban.

Cuando salí, los exterminadores estaban tratando de contener a Dionisio. Me acerqué y les dije:

—Quiero hablar con el Teniente Coronel Bedoya.

—Aquí el Teniente Coronel Bedoya reportándose, número de serie: cinco, nueve, charly...

—Suéltelo —interrumpí, señalando a Dionisio.

—De ninguna manera. Usted es un fraude y un traidor. Deberá ser ejecutado.

—Si lo sueltan, les entrego a más de cien ángeles.

Todos se miraron emocionados. El Teniente, me dijo sospechando:

—No le creo. Usted es un fraude, repito, un fraude.

—Bueno, muy bien, hagan lo que quieran.

Cuando me estaba yendo, el Teniente me detuvo:

—Espere. ¿Dónde están los cien ángeles?

—Primero lo sueltan, me dan el mapa que le sacaron y después les digo.

—¿Qué clase de negociación es esta? ¿Usted cree que vamos a ser tan imbéciles de entregárselo sin una prueba?

—Sí, la verdad es que lo pensé.

—Creo que no está considerando el hecho de que lo estamos apuntando con armas, y usted nos está insultando.

—Muy bien, sígame.

El Teniente me siguió. Le pedí que se asomara al cuarto con cautela. Le dije que podía asustar a los ángeles. Cuando lo hizo se quedó parado en la puerta y después me miró:

—Este cuarto está vacío.

—Eso no es posible. Hace un minuto estaban acá.

—Asómese.

Efectivamente no había nadie. No entendía qué estaba pasando. El Teniente me apuntó con el arma. Me obligó a unirme a Dionisio. Nos ataron. No tenía poder de reacción. La situación era tan desesperante que ni siquiera atiné a mirar al cielo cuando escuché un sonido parecido al de miles de pájaros acercándose en picada. Sin poder entender qué pasaba, al segundo estaba volando, sostenido por un ángel guardián. Cuando miré a un costado, vi que Dionisio también había sido rescatado por, calculo, diez ángeles que intentaban sostenerlo. Le pregunté a mi ángel qué había pasado:

—Nos fuimos porque queremos encontrar al niño de la rosa.

—Sí, él los va a llevar a universos maravillosos.

Habíamos volado lo suficiente como para escaparnos de los exterminadores, pero no con la rapidez necesaria para evitar sus balas. Una lluvia de municiones nos tomó por sorpresa. Herido, mi ángel me soltó. Dionisio también caía. Antes de despedarnos por completo, logró extender las alas, y planear un poco. Lo agarré como pude y traspasamos una cúpula vidriada. Yo caí primero, rompiéndola. Pensé que me iba a estrellar directo contra el piso cuando me di cuenta de que colgaba de una de las piernas de Dionisio que se había quedado atascado. Su abdomen descomunal no había logrado traspasar la cúpula. Nos quedamos unos minutos así, Dionisio atrapado, y yo sosteniéndome de una de sus piernas. Viendo que la distancia al piso era poca, le grité que intentara respirar profundo, metiendo el abdomen. Cuando lo hizo, caímos.

El impacto no fue accidentado, pero supongo que perdimos la conciencia porque, cuando nos despertamos, estábamos rodeados de una veintena de personas que nos miraban. Estaban vestidos con túnicas negras, y tenían un símbolo en el pecho. Era un círculo con una N y una S, tachadas. Temí que fueran otros exterminadores y traté de protegerme detrás de la generosidad corpórea de Dionisio. Uno de ellos hizo una reverencia. Se aclaró la garganta y, con tono protocolar, me dijo:

—Lo estábamos esperando.

—¿Me conoce?

—Usted es el Antiniña.

—¿Cómo lo sabe?

—Estudiamos la profecía. Su llegada estaba anunciada.

—Pero, ¿cómo pueden reconocerme?

—Usted es el ángel sin calzado. Además está acompañado de aquel que vale su peso en oro infecto.

Efectivamente mis zapatos habían desaparecido. Estaban debajo de la inabarcable retaguardia de Dionisio que se balanceaba de un lado al otro intentando despegárselos de su trasero. Desconfiado, pregunté:

—¿Cómo sabe que soy un ángel? No tengo alas.

—Sabemos que se las hizo sacar.

—¿Quiénes son, por qué y cómo saben todo esto?

—Somos una entidad sin fines de lucro dedicada al reconocimiento y captación del Antiniña. Usted se encuentra ubicado en el Centro Vecinal Antiniña número cincuenta. Nuestro designio es el de proporcionarle todos los elementos necesarios para que mate a la Niña Santa.

En cuanto terminó de hablar, el resto de las personas gritó con las manos en alto primero y después golpeándose el pecho:

—¡Muerte a la Niña Santa!

Sin poder creerlo, les pregunté:

—¿Por qué quieren matarla? ¿En qué les afecta?

—No soportamos tener a un cielo repleto de ángeles ociosos y trágicamente disfrazados mirando cada una de nuestras acciones. Violentan nuestra privacidad. Imagine vivir sospechando que, en cualquier momento, alguno de ustedes puede caer sin aviso en nuestras cabezas. Incluso estéticamente la imagen es deplorable. ¿Alguna vez se bañan?

—No.

—Deberían, porque apestan. Como le decía, sabemos que el cielo fue construido y es mantenido para esta Niña, por eso queremos que sea eliminada.

—Pensé que la única que podía vernos era ella.

—No, ese es un mito. Es el mito que sostiene al cielo. El único motor que hace que el sistema celestial siga en movimiento.

—No puedo creerlo.

—Créalo. Si la Niña desaparece, el cielo desaparece y nosotros vivimos en paz. Estamos cansados de sus estúpidas nubes.

—¿Cómo tuvieron acceso a la profecía?

—Tenemos el Santo Libro de la Santa Niña.

—Creí que estaba en el cielo custodiado por ángeles.

—Lo copiamos.

—¿Cómo hicieron eso?

—Mandamos a un espía que se infiltró en las huestes celestiales y lo copió.

—¿Un espía? ¿Cómo hizo para llegar al cielo?

—Lo matamos y su espíritu nos tiró los informes en cómodas entregas.

—Si ya se tomaron tanto trabajo, ¿por qué no la matan ustedes?

Hubo un silencio general de asombro. Cuando la tensión ya era insostenible, me respondió la misma persona que había hablado. Con seguridad, era el líder:

—Porque usted es el Elegido, esa es su misión. Ese es su destino. Además, nosotros no somos asesinos. Menos de niñas.

—Bueno, no quiero entrar en un debate moral, pero me parece que, en este momento, están cumpliendo el rol de asesinos intelectuales.

—No, porque usted la va a matar de cualquier manera, sin nuestra ayuda o con nuestra ayuda. Nosotros simplemente lo estamos guiando para que tome el camino correcto.

—Bueno, perfecto, ¿dónde está la Niña?

—Primero tiene que completar los formularios NS1a, NS1b y NS5c, después firmar las autorizaciones correspondientes para que le aprueben el requerimiento de Homicidio Asistido, después debe realizar una declaración verbal y escrita acreditando que usted es el Antiniña, y que se compromete a llevar a cabo la misión. Por último es necesario que firme un acta en la que se registrará este momento y, para terminar, debe firmar con su sangre una declaración donde conste que le fueron entregados los instrumentos elegidos para llevar a cabo la acción.

—No tengo sangre. Soy un espíritu.

Todos se miraron aterrados. Empezaron a discutir entre ellos:

—No tiene sangre. Es un error imperdonable. Hay que volver a labrar el libro de actas y modificar todos los informes.

—Podemos salvar el error llamando a un escribano.

—No, de ninguna manera. Ese error no debe quedar registrado. Debemos evitar que se piense que somos incompetentes.

—Deberíamos convocar a una Asamblea Extraordinaria.

—Pero hay que buscar los libros de actas desde el archivo del séptimo subsuelo en adelante. Eso va a llevar mínimo tres días.

—¿Si lo hacemos firmar con pintura roja?

El grupo entero asintió aliviado. Pero alguien interrumpió:

—¿Qué pasa si en un futuro cercano o lejano alguien decide hacer un estudio de la sangre del Antiniña, y se da cuenta de que es pintura? La organización no debe tener el estigma de ser un fraude.

—Es verdad.

—Propongo que alguno de nosotros done un poco de su sangre para este noble propósito.

—Debemos elegir al candidato por voto unánime.

Se retiraron a una sala. Dionisio se había sentado a un costado. Estaba durmiendo. Cuando volvieron, anunciaron:

—Hemos elegido al candidato. Ya podemos proceder.

Cansado, les pregunté:

—¿Es necesario que me sometan a semejante burocracia?

—Somos una organización clandestina, pero estamos perfectamente adaptados a los sistemas profesionales que nos permiten llevar un registro de cada una de las acciones del movimiento. Hemos evaluado, resignificado, analizado y seleccionado toda la información necesaria para consagrar nuestra misión.

—Pero, yo soy el Antiniña. Deberían hacer una excepción.

—Usted no entiende que todo esto fue preparado para su llegada, para esta única

acción, para este único momento histórico. Si usted no firma esos papeles, nada de lo que estuvimos abocados a lo largo de tantos años tendría el más mínimo sentido.

—¿Conocen a la Niña?

—No.

—¿Cómo es posible? ¿No sienten curiosidad?

—No, solo queremos que sea eliminada.

—Muy bien, estoy listo.

En cuanto dije esto, todos se pusieron unas capuchas, apagaron las luces, y uno de ellos avanzó seguido de otros dos que sostenían velas. Me entregaron algo envuelto. Cuando lo abrí había una estaca, un martillo, una ristra de ajos y un mapa. El líder exclamó, levantando los brazos:

—Ha llegado el momento que hemos esperado a lo largo de tanto tiempo. Se cumplirá la profecía.

El grupo levantó los brazos, se golpeó el pecho y gritaron:

—¡Muerte a la Niña Santa!

Sin entender para qué era todo eso, les pregunté:

—¿Por qué una estaca?

Hubo un murmullo general de desaprobación. El líder me preguntó:

—¿Usted es o no el Antiniña?

—Sí, lo soy. Quiero matar a la Niña. Eso es lo único que quise hacer desde que llegué al cielo.

—¿Cómo es posible que no sepa qué instrumentación debe usar?

—Es una Niña, no un vampiro. La puedo matar de cualquier manera, incluso con mis manos.

—Lo que dice es un sacrilegio.

—¿Me van a quemar en la hoguera?

—No tenemos hoguera. Pedimos una, pero hubo un error administrativo que no fue detectado a tiempo por el Departamento de Inteligencia y rechazaron nuestro pedido. Apelamos a la Cámara de Torturas, Suplicios, Martirios y Otras Crueldades, pero nuestro expediente no fue correctamente presentado porque...

—Bien. No interesa. Quiero saber para qué sirve todo esto.

—La estaca, el martillo y la ristra de ajos son para matarla. El mapa para encontrarla.

—¿Cómo la mato con una ristra de ajos?

Hubo otro murmullo general. Esta vez de desconcierto. El líder se acercó y me dijo al oído:

—Podría dejar de preguntar obviedades. Me está haciendo quedar mal. La ristra de ajos es para que purifique el asesinato, para darle una legitimación y que no se convierta en una simple matanza.

—Si me niego a usar estos instrumentos, ¿voy a tener que llenar más formularios?

—Sí, específicamente los formularios del NS16h al NS3750z. Además, si se

niega, tenemos que entregarlo a los exterminadores. De cualquier manera debe ser eliminado.

—No tienen que llegar a semejantes extremos. Voy a hacerlo.

El grupo había empezado a impacientarse de nuestra conversación privada. El líder anunció:

—El Antiniña está preparado para su misión. Llévelo a la sala donde debe llenar los formularios. Luego, tomen al elegido y mátenlo. Necesitamos de su sangre para la firma.

Cuatro integrantes del grupo agarraron por los brazos a un individuo, el elegido, que gritaba:

—¿Matarme? ¿Van a matarme? Nadie me dijo nada sobre eso. Me dijeron que necesitaban un poco de sangre.

El líder se acercó y, pegándole en la cara, le gritó:

—Sos el elegido. Muchos quisiéramos estar en tu lugar. Tu muerte va a ser recordada por generaciones futuras. Tu muerte tendrá un valor incalculable. Tu muerte será glorificada.

El elegido sonrió extasiado y se dejó arrastrar por el resto, sin pensar que, según lo que yo había escuchado, su sangre iba a reemplazar a la que yo no tenía, por ende su persona y su muerte debían ser eliminadas de cualquier registro.

La gloria prometida era un engaño.

PARTE III

Y el saber será, tal vez, el asesinato de mi alma humana.

CLARICE LISPECTOR, *La pasión según G. H.*

Cuando salí del lugar tuve la certeza de que la sociedad clandestina no había sido creada para ayudarme. Su verdadero objetivo era el de atormentarme. Después de completar y firmar una cantidad obscena de formularios tuve que presenciar cómo un grupo de ineptos discutía sobre cómo tomarle el pulso a un espíritu, o sea a mí. Sobre cómo resolver el problema de pesarme y sobre cómo sacarme radiografías de huesos y órganos inexistentes. Finalmente, después de organizar cuatro Asambleas Extraordinarias, decidieron votar por otro elegido al cual hacerle los estudios. Esta vez, tuvieron la precaución de firmar una promesa escrita jurándole al susodicho que no lo iban a matar. Por supuesto, no la cumplieron.

Extenuado por el despotismo administrativo de estos personajes y viendo que todavía no me habían dado para firmar con sangre los formularios correspondientes, decidí que era hora de fugarme. Resultó ser el escape más sencillo y descerebrado de todos los tiempos. Mientras ellos discutían sobre qué tipo de letra debía ser usada para los certificados que autentificaban mis datos biológicos, desperté a Dionisio, y nos fuimos por la puerta de entrada.

Cuando salimos miré el mapa. El Convento del Mar Desierto de Nuestros Sagrados Corazones bla, bla, bla estaba a pocas cuadras. Antes de empezar a caminar, me di cuenta de que tenía que idear un plan para evitar inconvenientes o confusiones cuando quisiéramos entrar y acceder a la Niña. Lo que tenía que hacer era tan evidente, que hasta me pareció necio de mi parte haberme ido de la casa de la sociedad clandestina sin haberlo hecho antes.

Cuando entré el grupo seguía discutiendo. Esta vez uno de ellos pidió tomar la palabra, y dijo algo sobre cómo la letra de estilo gótico tenía más prestigio que la del tipo renacentista. Alguien lo interrumpió diciendo que no conocía la renacentista, pero que la prefería porque la letra gótica había surgido en un período oscuro de la historia de la humanidad. El orador, ofendido, lo trató de ignorante diciéndole que en ese período se habían gestado las ideas renacentistas, y que no había sido oscuro, había sido un período de recogimiento y reflexión. Finalmente, decidieron, por voto unánime, batirse a duelo para resolver sus diferencias. Cuando empezaron a discutir sobre qué armas debían usar, me metí en un cuarto, agarré dos túnicas (buscando que una de ellas fuera de un talle extra, extra, extra, extra large) y me fui.

Le pedí a Dionisio que se pusiera la túnica y le ordené que, cuando llegáramos al convento, no hablara.

Caminamos el resto de las cuadras sin hablar. Mi furia era tal que no me di cuenta de que estábamos frente al convento. En una reja negra había un cartel de bronce que decía: Convento del Mar Desierto de Nuestros Sagrados Corazones del Alma Esclava en Pena por el Pecado Original de las Carmelitas Descabezadas en Penitencia Perpetua. Me puse la capucha y toqué una campana. Enseguida se abrieron las puertas. Apareció un hombre que se acercó. Nos miró, abrió las rejas y nos condujo al interior del convento. Cuando entramos nos recibió otro hombre. Estaba vestido con una túnica marrón, con sandalias. Me imaginé que podía ser uno de los monjes que

vivían en el convento y cuidaban de la Niña. Le dije que veníamos de la Orden del Monacato Chartres Reims y que teníamos instrucciones de ver a la Niña Santa. El monje dudó y me dijo que Chartres y Reims eran catedrales en distintos lugares de Francia, y que no entendía de dónde había surgido nuestra orden, que estaba seguro de que no existía. Le expliqué que habíamos hecho una fusión solidaria, que Dionisio pertenecía a Reims y yo a Chartres. Después me preguntó qué significaban los símbolos. Me insulté internamente por haberme olvidado de dar vuelta las túnicas. Improvisé y le contesté que significaban No a Satán. Viendo que todavía dudaba, le dije que teníamos una misión urgente. Que habíamos sido enviados por los obispos de las dos ciudades. Teníamos que ver a la Niña Santa en forma inmediata.

Sabía que no había logrado convencerlo del todo, por ese motivo, le pedí que me indicara dónde estaba la Niña. Confundido me señaló una dirección. Agarré a Dionisio por la túnica y lo arrastré por el pasillo que parecía interminable. No había ni cuartos ni otros pasillos por los cuales desviarse. Cerca del final, el hombre, que había dejado de dudar y, con seguridad, había descubierto que éramos un fraude, empezó a correr mientras gritaba que nos detuviéramos.

Cuando llegamos al final, había una puerta. La abrimos. Le dije a Dionisio que se apoyara contra ella y que bajo ningún motivo debía moverse.

En el cuarto estaba la Niña.

La Niña Santa.

El objeto de mis pulsiones asesinas.

La entidad responsable de todos mis males.

La representación pura, absoluta del mal.

Parecía salida de una estampita, sí. También era rubia con cabellos de oro. Tenía la boquita de fresa tierna, y los ojos azules como una laguna en flor. Y rezaba, en silencio, mirando al cielo, siempre mirando.

Rezaba y miraba.

Miraba y rezaba.

Agarré la estaca, el martillo y la ristra de ajos. Cuando me disponía a atacar vi que detrás de la Niña había un ángel que me miraba. Se paró frente a la Niña y me dijo:

—Vino a matarla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ella es la culpable de que hayan construido y sigan manteniendo ese cielo horroroso. Ella es la culpable de que mi muerte sea un calvario. Ella es la culpable de que aborrezca con todo mi ser espiritual su mirada perpetua. Su simple existencia la hace culpable de todo.

—Se equivoca.

—No, claro que no.

—Sí, se equivoca.

—¿Quién es usted para decirme lo que es o no correcto?

—Yo soy el ángel guardián de esta niña.

—Todos los ángeles guardianes fueron destituidos por sus niños.

—Lo sé, pero esta niña no pudo hacerlo conmigo.

—¿Por qué?

—Porque es cuadripléjica, ciega y muda. Un vegetal, para ser más preciso.

Mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar, me sobresalté con los golpes y gritos en la puerta del monje que nos perseguía. Vi que el cuerpo de Dionisio evitaba cualquier intento de ingreso. Me acerqué a la Niña. Le dije al ángel:

—No puede ser un vegetal. Eso es imposible.

—Es un vegetal. Me gusta llamarla Potus Santo.

—Usted se burla de mí.

—No, compruébelo.

Miré a la Niña con detenimiento. El pelo era rubio, pero estaba sucio y despeinado. La piel, que de lejos parecía blanca, ahora, mirándola de cerca, tenía un tono verdoso amarillento. Los ojos eran azules, pero eran de un azul borroso y la mirada se perdía en la nada. De hecho, ni siquiera miraba directo al cielo, miraba a un punto indefinido del techo. Tenía las manos juntas, pero estaban atadas. Estaba sentada en una silla de ruedas. La toqué, pero no se movió. Le pasé una mano por los ojos, pero ni siquiera pestañeó.

Solté la estaca y el martillo, tiré la ristra de ajos contra la pared, me dejé caer. Lloré. Me quedé así, llorando en silencio en el piso. El ángel se acercó, me ayudó a levantarme y me llevó a un costado, lejos de la Niña. Intentando consolarme, me dijo:

—No se aflija, ella casi no sufre.

—No lloro por eso. Lloro porque todo es una gran mentira. ¿Cómo hago ahora para destruir el cielo? ¿Cómo?

—Entiendo a qué se refiere.

—¿Cómo puede entenderme?

—Puedo escuchar los pensamientos de la Niña. Ese es el don que tenemos los ángeles guardianes. Podemos escuchar qué es lo que piensan los niños a los que fuimos asignados.

—¿Y eso qué tiene que ver con el cielo?

—Ella no es santa. No reza, ni siquiera sabe lo que es rezar. Ella piensa que es una cantante de ópera. Cree que es una diva y está segura de que ese grupo de ángeles de cuarta que se la pasa mirándola es su público. ¿Entiende? Ni siquiera sabe que son ángeles, porque no los ve. Pero sabe que están, porque los siente. Siente cómo mueven las alas de plástico contra las nubes de goma espuma y piensa que la están aplaudiendo. Ella solo sabe que están ahí para escuchar sus arias. Se la pasa todo el día ensayando, y cantando en su cabeza, cantando y ensayando y le aseguro que no lo hace nada bien. Desafina y mucho. Para mí es un auténtico suplicio tener que escucharla. Cuando intenta sostener notas altas es un martirio. El peor momento del

día es cuando ensaya las arias de la Reina de la Noche. ¿Es posible tanto horror junto? Para que me entienda, el sonido es lo más parecido a una pelea entre gatos callejeros que se están arrancando la piel mutuamente.

—No entiendo. ¿Pensé que había dicho que la Niña es muda?

—Lo es. Canta en su cabeza y tengo la desgracia de poder escuchar sus pensamientos. Yo también quiero que el cielo se termine, pero matando a la Niña no va a lograr nada. Las Entidades se van a encargar de encontrar a otra niña, paralizarla, enmudecerla, cegarla e inculcarle algún otro delirio psicótico, como creerse bailarina, por ejemplo. Esa, ahora que lo pienso, sería una opción más saludable para el ángel guardián que le toque.

Me quedé sentado en un rincón sin poder moverme. Escuchaba los gritos del monje que estaba intentando entrar, pero ya nada me importaba. Dionisio abrió la puerta, agarró al monje de la túnica y lo tiró contra una pared. El golpe fue tan duro que quedó inconsciente o muerto, no lo sé realmente. Tampoco me importó. Nada tenía el más mínimo sentido.

Dionisio se acercó a mi rincón, me alzó y me cargó fuera del cuarto. Cuando salimos del convento, caminó unas cuerdas y me depositó en un banco. Me quedé un tiempo sin poder reaccionar. Cuando pude pensar, empecé a reflexionar en voz alta:

—Entonces, el cielo nunca estuvo construido para esta Niña específica. Fue construido para una seguidilla indeterminada de Niñas Santas. Niñas que eran víctimas. Niñas que no eran culpables de nada. No entiendo entonces por qué las necesitan como motor, como excusa, como mito.

Dionisio bostezaba. Pensé que se iba a dormir, pero me dijo sin mirarme:

—Me olvidaba. Esto es para vos.

Me entregó un sobre lacrado. Lo abrí. Era algo parecido a un telegrama:

«ESPÍRITU. DOS PUNTOS. HA EDIFICADO EXITOSAMENTE SU INFIERNO. PUNTO. QUEDA NOTIFICADO. PUNTO. LAS ENTIDADES. PUNTO»

Miré a Dionisio que dormía. Lo sacudí y le pegué hasta que logré despertarlo. Le grité:

—Esto es un error. Yo no pertenezco al infierno. A mí me asignaron al cielo, con alas, nubes, ángeles.

—Cielo o infierno, son solo palabras.

—No, son conceptos totalmente opuestos. Uno está abajo, el otro arriba. En uno se es recompensado, en el otro se es castigado. En uno hay ángeles como yo y, en el otro, demonios.

—Me extraña que un crítico de arte de tu categoría no sepa que las palabras no definen la esencia de las cosas.

—Me miró con auténtica malicia y después volvió a bostezar. Le pregunté, indignado:

—¿Te aburre mi desgracia?

—Sí, la verdad es que esta parte me aburre. Hace mil años que hago lo mismo. Pedí el traslado, pero lo dan recién a los dos mil años. Burocracia.

—¿Vos sos parte de esto?

—Sí.

—¿Quién te mandó?

—Las Entidades.

—¿Las Entidades del Mal?

—No, son las Entidades a secas. Ellos me mandan a supervisar espíritus. Cielo o infierno lo define cada uno.

—Yo no definí nada.

—Volvió a bostezar, y con evidente hartazgo me respondió:

—Vos construiste tu infierno. Aceptalo.

—¿Y la Niña?

—La Niña nada. Una excusa para no aceptar que el único motor de tu infierno sos vos.

En ese momento mi cabeza estalló. Sentí como cada vena, cada fragmento, cada centímetro de mi cerebro se derrumbaba. Me quedé en silencio. Intenté reflexionar. Sentí cómo mi estructura racional era arrasada lentamente por la locura. Sentí que moría por segunda vez, que el saber la verdad había asesinado mi alma humana. Miré a Dionisio. Esa bola infame, se reía y lo disfrutaba. Ese recipiente deforme de aire podrido me había traicionado.

Me quedé en silencio, sin saber qué hacer. Viendo que Dionisio me miraba con descaro, con placer, le dije:

—Creí que eras mi amigo.

—Soy un amigo que te va a torturar.

La última frase la dijo sonriendo, mientras me ponía una peluca, alas, una túnica y me ataba a la cintura una soga que me iba a llevar en forma directa y sin escalas a mi nube, por los siglos de los siglos.

Agradecimientos

Gracias a Liliana Díaz Mindurry por ser mi amiga, mi maestra, mi guía; gracias a mi gran amiga y excelentísima escritora Valeria Correa Fiz por escribir el prólogo donde capta mi obra con una lucidez extraordinaria; gracias a Carlos Carioli, compañero de tardes literarias y escritor que admiro, por escribir la contratapa; gracias a María Dolores Gachet por la maravillosa obra de la tapa, concebida especialmente para esta edición; gracias a los chicos del taller literario que en el 2012 me ayudaron a corregir nuevamente esta novela; gracias a mi familia y a mis amigos por estar siempre y hacer que la vida sea más luminosa.

Gracias al Colegio Mallinckrodt por convertir un posible paraíso en un auténtico infierno sin el cual esta obra nunca hubiese existido.

Notas

[1] Según afirma Gilles Deleuze, en su «Presentación de Sacher-Masoch», el humor y la ironía se ejercen y encuentran su sentido en relación con la ley a la que quieren oponerse o eludir. <<

[2] Los entrecomillados de este párrafo pertenecen al cuento «Eleonora» de Edgar Allan Poe. <<